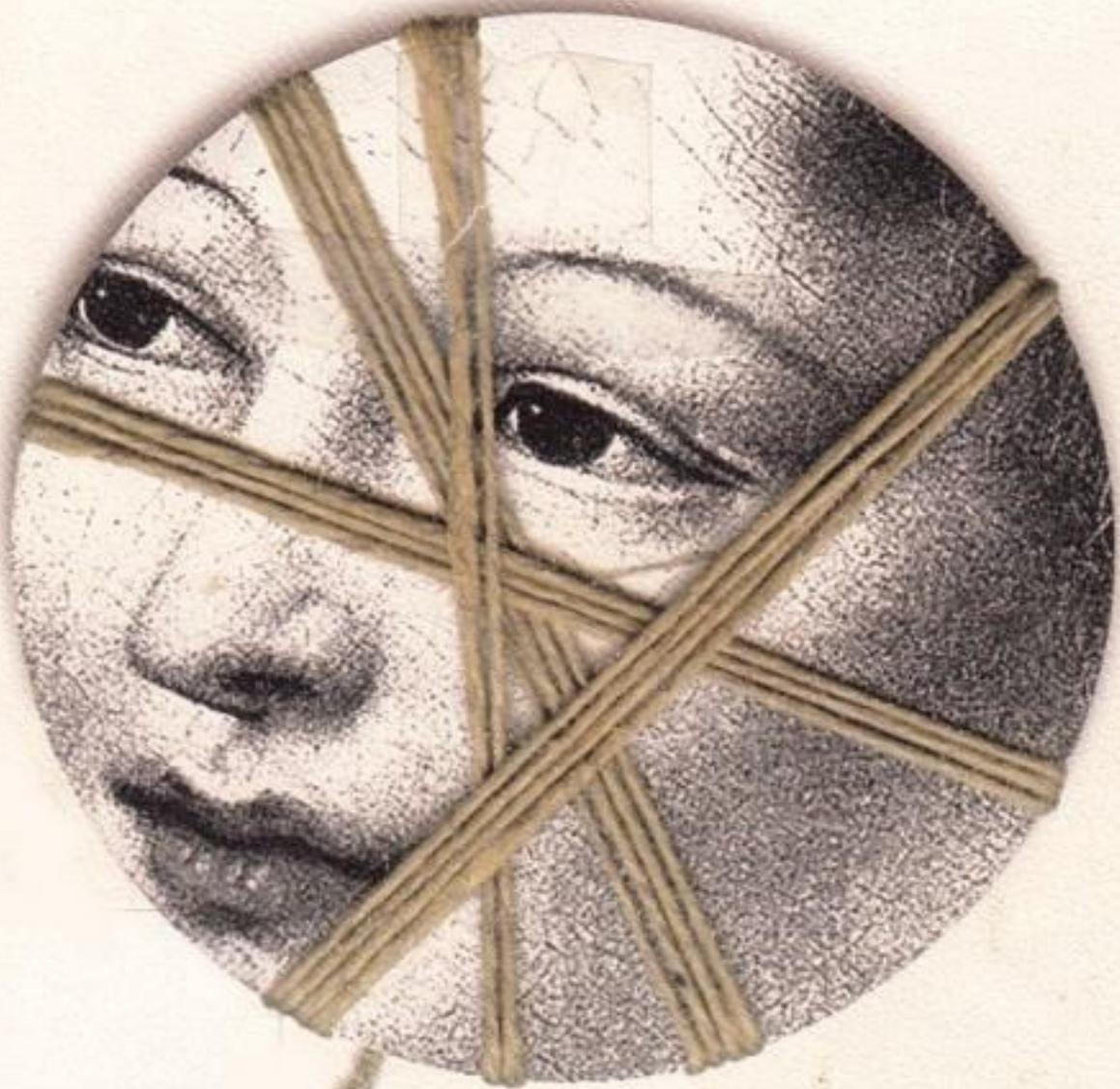


Mishima

Sed
de amor



Lectulandia

Novela urdida en torno a la pasión y la destrucción, *Sed de amor* (1950) narra la historia de Etsuko, quien, viuda, ha de trasladarse a la finca de su suegro Yakichi, ante cuya autoridad natural como cabeza de familia se plegará para acabar manteniendo una relación sexual dominada por la sumisión, aunque es de Saburo, un joven e ingenuo sirviente, de quien se enamora perdidamente.

Con estos elementos aborda Yukio Mishima (1925-1970) una de sus primeras exploraciones en torno a asuntos recurrentes en su obra, como el amor y el odio, el deseo y los celos, así como el veneno que instilan en las relaciones humanas la obsesión y la frustración.

Lectulandia

Yukio Mishima

Sed de amor

ePub r1.0

German25 23.08.16

Título original: *Ai no kawaki*
Yukio Mishima, 1950
Traducción: Ricardo Domingo
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo primero

Aquel día, Etsuko fue a los almacenes Hankyu y compró dos pares de calcetines de lana. Un par de color azul y el otro marrón. Eran unos calcetines sencillos, lisos y sin adornos.

Se había desplazado hasta el centro de Osaka para completar sus compras en Hankyu, junto a la última estación, y ahora, sin otros recados que hacer, se disponía a coger el tren para volver a casa. No pensaba ir al cine. Tampoco tenía la intención de sentarse a tomar el té y, mucho menos, detenerse para comer. Nada le resultaba tan molesto como las calles repletas de gente.

Si hubiese querido ir a algún lado, no tenía más que bajar la escalera que conduce a la terminal de Umeda y tomar el metro hasta Shinsaibashi o Dotonbori. No obstante, saliendo de los almacenes y atravesando el cruce contiguo donde se hallaban, situados en fila, los muchachos limpiabotas, gritando «¡se da lustre!», «¡se limpian zapatos!», se hubiese encontrado en la playa de la metrópoli, donde se mecen las mareas.

Para Etsuko, nacida y criada en Tokio, Osaka albergaba terrores inexplicables. Ciudad de príncipes, comerciantes, vagabundos, empresarios, corredores de bolsa, prostitutas, vendedores de opio, administrativos, maleantes, banqueros, funcionarios provinciales, concejales, recitadores de Gidayu, queridas, esposas tacañas, periodistas, comediantes y presentadores, camareras, limpiabotas —no era esto, en realidad, lo que atemorizaba a Etsuko. ¿Era, quizá, la misma vida? La vida, ese complejo mar sin límites, poblado de diferentes objetos flotantes, lleno hasta rebosar de azules y verdes, caprichosos, violentos, pero eternamente transparentes.

Etsuko abrió su bolsa de lona y arrojó los calcetines al fondo.

El destello de un relámpago iluminó las ventanas abiertas y, al instante, un solemne trueno hizo temblar los cristales del edificio.

Una racha de viento derribó un letrero de pequeñas dimensiones, en el que podía leerse la palabra «Especiales». Los dependientes se apresuraron a cerrar las ventanas. Se hizo la penumbra. Las luces, que se mantenían encendidas incluso durante el día,

cobraron una mayor brillantez. Aún no había empezado a llover.

Etsuko pasó la mano por el asa de su cesta de compras. La parte de bambú, de forma curvada, se deslizó por su antebrazo al llevarse la mano hacia la cara. Sus mejillas estaban muy calientes. Esto era normal en ella. Y no había ninguna razón que lo explicase; no era, por supuesto, el síntoma de ninguna enfermedad —simplemente y de forma más que inesperada, las mejillas empezaban a arderle. Sus manos, aun siendo delicadas, estaban bronceadas y tenían alguna callosidad, y por su misma delicadeza, parecían menos cuidadas. Se rascó las mejillas, intensificándole el ardor.

De repente, sintió que podía hacer cualquier cosa. Podía atravesar aquel cruce, como si caminara sobre un trampolín, y zambullirse en medio de aquellas calles. Mientras ponderaba esta posibilidad con la mirada fija en la masa de gente moviéndose por el piso de ventas, entre multitud de objetos, se sumió momentáneamente en un sueño. Sus sueños sólo conocían cosas felices; la desgracia le asustaba.

¿Qué le hizo sentir este valor? ¿El trueno? ¿Los dos pares de calcetines que acababa de comprar? Etsuko se abrió paso entre la gente y se dirigió apresurada hacia la escalera. Avanzó, siguiendo la procesión que descendía al segundo piso, y continuó hasta alcanzar las oficinas de billetes de Hankyu en la primera planta.

Miró al exterior. A los dos minutos de empezar la lluvia, se había convertido ya en un aguacero. Las aceras estaban completamente mojadas, como si llevase varias horas lloviendo. Las gotas rebotaban al chocar contra el suelo.

Etsuko se acercó a una de las salidas. Volvía a estar calmada. Se relajaba a medida que andaba, cansada, algo desvanecida. No tenía paraguas. No podía salir. No, no era eso. Ya no era necesario que saliera.

Se quedó junto a la puerta mirando, de soslayo, la hilera de tiendas del otro lado, tras los raíles del tranvía, las señales de tráfico y los coches que la lluvia engullía con celeridad. Las salpicaduras llegaban hasta ella, mojándole la falda. El ruido era especialmente intenso a su alrededor, junto a la puerta. Un hombre se acercó corriendo, protegiéndose la cabeza con un portafolios. Una mujer, vestida al estilo occidental, entró apresuradamente, con una bufanda cubriendole el peinado y los hombros. Parecía que todos ellos hubiesen venido para estar con Etsuko, que era la única que no estaba mojada.

Rodeándola por completo, había hombres y mujeres que, por su aspecto, podían ser oficinistas, todos empapados por la lluvia. Refunfuñando unos, bromeando otros, miraban con aire triunfante la lluvia que acababan de burlar. Todos, en un momento u otro, giraron sus caras silenciosas hacia el cielo encapotado, hacia la cara seca de Etsuko entre todas las demás.

Desde algún lugar absurdamente alto, la lluvia caía con perfecta inclinación sobre estas caras. Parecían estar bajo estrecho control. Los truenos se perdían en la distancia, pero el ruido de la lluvia adormecía los oídos, adormecía el corazón. Ni los estridentes sonidos de las bocinas de los coches, ni siquiera los cascajosos gritos del

altavoz de la estación, podían competir con el tumulto de la lluvia.

Etsuko abandonó el grupo de gente que se hallaba a la espera del tren y se sumó a una de las largas y silenciosas colas frente a las taquillas.

La estación de Okamachi, en la línea Hankyu-Takarazuka, estaba a treinta o cuarenta minutos de la terminal de Umeda. Los trenes expresos la pasaban de largo. Maidemmura, donde vivía Etsuko, era un suburbio de la ciudad de Toyonaka que, tras la guerra, había doblado su población. Se había convertido en refugio para muchos de los que perdieron sus hogares en los bombardeos de Osaka. El programa gubernamental de viviendas había contribuido también a atraer nuevos habitantes a la ciudad. Maidemmura pertenece a la prefectura de Osaka. En sentido estricto, no era, en absoluto, rural.

No obstante, si alguien deseaba comprar algo especial, o simplemente barato, debía desplazarse a Osaka, invirtiendo en ello una hora o más. Etsuko había salido hoy de compras, en vísperas del equinoccio de otoño, con la idea de comprar un pomelo para ofrecerlo ante la lápida de su difunto esposo, que apreciaba mucho esta fruta. Desgraciadamente, el supermercado había vendido todas sus existencias. Etsuko no quería ir a buscarlo fuera del supermercado, pero movida por su conciencia o algún otro oscuro impulso, se disponía a aventurarse por las calles cuando la lluvia la detuvo. Eso era todo. No necesitaba nada más.

Etsuko subió al tren de Takarazuka y tomó asiento. La lluvia, al otro lado de las ventanas, no tenía trazas de parar. El olor a tinta fresca que despedía el diario de la tarde, desplegado frente a ella por un pasajero, la despertó de su sueño. Miró furtivamente a su alrededor. No había nada que mirar.

El encargado de la estación hizo sonar su silbato. El tren dio una sacudida, acompañada de un sonido grave, parecido al que producen las cadenas gruesas al chocar entre sí, y echó a andar. Esta monótona operación se repetiría muchas veces al avanzar, como indeciso, de estación en estación.

Dejó de llover. Etsuko observó los rayos del sol, que emergían con fuerza a través de las rendijas y claros de las nubes y se posaban sobre los suburbios residenciales de Osaka como una mano blanca, extendida e impotente.

Etsuko caminaba como si estuviese embarazada. Era un andar manifiestamente indolente. Pero no tenía conciencia de ello, no tenía a nadie que pudiera observarla y corregirla; y como el muñeco de papel que un muchacho travieso cuelga sigilosamente de la espalda de su compañero, ese andar constituía su sello involuntario.

Dejó la estación de Okamachi, pasó por el *torii* del templo de Hachiman, atravesó el bullicio de las calles de barriada y llegó finalmente al lugar en que las casas se distanciaban cada vez más. Tan lento era su paso que la noche se le había

echado encima.

Las luces de los bloques de viviendas construidas por el gobierno estaban encendidas. Había varios centenares de viviendas, todas del mismo estilo, la misma vida, la misma pequeñez, la misma pobreza. La carretera de esta escuálida comunidad tenía un atajo que ella nunca tomaba.

Estas habitaciones, cuyo interior podía verse tan claramente, todas con su mueble de té barato, su mesa baja, su radio, sus cojines de muselina en el suelo, su comida escasa, de la que pueden verse a veces cada una de las migajas, y ¡ese vaho! Etsuko no podía soportarlo. Su corazón no se había desarrollado lo suficiente como para poder observar la pobreza o imaginar algo que no fuese la felicidad.

La carretera estaba cada vez más oscura. Empezaba a oírse el zumbido de los insectos. Los charcos de agua reflejaban la luz del moribundo atardecer. En la superficie de los campos de arroz que se extendían a ambos lados del camino alternaban los tonos claroscuros bañados por una suave brisa húmeda.

Atravesó uno de esos caminos tediosos y sin sentido que abundan en las zonas rurales y tomó a continuación el sendero que seguía el curso del arroyo. Se hallaba ya en Maidemmura.

Entre el arroyo y el sendero se alzaba un seto de bambú interrumpido en un determinado punto para permitir el acceso al puente que atravesaba el riachuelo. Etsuko cruzó por este puente de madera, pasó frente a la casa del antiguo arrendatario de la granja y atravesando la arboleda formada por *kaedes* y frutales subió por una escalera de piedra tallada bordeada de plantas de té y abrió la puerta lateral de la casa de los Sugimoto. Era, a primera vista, un lugar suntuoso, aunque el constructor se las había ingeniado para utilizar madera barata en los lugares menos visibles. Procedentes de la habitación trasera, se oían las risas de los hijos de Asako. Asako era la cuñada de Etsuko.

Estos niños se pasan la vida riendo. ¿Acaso encuentran cosas graciosas en el mundo que les permitan reír? ¡Si hay algo que no soporto son esas risas arrogantes! Estos pensamientos de Etsuko no tenían ninguna finalidad determinada. Dejó su bolsa de compras en un rincón del descansillo.

Yakichi Sugimoto compró esta propiedad de unos diez acres de terreno en 1934, cinco años antes de retirarse de la Compañía Naviera Kansai.

Era oriundo de la zona de Tokio, hijo de un campesino arrendatario, y había conseguido abrirse paso en la Universidad. Tras obtener la licenciatura, empezó a trabajar para la Compañía Kansai, que lo destinó a sus oficinas centrales de Osaka, en Dojima. Se casó con una muchacha de Tokio y, aunque vivía en Osaka, educó a sus tres hijos en Tokio. En 1935 fue nombrado director general; en 1938, presidente. Y al año siguiente se jubiló.

Un día que en compañía de su mujer visitaba la tumba de un viejo amigo en el

Jardín de las Almas Hattori, un nuevo cementerio estatal, quedó maravillado de la singular belleza de aquellos parajes. Fue entonces, al interesarse por aquel lugar, cuando oyó por primera vez el nombre de Maidemmura. Escogió un terreno inclinado, cubierto de castaños y bambúes que comprendía también un huerto, y, en 1935, construyó una casa sencilla. Al mismo tiempo encargó a un jardinero el cultivo de los frutales.

Éste no era, sin embargo, el lugar más adecuado para la vida campestre de ocio y descanso que desde hacía tiempo venían pensando su mujer y sus hijos. En la práctica, no pasó de ser el lugar al que llevaba a su familia a pasar el fin de semana, para disfrutar fuera de Osaka del sol y cultivar su afición por la agricultura. El hijo mayor de Yakichi, Kensuke, que no compartía esta afición, se opuso con todas sus fuerzas al capricho de su enérgico padre, pero por más que le produjese un profundo y sincero hastío se vio finalmente —con reticencia, como de costumbre— obligado a juntarse a sus hermanos en las actividades agrícolas.

Entre los hombres de negocios de Osaka era frecuente en aquel tiempo encontrar amantes de la tierra que, desde la innata tacañería y risueño pesimismo connatural a la vitalidad del área Kyoto-Osaka, miraban de soslayo las villas de la costa y de las zonas de fuentes termales, lugares muy buscados para construir sus casas de campo en las montañas, donde la tierra y la convivencia no costaban mucho.

Tras la jubilación, Yakichi Sugimoto hizo de Maidemmura el centro de su vida. Este nombre se deriva, seguramente, de *mai*, que significa «arroz», *den*, que significa «campo», y *mura*, que, como es sabido, significa «aldea». En tiempos prehistóricos este lugar estuvo, a todas luces, bajo el mar, y de ahí proviene la incomparable calidad de su tierra. En sus cuatro hectáreas de terreno, Yakichi cultivaba diferentes tipos de frutales y hortalizas. El agricultor arrendatario y su familia, así como los tres jardineros, le proporcionaron una considerable ayuda y, a los pocos años, los melocotones de Sugimoto gozaban de un gran aprecio en los mercados urbanos.

Durante la guerra, Yakichi vivió en constante actitud de desdén hacia las hostilidades. Era, sin embargo, un desdén muy peculiar. En su opinión, los compatriotas de la ciudad se veían obligados a comprar las peores raciones de arroz a los precios altos del mercado negro debido a su falta de previsión. Él, por el contrario, era precavido y capaz, por consiguiente, de sentar su vida sobre una sosegada autosuficiencia. Lo reducía todo a la doctrina de la previsión. Incluso su jubilación a la edad preceptiva parecía en cierto modo planificada. El tedio y el malestar que padecían otros ejecutivos eran elementos que, en cierta medida, estaban ausentes en él.

Se mofaba de los militares con el asentimiento guasón de quien no guarda rencor. Esta actitud alcanzó su punto culminante cuando murió su mujer, víctima de una pulmonía. Se había estado medicando con un nuevo producto, elaborado por los médicos militares, que Yakichi había conseguido gracias a un amigo perteneciente al mando militar de Osaka. Este nuevo producto no tuvo, en la opinión de Yakichi,

ningún efecto beneficioso, salvo la muerte de su mujer.

Yakichi cultivaba sus campos. La sangre campesina se revitalizó en sus venas, y su amor por la tierra se convirtió en una obsesión. Ahora que ni su mujer ni la sociedad podían observarle, llegaba incluso a sonarse con los dedos. De las profundidades de su cuerpo envejecido, doblado por el peso de los tirantes y del chaleco adornado con cadenas de oro, emergía un cierto parecido con el físico robusto de un agricultor. Bajo las facciones de su cara, sometida hasta entonces a un cuidado excesivo, aparecían sus rasgos campesinos.

Parecía como si Yakichi poseyera tierras por primera vez en su vida. Antes había tenido en propiedad algunos solares para edificar. Incluso la granja le pareció al principio una propiedad inmueble como las demás, pero ahora se había convertido en tierra. Volvió a renacer en él la vieja concepción de que la propiedad no tiene sentido a menos que el objeto poseído sea tierra. Consideraba que los logros de su vida eran, por fin, sólidos y tangibles. El desdén que sintió hacia su padre y su abuelo cuando siendo joven empezó a abrirse camino se lo explicaba ahora por el completo fracaso de sus antecesores para poseer ni una hectárea de tierra. Fruto de un amor que, en realidad, no era sino sed de venganza, Yakichi levantó un monumento, ridículamente costoso, en el panteón familiar. No pensó que Ryosuke sería el primero en ocuparlo. Le hubiese bastado, en este caso, con adquirir un lote de tierra en el Jardín de las Almas de Hattori.

En sus infrecuentes visitas a la región de Osaka, sus hijos se quedaban asombrados de los cambios que tenían lugar en la persona de su padre. La imagen que de él guardaban Kensuke, el hijo mayor, Ryosuke, el segundo, y Yusuke, el más joven, era, más o menos, la que les había dejado la esmerada educación recibida de su difunta madre. Formada según los abominables criterios de la clase media de Tokio, no permitió nunca que su marido actuase de modo impropio a un ejecutivo de clase alta. En vida de su mujer, Yakichi nunca pudo sonarse con la mano, hurgarse las narices en compañía, hacer ruido al sorber la sopa, gargajear o escupir sobre las brasas del hibachi, hábitos indecorosos que la sociedad, con toda su magnanimidad, sólo tolera en los grandes hombres.

La transformación de Yakichi era, a los ojos de sus hijos, un suceso desgraciado, insensato, pero temporal. Les parecía que el elevado espíritu de sus días de director general de la Compañía Naviera Kansai volvía a reproducirse, pero ahora sin la flexibilidad de su mundo de negocios, dejando al descubierto lo peor de aquel hombre autodidacta. Su voz se parecía a la de un campesino persiguiendo a unos ladronzuelos de gallinas.

El busto de bronce de Yakichi adornaba una sala que debía de tener unas veinte esteras^[1] de superficie. De una de las paredes colgaba su retrato al óleo, obra de una de las principales figuras del mundo artístico de Kansai. Tanto el busto como el retrato pertenecían al estilo de las series de fotografías de los presidentes de la Imperial Compañía Japonesa de Tal o Cual que podemos observar en los

voluminosos folletos editados con motivo de su cincuenta aniversario. Lo que sus hijos veían con mayor pesar era esa obstinación gratuita, ese orgullo ostentoso del busto que permanecía intacto dentro del viejo campesino. Sus comentarios sobre los militares encerraban la innoble arrogancia de los demagogos del país. Los aldeanos inocentes tomaban sus palabras como prueba de su patriotismo y le mostraban por ello un mayor respeto.

Parecía una ironía que hubiese sido su hijo mayor, Kensuke, que consideraba a Yakichi como un caso imposible, el primero en trasladarse junto a su padre. Sabía que si bien su asma crónica le permitía vivir con bastante tranquilidad y librarse del servicio militar activo, no le eximía, sin embargo, de los servicios voluntarios, deber este que se adelantó a cumplir por iniciativa propia cuando consiguió que su padre le asegurase un puesto en la oficina de correos de Maidemmura. Fue entonces cuando se vino a vivir aquí seguido de su mujer y parecía seguro de que surgiría algún tipo de fricción, pero Kensuke se zafó con relativa facilidad del poder absoluto de su orgulloso padre. Para tal fin le fue de gran utilidad su cinismo.

Al empeorar la situación militar fueron llamados a filas los tres jardineros, pero uno de ellos, un joven de la prefectura de Hiroshima, consiguió que su hermano menor, que acababa de salir de la escuela primaria, ocupase su lugar. Este muchacho, llamado Saburo, estaba educado en la secta Tenri. Con ocasión de las grandes fiestas de abril y de octubre abandonaba el lugar para reunirse con su madre y juntos asistir a las ceremonias religiosas del Templo Materno, vestido con un alegre manto de color blanco con la palabra *Tenri* bordada en su espalda.

Etsuko dejó su bolsa de compras en el descansillo con un gesto que parecía indicar su interés por escuchar el sonido que producía. Observó a continuación el interior de la habitación oscura. Se oía todavía la risa de un niño. Ahora que Etsuko podía escuchar con mayor claridad se dio cuenta de que en realidad no reía, sino que lloraba, como meciéndose en la oscuridad de la habitación desierta. Seguramente Asako lo habría dejado en el suelo mientras cocinaba. Asako era la mujer de Yusuke, que aún no había regresado de Siberia. Había llegado a esta casa con sus dos hijos en la primavera de 1948, exactamente un año antes de que Yakichi pidiera a la enviudada Etsuko que se viniera a vivir con ellos.

Etsuko se dirigió hacia su habitación de seis esteras y al acercarse le sorprendió que en el cuarto hubiese luz. No recordaba haberla dejado encendida.

Deslizó la puerta corredera. Yakichi se hallaba sentado junto al escritorio, absorto en la lectura de un libro. No pudo disimular la sorpresa al levantar la vista y ver a su nuera. Etsuko advirtió enseguida que el libro de cubiertas de cuero rojas que estaba leyendo era su diario.

—Ya estoy aquí —dijo con una voz clara y alegre. Su mirada y su reacción ante lo que acababa de descubrir fueron muy diferentes de lo que cabía esperar. Su voz,

sus movimientos, eran ágiles como los de una doncella. Esta mujer sin marido era una persona difícil de tratar.

—Bienvenida a casa; llegas tarde, ¿no? —dijo Yakichi, que, para ser sincero, hubiera tenido que decir: «Llegas antes de lo que había pensado». Tengo mucha hambre, y mientras esperaba la comida he tomado prestado este libro tuyo. —El libro que tenía en las manos era una novela que había sustituido al diario; una obra traducida por Kensuke que había dejado a Etsuko. Es demasiado espeso para mí; no he entendido absolutamente nada.

Yakichi llevaba puestos los viejos calzones que utilizaba para trabajar en el campo, una camisa de corte militar y un viejo chaleco de uno de sus trajes de negocios. Su indumentaria continuaba siendo la misma que desde hacía tiempo, pero la humildad casi servil que caracterizaba su comportamiento representaba una tremenda alteración respecto a su modo de ser durante la guerra, antes de que Etsuko lo conociera.

Se advertía su envejecimiento, la pérdida de poder en su mirada. Los labios, que solía mantener orgulloosamente cerrados, parecían haber perdido el poder de juntarse; cuando hablaba, se le formaban copos de saliva en la comisura de los labios.

—Se les habían acabado los pomelos. Busqué por todas partes pero no pude encontrar ninguno.

—Mala suerte.

Etsuko se arrodilló sobre el tatami e introdujo su mano detrás del cinturón de tela. Sintió el calor de su abdomen después del paseo; su cinturón guardaba el calor como un invernadero. Notaba cómo el sudor se deslizaba por su pecho. Era un sudor oscuro, frío, denso como la transpiración nocturna. Se arremolinaba a su alrededor, frío como era, impregnando el aire con su olor.

Todo su cuerpo parecía sentirse agobiado por algo vagamente molesto. Se dejó caer, súbitamente, sobre el tatami. Alguien que no la conociera lo suficiente podría interpretar equivocadamente la actitud que adoptaba su cuerpo en ocasiones como ésta. Yakichi la había confundido muchas veces tomándola por un intento de seducción. Sin embargo, estaba motivada por algo que se sobreponía a ella cuando se encontraba muy cansada. Yakichi había llegado a la conclusión de que en estas ocasiones no era oportuno insinuarse.

Se desprendió de sus *tabi*. Estaban manchados de salpicaduras; en las suelas había restos de barro de un color gris oscuro. Yakichi balbuceaba sin saber qué decir.

Finalmente dijo:

—Están sucios, ¿verdad?

—Sí, debido a la lluvia el camino estaba en muy malas condiciones.

—Aquí ha llovido mucho. ¿En Osaka también?

—Sí, mientras compraba en los Hankyu.

Etsuko recordó el sonido de la lluvia asaltándole los oídos. Todo el mundo parecía estar envuelto en la lluvia bajo aquel cielo tan amenazador.

Etsuko no dijo nada más. Esta habitación era todo lo que tenía. Empezó a cambiarse el kimono sin prestar atención a la mirada de Yakichi. La electricidad tenía poca fuerza y la bombilla daba una luz bastante tenue. Entre el silencioso Yakichi y la muda Etsuko sólo se percibía el sonido producido por el roce de la seda del cinturón que se desenrollaba de su cuerpo, como el alarido de una cosa viviente.

A Yakichi se le hacía imposible permanecer callado por más tiempo. Era consciente del mudo reproche de Etsuko. Dijo que tenía ganas de comer y se fue hacia su habitación de ocho esteras, al otro lado del salón.

Etsuko se colocó la blusa de Nagoya que utilizaba cuando estaba en casa, mientras observaba su escritorio. Sujetando el cinturón a su espalda con una mano, pasó rápidamente las páginas del diario con la otra. Una sonrisa amarga, casi invisible, se dibujó en sus labios.

Nuestro padre no sabe que este diario es falso. Nadie sabe que es un diario falso. Nadie se imagina lo bien que uno puede mentir sobre el estado de su corazón.

Abrió el diario por la página correspondiente al día de ayer. Observó la hoja llena de signos y leyó:

«21 de septiembre (miércoles)

»No ha pasado nada en todo el día. El calor era soportable. Por todo el jardín se oía el ruido de los insectos. Por la mañana fui al centro distribuidor del pueblo a buscar nuestra ración de *miso*. El hijo de los encargados del centro tiene pulmonía, pero lo han tratado con penicilina y parece que está mejorando. Eso me alivió, aunque no sea un asunto que me incumba.

»Cuando se vive en el campo hay que tener un alma sencilla. Eso es lo que yo he intentado y, en cierto modo, alcanzado. No estoy aburrida. Ni una pizca. Nunca me aburro. Ahora comprendo el agradable sentimiento de tranquilidad que invade al campesino cuando no ha de salir al campo. Me envuelve el generoso amor de nuestro padre. Me siento como si tuviera nuevamente quince o dieciséis años.

»En este mundo no se requiere nada más que un alma sencilla y un espíritu natural. Todo lo demás sobra. En este mundo sólo es necesaria la gente que puede trabajar y sabe desenvolverse por sus propios medios. En el pantano de las ciudades, el lodo de connivencias que apresan al corazón acaban destruyéndolo.

»Tengo callos en las manos. Nuestro padre me alaba por ello. Son las manos de una verdadera persona. Ya no me enfado; ya no me deprimo. Aquel terrible recuerdo, la memoria de la muerte de mi esposo, ya no me preocupa tanto. Mi corazón se ha llenado de magnanimidad madurado por el suave sol del otoño. Doy gracias por todo lo que veo.

»Pienso en S. Ella se encuentra en la misma situación que yo. Se ha convertido en la compañera de mi corazón. También ella ha perdido a su marido. Cuando pienso en

su desgracia me consuelo. Es una viuda con un alma intachablemente hermosa, limpia y sencilla, y por eso no le faltarán oportunidades para volverse a casar. Me gustaría tener una larga conversación con ella antes de que esto suceda, pero sé que no será posible, pues Tokio está muy lejos de aquí. Qué ilusión me haría recibir, como mínimo, una carta suya, pero...».

La inicial es la misma, pero nadie le reconocerá porque lo he convertido en mujer. Aparece con mucha frecuencia, pero no tengo por qué preocuparme. Al fin y al cabo, no hay pruebas. Para mí éste es un diario falso, aunque ningún ser humano puede llegar a ser tan honesto que se convierta en una persona completamente falsa.

Intentó analizar lo que realmente tenía en mente cuando empezó a escribir estas hipocresías; volvió a reescribirlo mentalmente.

Aunque puedo reescribirlo, no hay ninguna razón para pensar que dirá lo que我真的 pienso.

Tras estos razonamientos, volvió a leer el mismo pasaje del diario, traduciéndolo:

«21 de septiembre (miércoles)

»Ha acabado otro día doloroso. Cómo he conseguido resistirlo es un misterio para mí. Por la mañana fui al centro de distribución a buscar nuestra ración de miso. El hijo de los encargados del centro tiene pulmonía, pero lo han tratado con penicilina y parece que está mejorando. ¡Qué mala suerte! Si muriera el hijo de esa mujer que anda murmurando a mis espaldas tendría, como mínimo, un consuelo.

»Cuando se vive en el campo, hay que tener un alma sencilla, pero los Sugimoto, con su asquerosa y alta esterilidad, hacen la vida campestre mucho más difícil y penosa. Me gusta tener un alma sencilla. Incluso llego a pensar que no hay nada tan hermoso como un espíritu sencillo en un cuerpo sencillo. Sin embargo, cuando me hallo frente al profundo abismo que se abre entre mi alma y esa alma, no sé qué hacer. ¿Es posible convertir el anverso de una moneda en el reverso? Simplemente, cogiendo una moneda sin desperfectos y agujereándola. Esto es el suicidio.

»De vez en cuando ronda cerca de este punto, movida por la decisión de poner fin a mi vida. Mi compañero huye a un lugar infinitamente lejano. Y entonces, de nuevo estoy sola, rodeada de aburrimiento. Estos callos en mis manos... son ridículos».

Etsuko creía, sin embargo, que nada debía tomarse demasiado en serio. Quien anda descalzo acaba cortándose los pies. Para andar se necesitan zapatos igual que para vivir se necesitan objetivos preestablecidos. Etsuko pasaba las páginas sin mirar, hablando consigo misma.

A pesar de todo, soy feliz. Soy feliz. Nadie puede negarlo. En primer lugar,

porque no hay pruebas.

Siguió pasando páginas. Las hojas en blanco se sucedían una tras otra. Y de ese modo llegó a su final un año de este feliz diario...

En la casa de los Sugimoto las comidas seguían una rutina peculiar. Se formaban cuatro grupos: Kensuke y su mujer en el segundo piso, Asako y sus hijos en el primero, Yakichi y Etsuko en otro lugar del mismo piso y Miyo y Saburo en las habitaciones de los sirvientes. Miyo preparaba arroz para todos, pero los restantes platos los cocinaba cada grupo por su cuenta. Yakichi había establecido, por voluntad propia, la costumbre de asignar a la familia de sus dos hijos una cantidad fija al mes para los gastos domésticos que, según sus cálculos, debía bastarles. Él era el único, creía, que no tenía por qué adaptarse a un régimen de calzas prietas como éste. La invitación a Etsuko —que no tenía adonde ir habiendo muerto su marido— no se basaba en otra razón que el deseo de utilizar sus servicios como cocinera. Era un simple impulso, nada más.

Yakichi escogía para sí lo mejor de los frutos y de las hortalizas que se cultivaban. Sólo él tenía el derecho de coger las castañas directamente del castaño de Shiba, el mejor de todos. Las otras familias lo tenían prohibido. Sólo Etsuko compartía estas castañas, las más deliciosas, con él.

Cuando llegó a la decisión de conceder a Etsuko estos favores, existía ya, quizás, un motivo ulterior incubándose en la mente de Yakichi. Las mejores castañas de Shiba, los mejores racimos de uva, los mejores nísperos de Fuyu, las mejores fresas, los mejores melocotones: el derecho de compartir estos frutos le parecía a Yakichi un privilegio por el que ninguna compensación sería excesiva.

Estas muestras de favoritismo que recibió Etsuko desde poco después de su llegada la convirtieron en objeto de envidia y de resentimiento de las otras dos familias. Esta envidia y este resentimiento no tardaron en dar pie a una suposición malintencionada, una calumnia sumamente verosímil que de algún modo parecía llegar a conocimiento de Yakichi y dirigir su conducta. Además, a medida que los acontecimientos posteriores lograban corroborar satisfactoriamente las sospechas levantadas por las primeras hipótesis, tanto más fácil resultaba para quienes ya sospechaban creer lo que veían.

¿Podía esta mujer mantener voluntariamente relaciones físicas con su suegro, cuando no se había cumplido un año de la muerte de su marido? Siendo aún joven, muy apta todavía para el matrimonio, ¿era posible que hubiese querido enterrar voluntariamente la segunda mitad de su vida? ¿En qué podía beneficiarse ofreciéndose a este viejo, que pasaba ya de los sesenta años? Era, con toda seguridad, una mujer sin parientes próximos, pero ¿acaso se veía alguien obligado hoy a hacer esto por la sencilla razón de que «hay que comer»?

Todas estas conjuras iban levantando un muro alrededor de Etsuko que

provocaba cada vez mayor curiosidad. Dentro de él ella iba y venía, aburrida, fatigada y a la vez con una actitud de abandono, como un pájaro solitario.

Kensuke y su mujer, Chieko, estaban en sus habitaciones de la segunda planta, comiendo. Chieko se había casado con Kensuke por simpatía hacia su cinismo, y como su simpatía tenía válvulas de escape, podía ahora contemplar la extraordinaria incapacidad de su marido sin sufrir desilusiones con la vida matrimonial. Este joven envejecido y culto y su también culta doncella se habían casado bajo la máxima de que «nada en este mundo es tan estúpido como el matrimonio». No obstante, incluso ahora podían sentarse uno junto al otro, frente a la ventana arqueada, leyendo en voz alta los poemas en prosa de Baudelaire.

—Pobre padre —dijo Kensuke—, cuando se llega a su edad parece que los problemas nunca vayan a acabarse. Pasé hace un rato cerca de la habitación de Etsuko y advertí que la luz estaba encendida y sabía que ella estaba fuera. Me acerqué, silenciosamente, supongo, y ¡mira por dónde!, allí estaba nuestro padre leyendo absorto el diario de Etsuko. Tanto que ni se enteró de que yo estaba detrás de él. Entonces dije: «padre», y se sobresaltó, muy sorprendido. Cuando recobró la compostura me miró enojado, con aquella terrible mirada que tanto me asustaba cuando era niño. Entonces me dijo:

»—Si le dices a Etsuko que me has visto leyendo su diario os echo a ti y a tu esposa de mi casa. ¿Me explico?

—Me pregunto qué le puede preocupar tanto sobre Etsuko que haya llegado hasta a leer su diario —dijo Chieko.

—Quizás haya notado que por alguna razón ella estaba inquieta últimamente, aunque no creo que sepa que está enamorada de Saburo. Así es, al menos, como yo lo veo. Sin embargo, es una mujer astuta y me extraña que exponga su corazón a un diario.

—No puedo creer lo que dices de Saburo, pero respeto enormemente tus poderes de observación y no voy a discutírtelo. Francamente, es a Etsuko a la que no entiendo. Si pudiera expresar lo que quiere decir y hacer lo que quiere hacer podríamos ayudarla.

—Hay cosas que no salen como uno quisiera. Y nuestro padre ha perdido la dignidad desde que vino Etsuko —dijo Kensuke.

—La perdió cuando la reforma agraria.

—Sí, seguramente tienes razón. Como hijo de un campesino arrendatario se sintió importante desde el momento en que se dijo a sí mismo: «Poseo tierras». Se infló como el soldado raso que acaba de ser ascendido a cabo. Lo único que tenían que hacer para poseer tierras los que carecían de ellas era trabajar treinta años y pico en una compañía naviera y llegar a director de la empresa. Esta era su extraña fórmula para el éxito. Le gustaba además trampear el proceso con adornos sobre el trabajo duro y la vida austera.

»Durante la guerra tenía un poder enorme. Hablaba sobre Tojo como si fuera

algún viejo amigo inteligente que había reunido un gran capital en acciones. Yo era un simple empleado de correos y solía escucharle con mucha humildad. No perdió muchas tierras en la reforma de la posguerra porque no era un terrateniente absentista, pero cuando permitieron que un patán como el arrendatario Okura se convirtiese en propietario de tierras por un precio ridículo recibió un rudo golpe. Fue entonces cuando empezó a decir: “¡Si hubiera sabido que las cosas iban a acabar así, no habría trabajado como lo hice durante sesenta años!”. Ver cómo esos rebaños de gente obtenían tierras sin habérselas ganado con su trabajo fue para él algo así como perder la razón de su existencia. Aunque no te lo parezca, conserva todavía un gran sentimentalismo, y se diría que le gustaba la idea de ser uno de los mártires de su tiempo. Si, cuando se hallaba tan deprimido, le hubiesen acusado de crímenes de guerra, deportándolo a Sugamo bajo escolta, seguro que se habría sentido rejuvenecer.

—Etsuko tiene suerte —dijo Chieko. Ella no ha conocido la tiranía de nuestro padre. Tan pronto está contenta como deprimida, pero, dejando aparte el asunto de Saburo, no alcanzo a comprender cómo una mujer puede convertirse en la amante de su suegro cuando todavía está de luto por su marido.

—A pesar de eso —respondió él—, es una mujer simple, frágil. Es como un sauce que no resiste el viento; persevera ciegamente en su noción de lealtad hasta el punto de no advertir los cambios en la persona a la que se mantiene fiel. Zarandeada por el viento, no se dio cuenta de que el hombre al que se mantenía unida por ser su marido era ya un hombre diferente.

Kensuke era un escéptico que se mostraba orgulloso de su habilidad para ver a través de las personas como si fueran transparentes.

Cayó la noche y las tres familias continuaron sus vidas separadas. Asako estaba ocupada con sus hijos. Los metió en la cama temprano y se fue a dormir con ellos.

Kensuke y su esposa no bajaron al primer piso. Desde sus ventanas podían ver la lejana colina en la que brillaban, apiñadas como la arena, las luces de las viviendas de protección oficial. Entre ambos puntos no había más que un oscuro mar de arrozales, y las luces que bordeaban los lindes de los campos parecían ser las de una ciudad edificada a lo largo de la costa de una isla.

Parecía también que en esta ciudad se estuviese celebrando un silencioso cónclave religioso en el que unos hombres inmóviles se sumergían desde sus asientos en el éxtasis y el temor reverente. También se podía soñar, en este arrebatado silencio, que un lento, interminablemente lento asesinato se estaba cometiendo a la luz de una lámpara. Si Etsuko hubiera mirado las luces de las casas baratas de este modo no se habría atrevido a tratarlas con menosprecio.

El silbato del tren de Hankyu dejaba llegar de cuando en cuando su nota a través de los campos de arroz como una manada de escandalosos pájaros nocturnos volando

velozmente entre sus graznidos roncos. Las alas batientes del silbido del tren hacían temblar el aire de la noche. Era la época del año en que, si se miraba al cielo súbitamente, se podía ver un deshilachado destello de tonos azules y verdes flamear silenciosamente a través del firmamento y desaparecer.

Al anochecer, después de la cena, nadie fue a visitar las habitaciones ocupadas por Yakichi y Etsuko. Hubo un tiempo en el que Kensuke solía ir a pasar el rato conversando; también Asako, que venía acompañada de sus hijos, y, otras veces, incluso se reunían todos y pasaban unas horas entretenidos. Poco a poco, sin embargo, Yakichi fue mostrando su desagrado por el papel de anfitrión que le tocaba representar y, al advertirlo los demás, empezaron a guardar distancias. Yakichi no soportaba tener que competir con nadie por la atención de Etsuko.

A estas horas no tenían nada que hacer. A veces jugaban al go, pasatiempo que le había enseñado Yakichi. Ésta fue la única oportunidad que tuvo Yakichi en su vida para mostrar sus cualidades como mentor de una mujer joven. Hoy se sentaron de nuevo ante el tablero de go.

Sumida en el placer de levantar el peso de cada piedra de go en sus dedos, revolviendo constantemente con las manos en el tazón que contenía los guijarros, Etsuko nunca levantaba la mirada del tablero, fijos los ojos en él como si estuviese poseída. Su actitud parecía demostrar una extraordinaria atención, pero en realidad no le ocupaba otra cosa que la trivial ordenación de las líneas negras y sus intersecciones simétricas. La absorta atención de Etsuko preocupaba a Yakichi. ¿Estaría pensando en el juego o en otra cosa? Observó a esta mujer solitaria, sin sentir ningún tipo de cohibición, absorto también en el placer de la abstracción frívola, fijándose en los dientes blancos ligeramente visibles en la boca entreabierta.

A veces, las piedras de go de Etsuko golpeaban con fuerza el tablero produciendo un sonido agudo. Era parecido al ruido de un látigo sobre un cuerpo, quizás el de un perro embistiendo. En estos casos, Yakichi observaba furtivamente la cara de su nuera y colocaba sus piedras cuidadosamente, como en señal de amonestarla.

«¡Qué enorme poder! Como en un duelo entre Musashi Miyamoto y Kokiro Sasaki en Ganryushima».

Etsuko oyó a su espalda el ruido de unos pasos en el corredor. No era el andar ligero de una mujer, ni los pasos apesadumbrados de un hombre de edad mediana. Era un andar febril de hombre joven que descargaba el peso de su cuerpo sobre las plantas de los pies haciendo que las tablas del suelo del salón, oscuro como la noche, chirriases produciendo un sonido parecido a un quejido, a un grito.

La mano de Etsuko se detuvo en el acto de colocar una piedra. Sus dedos parecían posarse suavemente sobre ella. Era esencial, sin embargo, que estos dedos, inevitablemente temblorosos, sujetaran la piedra con firmeza. Quería dar a entender que estaba considerando cuidadosamente la siguiente jugada. No era, sin embargo, una jugada difícil, pero era muy importante que ninguna vacilación inoportuna despertara sospechas en su suegro.

Se abrió la puerta. Saburo, arrodillado en el umbral de la habitación, introducía solamente la cabeza. Etsuko le oyó decir: «Buenas noches, señor».

Yakichi gruñó y se inclinó sobre el tablero para colocar una piedra. Etsuko observó sus dedos, viejos, feos, nudosos, agarrotados. No le dijo nada a Saburo. Ni siquiera miró hacia la puerta. Los pasos se alejaban en dirección opuesta a la habitación de Miyo. Allí, orientada al oeste, estaba la habitación de tres esteras de Saburo.

Capítulo 2

El aullido de los perros hacía insopportables las noches en el campo. Maggie, una perra setter, ya vieja, que dormía, atada, en el cobertizo posterior, irguió las orejas al oír la jauría de perros salvajes que pasaba por el huerto y la alameda cercanos a la casa. Levantó entonces la voz en un aullido largo, estúpido, como quejándose de su solitaria reclusión. La manada de perros detuvo el ruidoso paso a través de las cañas de bambú para responderle. Etsuko, que tenía un sueño ligero, se despertó.

Hacía tan sólo una hora que se había acostado. Aún le debía bastantes horas de sueño al día siguiente. Buscaba en su mente una esperanza que justificase este mañana. Cualquier esperanza, por pequeña o trivial que fuese, bastaba. Sin esto, ¿quién podía vivir hasta mañana? Algún remiendo que estaba por hacer, los billetes para el viaje de mañana, el poco sake que quedaba en la botella para proporcionar el sustento líquido de mañana; no era posible enfrentarse al alba sin antes ofrecerle todo esto al día que anunciaba.

Pero ¿qué tenía Etsuko para ofrecer? Sí, por supuesto, dos pares de calcetines, uno azul y otro marrón. Este regalo para Saburo era todo el significado que tenían para Etsuko las próximas veinticuatro horas. No era religiosa, pero, igual que las mujeres devotas, hallaba en la vacuidad de sus esperanzas el más puro de los significados. Se asió a estas débiles cuerdas, una azul y otra marrón. Gracias a ellas pendía ese globo imposible, manchado de barro, oscuro como boca de lobo que era el mañana, sin saber ni preocuparse de adonde la llevaría. La base de su satisfacción era no pensar en las cosas. Ésa era la razón de su existencia.

El cuerpo de Etsuko estaba todavía aprisionado por las manos secas y nudosas de Yakichi. Tras una o dos horas de sueño aún no lo habían soltado. La mujer que ha sido acariciada por un esqueleto nunca podrá olvidar esta caricia. Era una nueva piel añadida a su propia piel: transparente, húmeda, más delgada que la crisálida de una mariposa cuando está a punto de mudar. Era la sensación de haber sido pintada con un pigmento invisible que al menor movimiento de sus músculos saltaría en fragmentos luminosos salpicando la oscuridad de la habitación.

Miró a su alrededor con los ojos acostumbrados a la penumbra. Era extraño, pero Yakichi no roncaba. Su nuca tenía la palidez del pescuezo de una gallina desplumada. El ruido monótono del reloj marcando el tiempo y el chirrido de los grillos bajo el suelo ponían límites terrestres a la noche, sin los cuales no habría sido de este mundo: una noche que cubría lentamente a Etsuko llenándola del miedo a volverse rígida como una mosca atrapada en la gelatina.

Levantó la cabeza lentamente. La concha incrustada en el mueble del dormitorio —reliquia de familia— despedía destellos azules.

Cerró los ojos con fuerza. Aquel recuerdo le volvió a la mente. Había sucedido seis meses antes cuando, poco después de su llegada, empezó a dar paseos solitarios y el vecindario la consideró excéntrica. Etsuko los ignoraba y seguía su camino. Fue entonces cuando advirtieron que su andar era de mujer embarazada, de lo cual dedujeron que era una mujer con pasado.

Desde uno de los extremos de la propiedad de los Sugimoto podía verse en toda su extensión, a través del torrente, el Jardín de las Almas Hattori. Salvo en las festividades equinocciales, muy poca gente visitaba las tumbas. Por las tardes, las innumerables piedras sepulcrales clavadas en el suelo proyectaban diminutas sombras sobre las amplias faldas del cementerio. Visto desde ahí, parecía alegre y puro. A veces se veían los reflejos del sol en las pizcas de cuarzo blanco de las tumbas, sobre las suaves ondulaciones de aquel lugar rodeado de colinas y bosques.

A Etsuko le gustaban, sobre todo, el hálito del cielo sobre el cementerio y la tranquilidad del ancho sendero que lo atravesaba. Esta quietud blanca y tonificante, unida al aroma de los arbustos y los brotes tiernos de los árboles, le hacía sentir, como en ningún otro momento, que su espíritu estaba desnudo.

Era el momento de coger hierbas. Etsuko seguía el curso del torrente recogiendo belchos y juncos que sostenía en su brazo. En un determinado lugar, el agua del torrente había inundado las orillas. Allí crecía perejil. El torrente pasaba bajo un puente y luego atravesaba la carretera asfaltada que venía de Osaka y terminaba ante las puertas del cementerio. Etsuko bordeó el parterre de césped situado a la entrada y tomó su sendero favorito. Se maravillaba de que le hubiesen respetado esta tregua. Era un respiro.

Pasó junto a unos niños que jugaban al escondite. Al poco rato llegó a un espacio verde que todavía no albergaba monumentos. Se extendía junto al muro que bordeaba el torrente. Cuando se disponía a sentarse advirtió la presencia de un muchacho, tendido de espaldas en el suelo, y evidentemente absorto en la lectura del libro que sostenía sobre su cara. Era Saburo. Notó la sombra de Etsuko que lentamente le cubría y se incorporó.

—Señora Sugimoto —dijo. En este momento cayó sobre su cara el manojo de belchos y juncos que Etsuko sostenía en su brazo.

Los cambios de expresión que se sucedían con gran rapidez en la cara de Saburo proporcionaron a Etsuko un raro y fresco sentimiento de alegría, parecido al que

produce el descubrimiento de una solución viable y sencilla. Al principio, cuando las hierbas cayeron sobre su cara, pensó que le estaba gastando una broma y exageró sus esfuerzos por escapar. Luego, viendo la expresión de Etsuko, se dio cuenta de que había sido un accidente. Su cara adoptó de inmediato un semblante serio y apoligético. Se puso en pie. Se dejó caer sobre las rodillas y ayudó a Etsuko a recoger el ramillete esparcido a su alrededor.

Entonces le pregunté:

—¿Qué estabas haciendo?

—Estaba leyendo un libro, señora.

Se ruborizó y le enseñó el libro: una historia de aventuras de samuráis. La palabra «señora» le hizo pensar en una forma de expresión utilizada por los militares, aunque aquel muchacho de dieciocho años no había sido soldado. Le habían educado en el dialecto de Hiroshima y estaba ahora familiarizándose con el idioma oficial.

Saburo reconoció voluntariamente que había ido a buscar la ración de pan y, ya de regreso, se detuvo para descansar un rato cuando Etsuko le descubrió. Esta disculpa era más insinuante que defensiva.

—No se lo diré a nadie —dijo Etsuko.

Recordaba que le había preguntado sobre los daños causados por la bomba atómica. Le respondió que sus familiares más inmediatos vivían fuera de la ciudad, pero que toda la familia de unos parientes suyos había muerto en el bombardeo. No tenían de qué hablar; nada que decirse. Él, por no pecar de atrevimiento, no quiso hacerle ninguna pregunta.

Cuando vi a Saburo por primera vez, pensé que debía de tener veinte años por lo menos. No recuerdo la edad que aparentaba cuando le vi tendido en el Jardín de las Almas Hattori. Era joven. Llevaba una camisa de algodón llena de remiendos, abierta y con las mangas recogidas hacia arriba. Quizá disimulase de este modo el mal estado de los puños. Sus brazos eran espléndidos; se les notaba un desarrollo que los brazos de los hombres que viven en la ciudad no alcanzan hasta mucho después. Curtidos por el sol y robustos; el vello dorado que los cubría les daba la apariencia de estar avergonzados de su propia madurez.

Etsuko sólo le podía mirar con aire de reprobación. No era una expresión deliberada, era simplemente la única que podía adoptar. Se preguntaba si Saburo sabía por qué. *Por supuesto que no lo sabía. Tan sólo era consciente de que al engorro de su condición de empleado se le unía la incomodidad de la presencia de una mujer.*

¡Su voz! Una voz algo nasal, ahumada, sumisa, incluso infantil. ¡Aquellas palabras que parecían desprenderse, una a una, de su lengua incomunicativa! ¡Palabras rotundas y sinceras como la fruta salvaje!

No obstante, cuando Etsuko le vio al día siguiente, pudo mirarle sin sentir la más mínima turbación.

Ningún reproche. Sólo una sonrisa.

Así estaba bien. No había pasado nada.

Un día, cuando ya llevaba un mes viviendo allí, Yakichi le pidió que le remendara la ropa vieja que utilizaba para trabajar en el campo. Le dio prisas para que concluyera el trabajo, lo cual la tuvo ocupada hasta muy entrada la noche. A la una de la madrugada, Yakichi, que a aquellas horas solía estar dormido, entró en la habitación de Etsuko. Le alabó su diligencia mientras introducía los brazos en la chaqueta que Etsuko le acababa de arreglar y se quedó fumando su pipa, silenciosamente, durante un rato.

—¿Ya duermes mejor?

—Sí. Aquí no es como en Tokio, tan tranquilo.

—No me dices la verdad —dijo Yakichi.

—Bueno, en realidad, duermo bastante mal —respondió Etsuko. Hay demasiada tranquilidad, mucha más de la que a mí me gusta.

—Es lamentable. No debería haberte traído.

La respuesta de Yakichi tenía un cierto aire de sarcasmo de director de empresa.

Cuando Etsuko aceptó la invitación de Yakichi para trasladarse a Maidemmura, ya era consciente de que existirían noches como éstas. De hecho, las esperaba con ilusión. Antes había deseado morir con su marido, la muerte de una viuda india. De todas formas, había algo oculto en esta muerte de sacrificio en la que soñaba, pues no era un suicidio ofrecido en duelo por la muerte de su esposo, sino un acto instigado por la envidia que le producía su muerte. Ella deseaba una muerte lenta, gestada durante un dilatado espacio de tiempo, y no una muerte común, ordinaria. ¿No era, acaso, que buscaba en las profundidades de sus celos algo que le permitiese no tener que temer este sentimiento nunca más? Tras este sórdido anhelo, tan miserable como el apetito de carroña, ¿no se escondía un ferviente deseo de tenerlo todo para sí, un ansia sin fin ni propósito?

La muerte de su esposo... Fue un día, hacia finales del otoño. Aún podía ver con toda claridad el coche fúnebre aproximándose a la puerta trasera del Hospital para Enfermedades Infecciosas. Los empleados habían levantado el féretro. En el sótano mortuorio la atmósfera estaba impregnada de un olor húmedo a incienso, moho y cadáveres que acompañaba la fantasmagórica presencia de flores de loto, blancas, artificiales, cubiertas por una gruesa capa de polvo gris, el tatami húmedo para quienes velaban hasta el amanecer, y la yacifa que servía de túmulo con la funda de cuero pelada. Desde este lugar mortuorio, con su capilla portátil —una sala de espera en la que la lápida de un muerto sustituía invariablemente a la de otro—, los empleados trasladaron el féretro a través de la rampa de cemento. Uno de ellos llevaba botas militares de suelas claveteadas, que al chocar con el cemento producían un ruido parecido al crujido de los dientes. Se abrió la puerta...

Etsuko no recordaba un estallido de luz de tal profusión, de tal emoción, como el que sintió en aquel momento. Aquella inundación de sol a principios de noviembre era como un géiser transparente que lo llenaba y lo desbordaba todo.

La puerta trasera del hospital daba a una dársena de aguas poco profundas que, como el resto de la ciudad, había quedado completamente destruida tras los bombardeos. Al otro lado se hallaba el embarcadero de la línea Chuo, cubierto por abundante vegetación. La mitad del barrio estaba formado por casas nuevas y otras en construcción; el resto lo ocupaban todavía las ruinas dejadas por el fuego, ahora cubiertas de hierbas, basura y materiales de todo tipo. El sol de noviembre se derramaba sobre todo esto.

Los manillares de las bicicletas que circulaban por la ancha avenida que atravesaba aquella parte de la ciudad despedían vivos destellos. El deslumbramiento también procedía, a veces, de los montones de basura acumulados en las ruinas, seguramente de las botellas de cerveza que sobresalían. La luz golpeó el féretro y a continuación a Etsuko con la fuerza de una cascada.

El motor del coche fúnebre se puso en marcha. Etsuko se colocó detrás del féretro, en el interior del vehículo, protegido por cortinas.

Sus pensamientos en el camino hacia el crematorio no eran de celos ni de muerte. Estaba ocupada pensando en la luz que con tanta fuerza la había deslumbrado momentos antes. Sus manos jugaban, sobre su regazo, con un ramillete de flores otoñales. Había crisantemos, tréboles, flores chinas. Había también cosmos que, durante la noche, se habían marchitado. La parte delantera de su vestido de luto estaba salpicada de polen amarillo.

¿En qué estaba pensando durante estos momentos bañados de luz? ¿En liberarse de los celos, de las innumerables noches de insomnio, de la repentina fiebre de su esposo, del Hospital para Enfermedades Infecciosas, de los horribles delirios de la noche de la muerte, de los detestables olores de la muerte?

¿Sentía, tal vez, envidia de que aquella abundante luz solar perteneciera a este mundo? ¿Se debía esto a que los celos eran ya la única emoción que podía mantener por tiempo indefinido?

El sentimiento de liberación debería contener un fortificante sentimiento de negación en el que no se negara la misma liberación. En el momento en que un león cautivo se escapa de la jaula, posee un mundo más amplio que el león que sólo ha conocido la selva. Mientras estaba en cautividad, sólo había dos mundos para él: el mundo de la jaula y el de fuera de la jaula. Ahora es libre. Ruge. Ataca a la gente. Se la come. Sin embargo, no está satisfecho, porque no hay un tercer mundo además del de la jaula y del de fuera de la jaula. Pero Etsuko no tenía el más mínimo interés en estas cuestiones. Su alma no conocía más que la afirmación.

No podía evitar el sentimiento de que la luz que la había bañado junto a la puerta trasera del hospital era un sorprendente derroche cometido por el cielo, ya que ahora inundaba generosamente la tierra. Después llegó a la conclusión de que se encontraba mucho más cómoda en la penumbra del coche fúnebre. Cada vez que el coche sufría una sacudida, algo sonaba dentro del féretro. Quizá fuese la pipa de su marido, situada junto a él por ser uno de sus objetos preferidos. Etsuko colocó una mano

sobre la tela blanca que cubría la parte exterior del féretro en el lugar de donde procedía el ruido. La pipa, o lo que fuese, se silenció, como si contuviera la respiración.

Corrió ligeramente las cortinas. Al poco rato vio otro coche fúnebre delante del suyo que aminoraba la velocidad y se desplazaba desde el centro de la calzada hacia un paseo sin ningún encanto, bordeado de bancos y jalonado por un edificio triste absurdamente grande que parecía un horno. Era el crematorio municipal.

Etsuko recordaba aquel pensamiento: *No he venido a incinerar a mi esposo, sino mis celos.*

Pero ¿se consumirían sus celos al tiempo que se reducían a cenizas los restos de su esposo? Los celos eran, en cierto sentido, una enfermedad que padecía por contagio de su esposo. Le habían atacado el cuerpo, los nervios, los huesos. Si deseaba quemarlos, no tenía más remedio que acompañar al féretro de su esposo hasta las recónditas profundidades de aquel horno de cuba.

Desde tres días antes de enfermar, su esposo no había regresado a casa. Se fue a trabajar. No era una persona que dejase de ir a la oficina por un lance amoroso. Simplemente, no soportaba regresar a casa, donde Etsuko le estaba esperando. Era la quinta vez que Etsuko iba al teléfono público, pero, como en las anteriores, no se decidía a llamar. Cuando lo hacía, sin embargo, él siempre cogía el teléfono. No tenía una actitud brutal con ella. No obstante, sus pequeñas excusas, dulces, delicadas, y la ocasional, aunque deliberada, utilización del acento de Osaka le recordaban a Etsuko su forma de retorcer los cigarrillos en el cenicero e intensificar su dolor. Prefería el abuso. Aunque, a primera vista, era un hombre corpulento, de cuyos labios estaba siempre presta a salir esta palabra, Ryosuke era capaz de repetirle, en el más dulce tono de voz, promesas que desde hacía tiempo estaba decidido a no cumplir. Entonces, Etsuko quedaba desarmada. Habría sido mucho mejor para ella no haberle telefoneado.

«Es difícil explicártelo por teléfono, pero anoche me encontré a un viejo amigo. Me pidió que fuese con él a jugar al *mah-jongg*. Está muy bien situado en el Ministerio de Comercio y, como comprenderás, no podía negarme. ¿Qué? Sí, esta noche iré a casa. En cuanto acabe el trabajo, voy a casa... sí, pero tengo mucho trabajo... ¿que si me esperas para cenar? Bueno, haz lo que quieras, no me importa... sí, como te parezca mejor. Si voy cenado, comeré algo cuando llegue. Oye, que voy a colgar, el señor Kawaji pone mala cara... Sí, sí, lo comprendo. De acuerdo. Adiós».

Dandi como era, Ryosuke inspiraba un aire de satisfacción burguesa entre sus colegas.

Etsuko esperó. Había anochecido y seguía esperándole. Ryosuke no fue. ¿Actuaba así porque en las contadas noches que estaba en casa, Etsuko nunca le había regañado ni se había puesto dura con él? Se limitaba a mirar a su marido con tristeza en los ojos. Estos ojos de perra, esa mirada triste y muda, encolerizaban a Ryosuke. Eso era lo que aquella mujer esperaba, con las manos tendidas como un mendigo.

Para Ryosuke, ponía al descubierto los desolados temores del feo esqueleto de su relación marital y la vaciaba de cualquier posible sentido.

Giró su indiferente espalda y fingió dormir. Una noche de aquel verano, sintió que los labios de su esposa tocaban su cuerpo mientras dormía y la abofeteó. «¿No te da vergüenza?», le dijo, con voz dormida, mientras la abofeteaba, sin la más mínima emoción, como si chafase un mosquito posado sobre su cuerpo.

Todo empezó aquel verano, cuando comenzó a sentir el placer de provocar los celos de su esposa.

Etsuko advirtió que se compraba corbatas sin decírselo. Una mañana la llamó, de pie, frente a la luna del dormitorio, y le pidió que le hiciese el nudo de la corbata. La alegría y la ansiedad volvían torpes los dedos de Etsuko; parecía que no iba a conseguir hacerle el nudo. Finalmente lo consiguió. Ryosuke se separó bruscamente de ella y le preguntó:

—¿Te gusta? ¿Es bonito el dibujo?

—¡Oh! No me había dado cuenta. Es nueva, ¿no? ¿La has comprado tú?

—¡Vamos! Te habías dado cuenta; lo sé.

—Bueno, te está muy bien.

—Eso me parece.

De uno de los cajones de Ryosuke sobresalía un pañuelo de mujer como si lo hubiesen colocado deliberadamente. Despedía olor a perfume barato. Después vinieron cosas peores, cosas que impregnaron el aire de la casa de un olor amargo. Etsuko arrancó las fotos de una mujer que Ryosuke había colocado en su escritorio y las quemó una a una. Su esposo había previsto esta reacción.

—¿Dónde están mis fotos? —preguntó al llegar a casa.

Etsuko se plantó frente a él, con unas tabletas de arsénico en una mano y un vaso de agua en la otra. Ryosuke le arrebató las tabletas de la mano y ella cayó sobre un espejo, cortándose la frente.

Pero, ¡oh, el fervor de las caricias de su marido aquella noche! ¡Aquella caprichosa tormenta que duró toda la noche! ¡Aquella irónica caricatura de la felicidad!

La tarde que Etsuko decidió volver a envenenarse, su esposo regresó a casa. Dos días después cayó enfermo. Dos semanas más tarde moría.

«¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza! ¡No lo aguento más!», decía Ryosuke desde el umbral; no llegó a entrar.

Etsuko había intentado envenenarse de nuevo, cuando él regresó. Su propósito quedaba ahora desbaratado. Se diría que su esposo había regresado para torturarla. Aquella noche, ella no sintió la alegría que solía sentir cuando él regresaba a casa, una alegría que la exasperaba a sí misma. Posó su mano en la hoja de la puerta, entreabierta, y miró a su marido, sentado, inmóvil, en los primeros peldaños de la

escalera. Entonces se sintió orgullosa. Orgullo por el éxito en una apuesta que no había propuesto ella y que tenía como prenda la muerte. No se dio cuenta de que la idea de la muerte ya estaba fuera de su cabeza.

—¿Has estado bebiendo? —le preguntó.

Ryosuke movió la cabeza y miró hacia arriba, donde ella estaba. No sabía que entonces sus ojos tenían aquella mirada de perro que tanto detestaba, la misma mirada que tenían siempre los de su mujer. Una mirada ávida, febril, pesada; como la de un animal que ignora la causa de la enfermedad que se desarrolla en su cuerpo. Era la mirada más ávida, más suplicante, que un animal puede dirigir a su amo. Ryosuke tenía, quizá por primera vez, la sospecha de que algo inexplicable estaba sucediendo en su cuerpo. Estaba enfermo, pero la enfermedad no lo era todo.

Los dieciséis días que siguieron fueron los más felices en la vida de Etsuko. Su luna de miel y la muerte de su esposo, ¡qué gran parecido guardaban estos dos breves períodos de alegría! Ahora viajaba con él, al encuentro de la muerte. Había en este viaje, como lo hubo en el de bodas, el mismo abuso de cuerpo y alma, el mismo dolor incansable, el mismo deseo insaciable.

Su esposo yacía con el pecho descubierto, prisionero de pesadillas febriles, manipulado por el hábil titiritero de la muerte, gimiendo como una desposada. Los últimos días, cuando la enfermedad empezó a atacarle el cerebro, solía, a veces, incorporarse de repente como si realizara un ejercicio gimnástico, sacaba la lengua reseca, enseñando los dientes teñidos de color de terracota por la sangre que fluía de sus encías, y se echaba a reír estrepitosamente.

En su habitación del segundo piso del Hotel Atami, la mañana siguiente a la primera noche, había reído del mismo modo. Ryosuke abrió la ventana y miró el césped, suavemente ondulado. Había una familia de alemanes, huéspedes del hotel, con un galgo muy grande. Un niño de cinco o seis años se disponía a sacar al perro a pasear.

Súbitamente, el animal echó a correr tras un gato que asomaba bajo el seto. El niño se olvidó de soltar la cadena y el perro lo arrastró de espaldas por el suelo por todo el césped. Al verlo, Ryosuke estalló en una gran carcajada de pura alegría desinhibida, un rugido esculpido por sus dientes al descubierto. Etsuko no le había visto nunca reír de esta manera.

Etsuko se puso las zapatillas y corrió hacia la ventana. ¡La luz brillante del nuevo día sobre el césped! El reflejo del mar al extremo del jardín que descendía suavemente para unirse sin el menor sobresalto, sin el menor relieve con la playa. Bajaron al vestíbulo. En el casillero de las cartas, adosado a una columna, había diferentes folletos de viajes, de gran colorido, bajo un letrero que invitaba a los clientes a cogerlos. Ryosuke cogió uno y, mientras esperaban el desayuno, se entretuvo transformándolo en un avión de papel. Su mesa estaba junto a una ventana que daba al jardín. «Mira», dijo, y lanzó su avión hacia el mar. ¡Qué estúpido!

Era uno de los muchos trucos de Ryosuke para conquistar y divertir a la mujer

que acaparaba su interés. En aquellos momentos, hay que decirlo, estaba vivamente interesado en agradar a Etsuko. Quería impresionar realmente a su nueva esposa. ¡Qué sinceridad!

Ella tenía todavía cierta cantidad de dinero. Hasta hacía poco, Etsuko y su padre eran los únicos supervivientes de una rica y vieja familia cuyo linaje se remontaba a un famoso general del período de la guerra civil. Su fortuna se conservaba en un cofre tozudamente defendido. Después, el fin de la guerra, los impuestos sobre propiedades, la muerte de su padre, y la herencia que recibió Etsuko: un paquete de valores sorprendentemente pequeño. En todo caso, aquella mañana, en el Hotel Atami formaban una pareja en todos los sentidos de la palabra. Más tarde, la fiebre de Ryosuke hizo que los dos volviesen a ser uno. En esta cruel alegría que, inesperadamente, gozó, Etsuko parecía encontrar el mayor, el más pormenorizado, el más ávido, el más detestable de los placeres. Los especiales cuidados con que atendía a su marido harían apartar la vista a cualquier espectador.

Pasó algún tiempo hasta que lograron diagnosticar la enfermedad como fiebre tifoidea. Durante bastantes días pensaron que se trataba de un resfriado peculiarmente maligno, acompañado de catarro. Entre los síntomas: dolor de cabeza implacable, insomnio, pérdida total del apetito; no había indicaciones de los dos más característicos de un principio de fiebre tifoidea: el aumento de fiebre y la irregularidad de la temperatura del cuerpo y del pulso. Durante los dos primeros días, padeció dolor de cabeza y cansancio general, pero no tuvo fiebre. El día siguiente al de su regreso a casa, no fue a la oficina.

Aquel día lo pasó, paradójicamente, ordenando con gran sosiego sus cosas, como un niño que ha ido a jugar a casa de otro. De su progresivo letargo surgió una ansiedad amorfa e incomprensible. Cuando Etsuko entró en su despacho de seis esteras llevándole una taza de café, encontró a su esposo tendido sobre el tatami con los brazos y las piernas abiertos, vestido con la bata azul y blanca. Se mordía el labio, como probando su sabor. No se lo había tragado, pero parecía que fuera a hacerlo en cualquier momento.

Al verla le dijo:

—No quiero café.

Etsuko vaciló y él añadió a continuación:

—Corre el nudo del cinturón hacia delante. Se me está clavando; no puedo soportarlo. Lo podría hacer yo mismo, pero es demasiado trabajo.

Hacía ya tiempo que Ryosuke no quería que Etsuko le tocase. Le desagradaba incluso que le ayudase a ponerse el abrigo. ¿Qué le hacía actuar hoy de esa forma?

Etsuko dejó la bandeja con el café sobre el escritorio y se arrodilló junto a él.

—¿Qué haces? —le preguntó Ryosuke. Pareces una masajista.

Ella introdujo la mano bajo su cuerpo, corrió el cinturón a topes y con él aquel nudo hecho a la ligera. Él no intentó levantar el cuerpo, cuyo tronco arrogante y pesado descansaba como un plomo sobre la esbelta mano de Etsuko. Le hacía daño,

pero a pesar del dolor, ella lamentó que aquella operación durase tan pocos segundos.

—¿No prefieres meterte en la cama en lugar de estar aquí estirado de esta manera? ¿Te la preparo?

—Déjame solo. Estoy bien tal como estoy.

—¿Te has tomado la temperatura? Parece más alta que antes.

—Es la misma que antes. Normal.

El atrevimiento que mostró a continuación sorprendió a la propia Etsuko. Apretó los labios contra la frente de su marido para tomarle la temperatura. Ryosuke no dijo nada. Sus ojos se movían lánguidamente bajo los párpados entreabiertos. La piel sucia, grasienta de su frente...

Sí, era una frente que no tardaría en perder la capacidad de transpirar —un efecto especial de la fiebre tifoidea— y entonces se secaría y ardería como el fuego. Un rostro desesperado y, pronto, el color sucio del rostro de un cadáver.

Al día siguiente, por la noche, la temperatura de Ryosuke se elevó rápidamente a 39,7°. Se quejaba de dolores en la parte baja de la espalda y en la cabeza. Movía la cabeza incesantemente, buscando un lugar fresco en la almohada y manchando la funda con la grasa del cabello y la caspa. Aquella noche, Etsuko le aplicó una bolsa de agua. Sólo podía tomar líquidos, y aun con dificultad. Exprimió varias manzanas, puso el zumo en una taza y se lo dio a beber. A la mañana siguiente fue el médico y dijo que sólo tenía un resfriado.

Así vi cómo mi esposo volvía, al fin, a mi lado, cómo reaparecía ante mis ojos. Era lo mismo que observar un trozo de corcho flotando ante mi vista. Me incliné y, cuidadosa, detenidamente, inspeccioné este extraño cuerpo sufriendo sobre la superficie del agua. Como la mujer de un pescador, había ido cada día a la orilla del mar. Había vivido sola, esperando. Hasta que finalmente hallé este cuerpo perdido, meciéndose entre las rocas que cierran las apacibles aguas de la bahía. Todavía respiraba. ¿Lo saqué inmediatamente del agua? No, no lo hice. Todo cuanto hice fue inclinarme sobre el agua y, fervorosamente, con pasión y con esfuerzo, sin sueño ni descanso, mirarlo.

Me quedé observando este cuerpo todavía con vida, completamente inmerso en el agua, para ver si volvía a gemir, si volvía a gritar, hasta que sus cálidas exhalaciones cesaran para siempre. Lo sabía: si se reanimaba, si sobrevivía, este trozo de corcho me abandonaría. Se iría, sin duda; huiría con la marea a una costa infinitamente distante. No volvería otra vez a mi lado.

En mis atenciones había una pasión sin propósito. ¿Quién podía saberlo? ¿Quién llegaría a saber que las lágrimas con que lavé a mi esposo durante su agonía eran un llanto de pena por el fin de la pasión que había iluminado aquellas horas para mí?

Etsuko recordó el día que alquiló un coche para trasladar a su esposo al hospital de un amigo suyo, especialista en medicina interna. Tres días más tarde, la mujer de las fotografías entró en su habitación y conoció la ira de Etsuko. ¿Cómo supo dónde estaba? ¿Se lo habría dicho alguno de sus amigos de la oficina? Seguro que ellos no lo sabían. Quizá le siguió el rastro con el olfato, como lo haría un perro. También fue otra mujer, durante tres días consecutivos. Y después otra. En ocasiones coincidían, mirándose mutuamente al cruzarse frente a la puerta.

Etsuko no quería que nadie pusiera los pies en aquella isla para dos. No informó a los parientes de Maidemmura del peligro que corría Ryosuke hasta que exhaló el último hálito de sus pulmones. Todavía recordaba la alegría que sintió el día que diagnosticaron la enfermedad de su marido. Sólo había tres habitaciones en el segundo piso del hospital. Era un edificio muy pequeño. Al final del pasillo había una ventana; una ventana insulsa que ofrecía una vista del barrio igualmente insulsa.

¡Aquel olor a lisol que impregnaba el aire! A Etsuko le parecía un perfume. Cuando su marido se sumía en un breve sueño, ella salía al pasillo y paseaba arriba y abajo inhalando aquel aroma que prefería al aire del exterior. Para ella, la acción por la que aquel producto químico purificaba la muerte y la enfermedad no era la acción de la muerte sino la de la vida. Aquel olor, no le cabía duda, era el olor de la vida. Incesante, cruel, de sustancia química, aquel olor le estimulaba la respiración como el aire que se respira por la mañana.

Aunque Ryosuke ya llevaba diez días sin que la fiebre le bajara de 40º, Etsuko seguía sentada junto al cuerpo de su marido. El enfermo parecía el envoltorio de aquella fiebre que, dolorosamente, buscaba una salida.

Ryosuke parecía un corredor de fondo al final de la carrera: jadeando sin aliento, con las ventanas de la nariz dilatadas al máximo. Hundido en la cama, su existencia era el epítome del cuerpo humano corriendo sin pausa en una pista de competición. Etsuko era su animadora: «¡Un poco más! ¡Un poco más!». Los ojos de Ryosuke quedaron en blanco. Sus dedos intentaban asir la cinta de la meta, pero sólo conseguían agarrar el extremo de la sábana, caliente como la paja e impregnada del olor del animal que dormía en ella.

El director del hospital, al efectuar su ronda matutina, examinó a Ryosuke mientras éste exponía su pecho, alimentado por una respiración forzada. Cuando el médico tocó la piel hinchada por la fiebre, ésta se abultó bajo sus dedos como si en cualquier momento fuese a despedir un chorro de agua caliente. ¿No es posible que la enfermedad no sea, en definitiva, más que una aceleración de la vida? Cuando el médico aplicó el estetoscopio de marfil sobre el pecho de Ryosuke, la presión del aparato dejaba marcas en la piel, de color ligeramente blanco; luego, en diferentes puntos de la piel, súbitamente regada por la sangre, surgían pequeñas manchas rosáceas, de tono opaco.

Etsuko enseguida preguntó:

—¿Qué son?

—Pues verá —dijo el doctor en un tono de voz entrecortado, pero amistoso. Rubéola. Luego se lo explicaré.

Cuando hubo concluido la visita, el doctor condujo a Etsuko hacia la puerta y le explicó sin ambages:

—Es fiebre tifoidea. Por fin hemos recibido el resultado de los análisis de sangre. ¿Dónde demonios pudo coger esta enfermedad Ryosuke? Dijo que en uno de sus viajes de negocios había bebido agua de un pozo; quizás fuera eso. Pero no hay que preocuparse. Si su cuerpo puede soportarlo, no habrá problema. No obstante, es un caso un poco extraño; de ahí que se haya retrasado el diagnóstico. Debemos dar los pasos necesarios para trasladarlo a un hospital especializado en este tipo de enfermedades. Aquí no tenemos una habitación aislada.

El doctor tamborileaba con los nudillos sobre la pared, de la que colgaban los carteles de «No fumar», y en una actitud de mal disimulado fastidio esperaba que esta mujer con marcadas ojeras —agotada por los días de completa atención al enfermo— estallase en una exclamación de angustia, de súplica:

«¡Doctor! ¡Por favor! ¡No lo trasladen, déjelo aquí! ¡Si mueven a este hombre, enfermo como está, se morirá! No lo traslade al hospital de infecciosos. Mire a ver si puede ir al hospital de alguna universidad. Allí seguro que tienen salas aisladas. ¡Por favor, doctor!».

Esperó con educada curiosidad a que de la boca de Etsuko salieran súplicas sollozantes como ésta.

Pero Etsuko no dijo nada.

—Está usted cansada, ¿verdad?

—No —respondió Etsuko en un tono que sonaba a heroico.

Etsuko no tenía miedo a contagiarse (ésta parece ser la única razón de que escapara de las fiebres). Volvió a sentarse junto a su esposo y continuó haciendo punto. Se acercaba el invierno y quería acabarle el jersey a tiempo. Por las mañanas hacía frío en la habitación. Dejó caer un zori y con la planta del pie, desnudo, se frotó el empeine del otro.

—Ya saben lo que tengo, ¿verdad? —preguntó con una entonación en su voz que recordaba a la de un niño.

—Sí.

Etsuko se levantó con la intención de humedecerle los labios, secos y abiertos en pequeñas fisuras por la fiebre, con un algodón empapado. Pero, en lugar de eso, juntó su mejilla con la de Ryosuke. Aquella cara sin afeitar, de hombre enfermo, le quemó la mejilla como la arena caliente de la playa.

—No te preocupes. Etsuko cuidará de que mejores. No tienes que preocuparte de nada. Si tú mueres, yo moriré también.

(¿Quién podía obligarla a cumplir esta falsa promesa? No había testigos, ni

siquiera Dios, en quien Etsuko no creía).

—Pero esto no sucederá. Te pondrás bueno, verás como sí.

Etsuko besó frenéticamente los labios resecos de su esposo. Exhalaban un aliento caliente, siempre muy caliente, como si por su boca emanara un flujo de vapores subterráneos. Etsuko, con sus labios, humedeció los de su marido, manchados de sangre, espinosos como un rosal. La cara de Ryosuke se retorcía de dolor bajo la cara de su esposa.

La empuñadura de la puerta, forrada de gasa, giró hacia abajo. La puerta se abrió ligeramente. Etsuko, al oír el ruido, dejó a su esposo. Era una enfermera y le hacía señas a Etsuko con los ojos. Salieron al vestíbulo. Allí aguardaba una mujer, con un vestido largo y un capotillo de piel, asomada a la ventana del fondo del pasillo.

Era la mujer de las fotos. A primera vista parecía euroasiática. Sus dientes eran tan hermosos que parecían falsos. Las ventanas de su nariz tenían forma de alas. El papel de parafina que envolvía el ramo de flores se le enganchaba a las uñas, pintadas de rojo. Había algo impotente, frustrante, en la compostura de esta mujer, como si fuera un animal erguido sobre sus patas traseras intentando andar. Debía de tener unos cuarenta años: súbitamente, como saliendo de una emboscada, se le formaban arrugas en las esquinas de los ojos, traicionando los veinticinco años que a primera vista se le podían suponer.

—¿Cómo está usted? —dijo la mujer.

Sus palabras tenían un acento evasivo, un aire desmayado. Etsuko la definió como una mujer que los hombres estúpidos podían considerar exótica. Ésta era la mujer que le había causado tanto daño. Le resultaba difícil unir en tan breves instantes el dolor pasado y la encarnación presente de su causa. Su dolor ya había madurado (¡extraña manera de decirlo!) hasta el punto de convertirse en algo imaginario, sin ninguna conexión con esta entidad concreta. Aquella mujer era una muela arrancada; una vez fuera, ya no le hacía daño. Etsuko, como el enfermo que ha superado todas las dolencias pequeñas, benignas o supuestas, y se encuentra ahora cara a cara con su enfermedad fatal, se encontraba avasallada por la idea de que aquella mujer había sido la causa de todos sus problemas.

La mujer le enseñó una tarjeta de su esposo, diciéndole que venía en su lugar. El nombre que había en la tarjeta era el del director general de la empresa en la que trabajaba Ryosuke.

—No puede recibir visitas —dijo Etsuko—, nadie puede entrar en su habitación.

Algo parecido a una sombra pasó por los ojos de la mujer.

—Pero mi esposo me ha pedido que le vea y averigüe cómo está.

—Pues ya lo sabe. Así es como está mi marido: nadie puede verle.

—Si pudiera verle tan sólo un instante, mi esposo estaría satisfecho.

—Si su esposo estuviera aquí, le dejaría entrar.

—¿Y por qué mi esposo sí y yo no? Esto no tiene sentido. Por la manera en que usted habla, me da la impresión de que algo la preocupa.

—Bien, pues entonces no entrará nadie a verle. ¿Le gusta más así?

—Me parece extraordinaria su forma de hablar. ¿Es usted su esposa, la mujer de Ryosuke?

—¡Yo soy la única mujer que llama a mi esposo Ryosuke!

—Por favor, se lo pido por favor, ¿puedo entrar? Tan sólo a verle. Se lo ruego. Tenga, es poca cosa, pero pensé que le alegraría la habitación.

—Gracias.

—Señora Sugimoto, ¿puedo verle? ¿Cómo se encuentra? No está grave, ¿verdad?

—Quizá viva o quizá muera, nadie lo sabe.

El tono burlesco de Etsuko sorprendió a la mujer. Dejó aparte los modales y le dijo:

—Pues bien, si así es como se encuentra, voy a entrar a verle, tanto si a usted le gusta como si no.

—Sígame. Si no tiene inconveniente en entrar, hágalo como si estuviese en su casa —Etsuko se volvió y la llevó hasta la habitación. ¿Ya sabe qué enfermedad tiene mi marido?

—No.

—Fiebre tifoidea.

La mujer se detuvo; cambió de color.

—¿Fiebre tifoidea? —susurró.

Era, sin duda, una mujer vulgar. Su asombrada reacción era como la de la vieja esposa que al saber que alguien tiene tuberculosis exclama: «¡Dios nos proteja!». ¡Incluso puede llegar a santiguarse! ¡La concubina de un extranjero! ¿Qué estaba esperando? Etsuko abrió la puerta amistosamente. La satisfizo la reacción temerosa de aquella mujer. Cogió la silla que había junto a la cama y la aproximó un poco más.

La mujer no tenía otra posibilidad que entrar, cautamente, en la habitación. A Etsuko le producía un inmenso placer que su esposo viese el azoramiento de la mujer.

Una vez dentro, se quitó el capotillo de piel, pero no supo qué hacer con él. Descartó dejarlo en cualquier lugar en el que pudiera haber bacterias. Las manos de Etsuko también le resultaban sospechosas, pues ella era, sin duda, quien vaciaba el orinal de su esposo. Le pareció más prudente volvérsele a poner. Luego retiró la silla unos cuantos centímetros de la cama y se sentó.

Etsuko le comunicó el nombre de la tarjeta a su marido. Ryosuke echó una mirada a la mujer, pero no dijo nada. Ella cruzó las piernas. Permaneció sentada, pálida y silenciosa.

Etsuko se colocó detrás de la visita, como si fuera una enfermera, y observó la expresión de su esposo. Un repentino y angustioso pensamiento le cortó la respiración: *¿Y si mi esposo no amase en absoluto a esta mujer? ¿Qué pasaría? Entonces todos mis sufrimientos carecerían de base y mi marido y yo nos habríamos estado torturando mutuamente en una charada ridícula. En este caso, mi pasado inmediato ha sido una lucha contra fantasmas. Debo encontrar en los ojos de mi*

marido una seña infinitesimal de amor hacia esa mujer o, de lo contrario, no seré capaz de continuar. Si no ama a esta mujer ni a las otras tres que no he dejado entrar, ¿cómo podré soportar esta carga?

Ryosuke, sin dejar de mirar el techo, se movió bajo el cubrecama, que se hallaba algo ladeado. Levantó las rodillas, y el cubrecama resbaló hasta caer al suelo. La mujer se pegó al respaldo de la silla. Ni siquiera hizo ademán de extender la mano. Etsuko se apresuró a poner la cama en orden.

En el espacio de estos escasos segundos, Ryosuke volvió la cara hacia su visitante. Ocupada en recoger el cubrecama, Etsuko no podía verles. No obstante, su intuición le dijo que en aquellos momentos los ojos de su esposo y de la mujer habían intercambiado unos guiños, dos guiños que la denigraban. Este hombre, abatido por la fiebre, había sonreído y guiñado el ojo a aquella mujer.

No era, realmente, una intuición. Era, propiamente, una suposición basada en un movimiento que había notado en la mejilla de su marido. Lo había vislumbrado y ahora experimentaba una sensación de desahogo que no alcanzan a comprender quienes juzgan por los poderes ordinarios del entendimiento.

—Te recuperarás sin ningún problema. Esta enfermedad no tiene nada que hacer con un paciente de tu fortaleza —la voz de la mujer perdió, repentinamente, su tono de reserva.

Una amable sonrisa se dibujó en el rostro de Ryosuke, sobre su barba descuidada. ¿Cuándo le había devuelto una sonrisa así a Etsuko? Luego dijo con voz insegura:

—Lástima que no pueda pasarte mi enfermedad. Contigo seguro que no tenía nada que hacer.

—¿Y qué te hace pensar así? —dijo, riendo, y miró a Etsuko por primera vez.

—Sé que yo no la resistiré —insistió Ryosuke. Se hizo un embarazoso silencio. Luego la mujer soltó una risita como un chirrido.

Pocos minutos después se marchó.

Aquella noche, la fiebre se instaló en su cerebro. El bacilo de la fiebre tifoidea atacó el cerebro de Ryosuke.

La radio de la sala de espera del piso inferior inundaba el aire con una ruidosa música de jazz.

—No lo aguento —exclamó Ryosuke en un quejido de punzante dolor. Estoy enfermo como un perro y esa radio funcionando...

La bombilla de la habitación estaba recubierta con un furoshiki para que el brillo no molestara al enfermo. Etsuko se había subido a una silla y ella misma, sin preocuparse de llamar a una enfermera, la había recubierto. La luz que atravesaba el tejido producía el desafortunado efecto de comunicar una coloración verdosa a la cara de Ryosuke. En esta extraña penumbra verde, sus ojos, enrojecidos por el exceso de sangre, parecían sumergidos en la cólera y las lágrimas.

Etsuko dejó de hacer media. Se levantó.

—Voy abajo —le dijo. Les pediré que apaguen la radio.

Cuando llegó a la puerta, oyó a su espalda un alarido que le heló los huesos.

Era un grito, como el que pudiera haber emitido un animal en el instante de morir aplastado. Etsuko se movió; Ryosuke estaba sentado en la cama. Agarraba la colcha con ambas manos, como si fuera un niño. Sus ojos, completamente en blanco, miraban fijamente hacia la puerta.

La enfermera lo oyó y entró en la habitación. Ayudó a estirar el cuerpo de Ryosuke, como si se tratara de una silla plegable, y le colocó las manos bajo las sábanas. El enfermo no opuso resistencia, pero tampoco dejó de gemir. Al poco rato exclamó, moviendo los ojos de un lado a otro:

—¡Etsuko! ¡Etsuko!

Etsuko se extrañó de que entre todos los nombres que podía pronunciar, hubiese escogido el suyo. Parecía que no actuase tanto por su propia voluntad como por la de Etsuko. Ella tenía el extraño convencimiento de que pronunciaba su nombre como cumpliendo una orden suya, del mismo modo que recitaría una norma.

—Dilo otra vez —pidió ella.

La enfermera había salido a avisar al médico. Etsuko se inclinó a medida que hablaba, sujetó a su marido por los brazos y lo zarandeó cruelmente. De nuevo él exclamó, sin apenas voz:

—¡Etsuko! ¡Etsuko!

Ya muy entrada la noche, Ryosuke volvió a exclamar confusamente: «¡Oscuro! ¡Oscuro!». Entonces se lanzó de la cama, tiró al suelo los frascos de medicinas, derribó la mesita de noche y se puso a andar sobre los cristales rotos, cortándose horriblemente los pies. Tres hombres, incluido el conserje, vinieron corriendo y consiguieron reducirle.

Al día siguiente le inyectaron sedantes, lo colocaron en una camilla y lo cargaron en la ambulancia. Su peso resultaba anormal. Estaba lloviendo. Etsuko sostenía un paraguas, protegiéndole de la lluvia desde la puerta del hospital hasta el lugar donde aguardaba la ambulancia.

El Hospital para Enfermedades Infecciosas. Etsuko celebró, con gran alegría, la llegada a este desagradable edificio, al otro lado del puente de acero que proyectaba su sombra sobre el resquebrajado pavimento de la calzada. La vida en una isla, la vida en su forma ideal, la vida, en definitiva, por la que tanto había suspirado Etsuko, estaba a punto de comenzar. Nadie les podría seguir hasta aquel lugar. Nadie podría entrar. Los únicos que vivían allí eran seres que habían hecho de la resistencia a los gérmenes la única razón de su existencia. Una incesante aprobación de la vida, una aprobación ruda y tosca que no se preocupaba en absoluto de las apariencias. Una aprobación de la vida más allá de la ley y de la moral, dramatizada e incesantemente exigida por el delirio, la incontinencia, los excrementos sanguinolentos, los vómitos, la diarrea y los horribles olores. El aire, igual que una turba de mercaderes pujando en una subasta de ganado, transmitía a cada segundo el mismo mensaje: «¡Todavía vivo! ¡Todavía vivo!». Esta concurrida terminal en la que la vida constantemente iba y

venía, llegaba y salía, embarcaba y desembarcaba. Aquella masa de cuerpos activos, unificados por la única forma de existencia que soportaban: la enfermedad contagiosa. Aquí, el valor de la vida de los hombres y el valor de la vida de los gérmenes llegaban con frecuencia a ser una misma cosa; pacientes y practicantes se metamorfoseaban en bacteria, en vida sin objeto. Aquí sólo existía la vida por el gusto de afirmarla y no tenía cabida ningún otro antojo. Reinaba la felicidad. De hecho, la felicidad, el más perecedero de todos los alimentos, reinaba aquí en su forma más pútrida, menos comestible.

En aquel lugar, Etsuko vivía la vida intensamente, entre la muerte y los malos olores. Ryosuke se ensuciaba a todas horas; al día siguiente a su llegada defecó los primeros excrementos sanguinolentos. La temida hemorragia intestinal había comenzado.

Pese a la fiebre, que se mantuvo alta en todo momento, no perdió peso ni color. Sobre la cama dura y nada acogedora yacía su cuerpo de color rosa brillante, como el de un niño. No le quedaban fuerzas para agitarse. Estaba como ausente, con las manos sujetándose el estómago o golpeándose el pecho con los puños cerrados. Movía los dedos con ineptitud, bajo la nariz, mientras inhalaba aquel olor.

Para Etsuko, la existencia se había convertido en una mirada fija. Sus ojos ya no sabían cómo cerrarse; lo habían olvidado. Eran como unas ventanas abiertas y sin protección, batidas por la lluvia y el viento.

Las enfermeras estaban asombradas de su dedicación. No dormía más que una o dos horas al día, al lado de su esposo, medio desnudo y apestando a orina. Incluso en aquellos breves momentos, soñaba que su esposo, llevado hasta un profundo hoyo, caía gritando su nombre, y se despertaba.

El médico que le atendía sugirió practicarle transfusiones de sangre, como último recurso, indicando vagamente, al mismo tiempo, que no confiaba en obtener ningún resultado positivo. Gracias a las transfusiones, Ryosuke se calmó bastante y logró dormir ininterrumpidamente. Entró una enfermera, trayendo la factura. Etsuko la acompañó al pasillo.

Allí la esperaba un muchacho. La gorra de cazador que llevaba puesta disimulaba parcialmente el mal color de su piel. Cuando vio a Etsuko, se la quitó e hizo una silenciosa reverencia. En una pequeña zona de la cabeza, sobre la oreja izquierda, no tenía pelo. Era ligeramente tuerto, y su nariz extremadamente delgada.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Etsuko. El muchacho no dijo nada; jugaba con la gorra entre las manos y con el pie derecho dibujaba círculos sobre el suelo—, ¡Ah!, ¿esto? —dijo Etsuko, mostrándole la factura. El muchacho asintió con la cabeza.

Etsuko se fijó en la suciedad de la chaqueta del muchacho, mientras éste se alejaba con el dinero, y pensó en la sangre de aquel muchacho, circulando por las venas de Ryosuke. *¡Como si esto fuera a salvarle! ¿No podían obtener sangre de alguien a quien le sobrase? Sacarle sangre a aquel muchacho era un crimen. ¿Un*

hombre a quien le sobrara sangre? Sus pensamientos se dirigían constantemente hacia Ryosuke, tendido en su lecho de enfermo. Sería más lógico vender el exceso de sangre de Ryosuke, infectada de gérmenes. Vendérsela a la gente sana. Entonces, Ryosuke sanaría y los sanos enfermarían. Y la ciudad obtendría entonces algo a cambio del dinero que dedica al Hospital para Enfermedades Infecciosas. Pero no estaría bien que Ryosuke sanara. Si lograban salvarlo, volvería a marcharse de casa.

Etsuko se daba cuenta de que sus pensamientos se sucedían confusamente, mitad dormida, mitad despierta. Tenía la sensación de que el sol se había puesto de repente; todo a su alrededor estaba sumido en la penumbra. Las ventanas, una al lado de otra, en perfecta formación, se estaban llenando de cielo nublado de atardecer, color pálido de muerte. Etsuko fijó la vista y se desmayó.

Era un ligero ataque de isquemia cerebral. Los médicos insistieron en que tomase un breve período de descanso. Cuatro horas después, sin embargo, entró una enfermera a decirle que Ryosuke se estaba muriendo.

Parecía como si los labios de Ryosuke quisieran decir algo a través del inhalador de oxígeno que Etsuko sostenía ante él. ¿Qué palabra, qué idea era la que sus labios intentaban decir, de forma inaudible, incesante, desesperada y, sin embargo, con una expresión bastante alegre?

Sostuve el inhalador con toda la fuerza de que fui capaz. Al final, se me entumecieron las manos; los hombros me quedaron insensibles. Exclamé algo que debió de sonar como un grito: «¡Que alguien me sustituya! ¡Rápido!». La enfermera saltó de la silla y cogió el inhalador de mis manos.

En realidad, no estaba cansada ni nada parecido. Estaba, simplemente, asustada. Asustada de aquellas palabras inaudibles que profería mi esposo, sobre el lecho, sin saber a qué se enfrentaba. ¿Los celos otra vez? ¿O quizás el miedo a mis celos? No lo sabía. Si hubiera perdido el control de mí misma, quizás habría gritado: «¡Muérete!, ¿quieres? ¡Muérete!».

Había razones para creer que lo hubiese hecho. Muy entrada la noche, su corazón seguía latiendo sin dar señales de querer pararse. Entonces, dos de los médicos que le atendían se levantaron, y mientras se alejaban de la cama, uno le susurró al otro: «No me sorprendería que lograse salir de ésta». Observé cómo se marchaban con los ojos bañados de rabia. ¿Es que no iba a morirse del todo? Esta noche era la noche de nuestra última batalla.

En aquel momento, me parecía que la incierta felicidad que preveía para mi marido y para mí, si se recuperaba, y la presente creencia de que viviría eran casi una misma cosa. Por eso creía que ahora, en cualquier momento, hallaría la felicidad. ¡Pero no aquella incierta felicidad! Era mucho más fácil contemplar la muerte irremediable de mi marido que su vida incierta. Las esperanzas por su vida, que de una u otra manera mantuve en todo momento, y las oraciones por su muerte

venían a ser la misma cosa. ¡Mas aquel cuerpo seguía con vida! ¡Iba a traicionarme!

«Creo que está atravesando la crisis definitiva», dijo el doctor en tono esperanzado. Los celos se desataron en mí. Las lágrimas caían sobre mi mano derecha, que sostenía la cara de Ryosuke. Al mismo tiempo, mi mano izquierda luchaba por separar el inhalador de su boca. La enfermera se había quedado dormida en la silla. La habitación estaba cada vez más fría, a medida que avanzaba la noche. A través de la ventana, veía cómo emergían de la oscuridad los letreros de la estación de Shinjuku y la luz de los letreros de neón pululando en la noche. El sonido del silbato de los trenes se mezclaba con el sonido de las bocinas de los coches, cortando la atmósfera. Yo llevaba un chal de lana sobre los hombros para protegerme el cuello de aquel frío penetrante.

Si le quitase el inhalador ahora, nadie lo sabría. Nadie podía verlo. No creía en ningún otro testigo que los ojos de los hombres. Sin embargo, no podía hacerlo. Sostuve el inhalador hasta que despuntó el día, ora con una mano, ora con la otra. ¿Qué fuerzas hacían que lo aguantase? ¿Amor? No, por supuesto. Mi amor habría deseado verlo muerto. ¿La razón? No, tampoco eso. La razón necesitaba únicamente la certidumbre de que nadie me miraba. ¿Cobardía? En absoluto. ¡Si ni siquiera me asustaba coger la fiebre tifoidea! Todavía ignoro qué fuerzas eran.

No obstante, en la hora más fría, antes del alba, descubrí que ya no era necesaria ninguna acción por mi parte. El cielo se volvía blanco. Grandes formaciones de nubes estaban a la espera para reflejar la luz de la llegada del nuevo día, pero, de momento, sólo podían comunicar al cielo un aspecto de severidad. De repente, la respiración de Ryosuke se volvió muy irregular. Como el niño que ya ha mamado suficiente y retira la cara del pecho, Ryosuke retiró la suya del inhalador —como si la cuerda que lo sostenía se hubiese roto. No me sorprendió. Dejé el inhalador junto a él, sobre la almohada, y saqué el espejo de mano que llevaba en el cinto. Era un regalo de mi madre, que murió cuando yo era joven. Era un espejo anticuado, montado sobre una pieza de brocado rojo. Lo acerqué a la boca de mi marido; el cristal no se empañó. Sus labios, rodeados de barba y contorsionados, aparecían en el espejo, claros y brillantes.

Cuando Etsuko aceptó la invitación de Yakichi para venir a Maidemmura, ¿se basaba, quizás, en la misma resolución que la había llevado al Hospital para Enfermedades Infecciosas? ¿Era venir aquí lo mismo que regresar allá?

El aire de la casa de los Sugimoto ¿acaso no le parecía, cuanto más lo respiraba, el aire del hospital? Un espíritu corruptor e irresistible parecía tenerla apresada con cadenas invisibles.

Era a mediados de abril cuando, aquella noche, Yakichi entró en la habitación de Etsuko para darle prisa en acabar los remiendos que le estaba haciendo.

Hasta las diez de la noche, todos los de la casa —incluidos Etsuko, Kensuke y su

esposa, Asako y sus dos hijos y, por supuesto, Saburo y Miyo— habían estado en el taller de ocho esteras, trabajando afanosamente en la confección de bolsas para las frutas *loquats*, con cierto retraso respecto a otros años. En las temporadas normales, el trabajo de confeccionar bolsas daba comienzo a principios de abril, pero este año la excelente cosecha de brotes de bambú había acaparado su atención y ahora debían darse prisa. Si no se cubren los *loquats* con una funda cuando su diámetro es todavía como el de la punta de un dedo, los gorgojos se introducen en el fruto y chupan el jugo. Para confeccionar los miles de bolsas necesarias, cada persona tenía a su lado un montón de páginas de revistas viejas y en el centro del grupo había un bote con un engrudo de harina y agua para encolar el papel. Competían entre sí, y eran muchas las páginas interesantes que debían doblar sin poder leer.

La impaciencia de Kensuke con este trabajo nocturno era vociferante. Sus manipulaciones estaban jalónadas de incesantes quejas:

—Cómo odio este trabajo. Es propio de peón chino. No veo la razón de que tengamos que hacerlo. Apuesto lo que sea a que nuestro padre se ha ido a la cama. Como si lo viera. Pero ¿por qué estamos aquí, sentados, trabajando obedientemente? ¿Qué pasaría si nos rebelásemos? Si no luchamos o nos oponemos de algún modo, continuará tratándonos como siempre. ¿Qué te parece, Chieko? ¿Debemos pedir el doble de lo que nos da? Por supuesto que de este trabajo no obtengo nada, o sea que el doble será lo mismo, nada. Mira esta revista: «La determinación del pueblo japonés sobre la Revolución del Norte de China». ¿Qué te parece? Y en este lado: «Menús para las cuatro estaciones en tiempo de guerra».

Gracias a estas observaciones, Kensuke apenas lograba empastar dos bolsas en el tiempo que los demás hacían diez. A veces parecía que sus inacabables quejas no tuviesen otro propósito que disimular su vergüenza por la completa falta de habilidad que a todas luces mostraba en este trabajo. Chieko veía un heroísmo cínico en la pose que voluntariamente adoptaba Kensuke por miedo a caer en ella involuntariamente. Ella estaba orgullosa de su habilidad para ser una pendenciera como él, aunque eso no impedía que mostrase hacia su marido una adulación sin reservas. Pensaba que, como buena esposa, debía compartir el enfado de su esposo contra su suegro y, junto con su marido, despreciaba a Yakichi de todo corazón. Sin dejar de confeccionar la parte de bolsas que le correspondía, echaba una mano, silenciosa e ingeniosamente, para completar las del montón de su marido. En la boca de Etsuko se dibujó, inconscientemente, una sonrisa al observar la abnegación discreta de Chieko.

—Etsuko es rápida, ¿no os parece? —dijo Asako.

—¡Descanso y puntuación! —exclamó Kensuke, y dio la vuelta contando las bolsas que había hecho cada uno. Etsuko ganaba con trescientas ochenta.

La habilidad de Etsuko era indiferente para la insensible Asako y para la admiración, un tanto irreflexiva, de Saburo y Miyo, pero resultaba vagamente incómoda para Kensuke y su mujer, de lo cual era consciente la propia Etsuko. Para Kensuke, en concreto, el número de bolsas confeccionadas por Etsuko era el índice

de su capacidad de supervivencia y constituía, al mismo tiempo, una ofensa patente que le llevó a comentar sarcásticamente:

—Vaya, parece que Etsuko es la única entre nosotros que podría vivir de doblar bolsas.

Asako entendió el comentario al pie de la letra y le preguntó:

—¿Así que tienes experiencia en doblar bolsas, Etsuko?

Etsuko no encontró la menor gracia en el empalagoso prejuicio de clase que esta gente parecía extraer de su penosa y remilgada respetabilidad rural. Ella, que llevaba la sangre de un famoso general de las guerras civiles, no podía perdonar su orgullo altivo. Les salió al paso con una respuesta deliberadamente combativa:

—Ciertamente, tengo experiencia.

Kensuke y Chieko intercambiaron miradas. Aquella noche, el tema de su intensa conversación en la cama fue el linaje que le permitía a Etsuko aquella frialdad.

En aquel tiempo, Etsuko no prestaba atención digna de comentario a la existencia de Saburo. Más tarde, no podía recordar con claridad su imagen en el círculo. Era lógico, pues Saburo no dijo una sola palabra: sonreía ocasionalmente al parlanchín de la familia de su amo y aplicaba sus dedos no muy mañosos a la tarea de doblar y empastar las bolsas. Sobre su habitual camisa remendada, llevaba la chaqueta, tan holgada como vieja, de uno de los trajes de Yakichi y se sentaba recatadamente sobre sus pantalones de color caqui, recién estrenados, con la cabeza inclinada hacia la tenue luz que les alumbraba. Ocho o nueve años atrás, la familia Sugimoto utilizaba lámparas Blanchard. Los que recordaban aquellos tiempos afirmaban que las habitaciones estaban entonces mejor iluminadas que ahora. Desde que se había instalado la electricidad, tenían que alimentar las bombillas de cien vatios con una fuerza irrisoria de cuarenta vatios. La radio sólo se oía de noche y, si las condiciones meteorológicas no eran buenas, ni siquiera entonces.

Pero no era del todo cierto que no le prestase ninguna atención. Mientras doblaba sus bolsas, Etsuko advertía de vez en cuando la torpeza de los dedos de Saburo. Estos dedos, regordetes, rudos y honestos, la irritaban. Miró a un lado y vio a Chieko ayudando a completar la parte de su marido. La asaltó vagamente la idea de que ella podría hacer lo mismo con Saburo. Se dio cuenta, sin embargo, de que Miyo, sentada junta a Saburo, le ayudaba silenciosamente una vez hubo acabado su montón. Esto la tranquilizó.

Entonces me sentí más tranquila. Sí, sin la más mínima sombra de celos ni nada parecido. De hecho, me alegré de no tener que asumir ninguna responsabilidad. Trataba de no mirar lo que hacía Saburo. Era bastante fácil. Mi espalda doblada, mi silencio, mi dedicación al trabajo —todo esto sin verle—, imitaba el silencio de Saburo, la postura encorvada de Saburo, la aplicación al trabajo de Saburo.

... Sin embargo, no pasó nada.

Dieron las once. Se retiraron todos a sus habitaciones.

¿Qué sintió entonces, cuando a la una de la madrugada, Yakichi, fumando en pipa, entró en su habitación mientras ella cosía y le preguntó cómo había dormido últimamente? Este viejo tenía las orejas atentas a la habitación de Etsuko una noche tras otra; dos orejas despiertas, toda la noche, a los ruidos de los movimientos y las vigilias de Etsuko en la habitación del fondo del pasillo. ¿No son las orejas de los viejos como conchas que constantemente se llenan y se vacían de sabiduría? Las orejas, que por su forma parecen partes de un animal y no del cuerpo humano, son, en los hombres viejos, la encarnación de la inteligencia. ¿Fue por estas razones por las que Etsuko vio algo más que fealdad en el interés que Yakichi mostraba por ella? ¿Creía realmente que el amor y la sabiduría la custodiaban?

De todos modos, llamarle amor y sabiduría era, quizá, demasiado. Yakichi estaba detrás de Etsuko, mirando el calendario que colgaba del marco de la puerta.

—Pero ¿qué es esto? Descuidada. Esta hoja del calendario corresponde a la semana pasada —dijo.

Etsuko ladeó la cabeza ligeramente:

—Es verdad. Te pido que me perdes.

—¿Que te perdone? No debes decir eso.

El tono de voz denotaba su buen humor. Mientras él hablaba, Etsuko podía oír el ruido de las hojas que Yakichi iba arrancando del calendario. Cuando acabó, el silencio fue total. De repente sintió que le sujetaba el hombro, mientras una mano, fría y seca como el bambú, se introducía por su espalda, bajo el vestido. Su cuerpo hizo un ligero movimiento de rechazo, pero no dijo nada. No es que no pudiera gritar; simplemente no lo hizo.

¿Cómo explicar el sentimiento de resignación que Etsuko sintió en aquel momento? ¿Lujuria? ¿Pereza, simplemente? ¿O, quizás, Etsuko lo aceptó como un hombre delirante de sed acepta un trago de agua maloliente? No. Etsuko no estaba sedienta, en absoluto. De golpe, su naturaleza había dejado de pedir. No necesitaba nada. Parecía haber venido a Maidemmura para hallar nuevamente la temible autosuficiencia que había descubierto en el Hospital para Enfermedades Infecciosas. Etsuko bebió quizá como lo hace un hombre que está ahogándose, que traga agua del mar sin remedio, de acuerdo con alguna ley de la naturaleza. No pedir nada significa que se ha perdido la libertad de elegir y de rechazar. Una vez se ha llegado a esta decisión, no hay más remedio que beber lo que sea, incluso agua de mar...

Después de todo, las expresiones y los gestos de Etsuko no se parecían en nada a los de un hombre ahogándose. Hasta el momento de su muerte —ésa era la impresión que producía—, nadie se daría cuenta de que se estaba ahogando. No pidió auxilio. Esta mujer atada y sujetada por su propia mano no pidió auxilio...

El dieciocho de abril era el día de «la excursión a la montaña», nombre que daban en esta región a la contemplación de los cerezos en flor.

Era costumbre tomarse el día libre y reunirse por familias para pasear por las colinas, contemplando la floración de los cerezos.

Últimamente, a excepción de Yakichi y Etsuko, los demás miembros de la familia Sugimoto habían comido jami —restos de tallos de bambú— en cantidad superior a sus deseos. El antiguo arrendatario, Okura, guardaba en el cobertizo los tallos de bambú que habían cosechado y, en aquellas fechas, solía sacarlos y cargarlos en un triciclo de pedales y llevarlos al mercado. Allí, los seleccionaban en tres calidades diferentes y les asignaban a cada una un precio.

Los tallos de bambú restantes se amontonaban y luego se cocían en una gran olla para suministrar la base de la alimentación de los Sugimoto —todos, excepto Yakichi y Etsuko— durante los meses de abril y mayo.

El día de la excursión a la montaña era una gran fiesta. Distribuyeron una comida completa en varias cestas de mimbre. Luego, provistos de esteras decoradas, la familia partió *en masse* hacia las colinas para disfrutar de su almuerzo campestre. La hija menor de Asako saltaba de alegría; aquel día no había escuela.

Etsuko recordaba: *Pasamos un agradable día primaveral, muy parecido a los que se ven en los dibujos de los libros escolares. Todos se convirtieron en personas que parecían sacadas de un cuadro, o representaban este papel.*

Estábamos inmersos en una atmósfera cargada de un familiar olor a estiércol —en la intimidad de la gente campesina siempre está presente el olor a estiércol...— en la que deambulaban miles de insectos. ¡El aire estaba empapado del zumbido del vuelo de las abejas y los escarabajos! ¡Y el viento, brillante y repleto de luz y de sol! ¡Y el vientre de los gorriones surcando el cielo!

La mañana del día de la excursión a la montaña, estaban todos ocupados en los preparativos. Cuando Etsuko acabó de envolver las raciones de sushi, miró a través de la celosía de la ventana a la hija de Asako, que estaba jugando en las baldosas de piedra del suelo del pasillo de la entrada. Iba vestida con un jersey amarillo brillante, color de flor de mostaza, de acuerdo con el terrible gusto de su madre. ¿Qué estaría haciendo esta niña de ocho años sentada en cuclillas y con la mirada fija en el suelo? Allí, sobre las baldosas, había una tetera metálica, de la que salía una columna de vapor. Nabuko observaba atentamente algo que se movía en la tierra, junto al extremo del suelo de piedra.

Era una multitud de hormigas flotando sin rumbo en el agua caliente que había inundado el hormiguero. Incontables hormigas se retorcían en el agua hirviendo que salía por el orificio de su nido. Y aquella niña de ocho años, con la cabeza hundida entre las rodillas, las observaba en completo silencio. Se aguantaba la cabeza con las manos, sin advertir la cascada de cabellos que le cubría las mejillas.

Observándola, Etsuko sentía una sensación agradable, refrescante. Etsuko

contempló la espalda de Nobuko, cubierta por el jersey amarillo muy ceñido, como si hubiese sido el suyo de otro tiempo, hasta que su madre, echando a faltar la tetera, la llamó a través de la puerta de la cocina. Desde entonces, Etsuko sintió algo parecido al amor maternal hacia esta niña, cuyas facciones eran tan feas como las de su madre.

Poco antes de partir hacia las colinas, se produjo una pequeña conmoción al decidir quién se quedaría en casa. Al final, sin embargo, Miyo se plegó a la sensata sugerencia de Etsuko de que fuese ella. Etsuko se asombró de que su opinión, manifestada de una manera bastante casual, prevaleciese. En realidad, no había nada de malo en ello. Yakichi hacía, ni más ni menos, lo que ella quería.

Cuando la familia se colocó en fila india sobre el sendero que iba desde su propiedad hasta la aldea próxima, volvió a sorprenderse, esta vez con mayor fuerza, ante la evidencia de que la familia parecía guiarse, de forma inconsciente, por una noción asombrosamente viva de la estratificación social. Era un instinto animal muy agudo, parecido al que permite a cualquier hormiga obrera reconocer a otra hormiga obrera de una colonia diferente sin más recursos que el tacto o el olfato, o a una hormiga reina conocer a una hormiga obrera o viceversa. Ellos no podían saberlo... No había ninguna prueba, ningún indicio que les permitiera saberlo... En la fila india que de forma, sin duda inconsciente, se había formado, Yakichi ocupaba el primer lugar, seguido de Etsuko, y a continuación Kensuke, Chieko, Asako, Nobuko (su hermano menor, Natsuo, de cinco años, se había quedado con Miyo) y por último Saburo cargando sobre sus espaldas un gran *furoshiki* de dibujos en arabesco lleno de provisiones.

Atravesaron una parte alejada de la propiedad, situada al borde de la misma. En este lugar, actualmente en desuso, Yakichi tenía un viñedo que cultivó antes de la guerra. El tamaño de aquella porción de terreno era aproximadamente un cuarto de acre, ocupado en una tercera parte por pequeños melocotoneros en plena floración. En la parte restante había tres invernaderos en estado ruinoso, con la mayoría de los cristales rotos a causa de los tifones, barriles de aceite llenos de agua de lluvia que despedía un olor desagradable, cepas en estado silvestre... y los rayos del sol derramándose sobre la paja seca.

—Está en pésimas condiciones —dijo Yakichi mientras golpeaba con su grueso bastón uno de los postes que sostenían el invernadero. El próximo dinero que entre en la casa lo dedicaremos a arreglar todo esto.

—Siempre dice lo mismo, padre —dijo Kensuke—, y me temo que los invernaderos se quedarán así para siempre.

—No ganamos dinero. ¿Es esto lo que querías decir?

—En absoluto —respondió Kensuke, levantando el tono de voz. Cuando se ingresa dinero siempre es en cantidad excesiva o insuficiente para dedicarlo a estas reparaciones.

—Quieres decir que es demasiado o bien demasiado poco para dártelo como parte de tu asignación. Es eso lo que quieres decir, ¿no?

Así, hablando de estos y otros temas, llegaron a la cima de una colina cubierta de pinos en la que se podían contar cuatro o cinco cerezos silvestres. No había en aquellos alrededores ningún cerezo de la variedad famosa por su floración, por lo que no les quedó otro remedio que extender las esteras decoradas bajo los cerezos silvestres, muy poco apropiados para la contemplación que perseguían. Cuando ellos llegaron había ya otras familias sentadas junto a aquellos árboles. Cuando los Sugimoto se aproximaban, les saludaban con cordiales reverencias, pero no les cedían los sitios que ocupaban como se hubiesen sentido obligados a hacer en otro tiempo.

Kensuke y Chieko intercambiaron comentarios en voz baja sobre estas familias. Siguiendo las instrucciones de Yakichi, extendieron sus esteras sobre una ligera pendiente desde la que podían observar la floración con una perspectiva más o menos panorámica. Un campesino amigo de la familia —un hombre de unos cincuenta años de edad, vestido con una chaqueta ajedrezada de la remesa subvencionada por el gobierno, bajo la cual asomaba una corbata amarilla— se les acercó con una botella y una copa y les ofreció un trago de sake puro, reservado para los días de fiesta. Kensuke aceptó una copa y se la bebió con gesto indolente.

Y ¿por qué?, pensó Etsuko, sin esforzarse en dar demasiada coherencia a sus pensamientos mientras observaba a Kensuke. *Yo no bebería...* Sus pensamientos tenían escaso valor: *Y ahora Kensuke acepta la copa de sake, con los comentarios hirientes todavía en la boca. Estaría bien si le gustase el sake puro, pero todo el mundo sabe que nunca ha sido una de sus preferencias. Lo acepta únicamente por el placer que le produce beber el sake que le ofrece este hombre que ignora que se han estado riendo de él a sus espaldas. Este pequeño placer mezquino. Alegría maliciosa. La diversión de la risita disimulada tras la mano... Hay gente que no ha nacido para otra cosa. Parece que Dios disfrute haciendo estupideces como ésta.*

A continuación bebió Chieko porque su esposo lo había hecho.

Etsuko rechazó la copa. Esto les dio a todos ellos una nueva ocasión para hablar de ella como una mujer que no se conformaba.

Etsuko tenía la impresión de que se estaba configurando un cierto orden en el círculo familiar e incluso le parecía bien. Le satisfacía la relación entre las dos moles inexpresivas compuestas por el buen humor sin expresión de Yakichi y, a su lado, su propia presencia inexpresiva. Saburo era otro motivo de satisfacción: aburrido, sin nadie con quien hablar, ni siquiera otro muchacho como él. También lo era el soso espíritu maternal de Asako y la hostilidad de Kensuke y su mujer, disimulada bajo el manto de la tolerancia. Era un orden creado por Etsuko y nadie más.

Nobuko se inclinó sobre ella mostrándole una florecilla silvestre.

—¿Qué flor es ésta, tía Etsuko? —le preguntó. Ella lo ignoraba y a su vez se lo preguntó a Saburo.

Saburo observó la flor y se la devolvió a Etsuko.

—Es una *murasuzume* —le dijo.

Lo que más sorprendió a Etsuko no fue el extraño nombre de aquella flor, sino la

extraordinaria velocidad de la mano de Saburo al devolvérsela.

Chieko, de reacciones rápidas, captó la escena y dijo:

—Este muchacho se comporta como si no supiera nada y la verdad es que sabe muchas cosas. Cántanos una canción Tenri. Os asombraréis de lo bien que lo hace.

Saburo bajó la vista y enrojeció.

—Por favor, canta. No tengas vergüenza. Canta —le dijo Chieko, haciendo ademán de darle un huevo duro. Mira. Te daré esto. Cántanos una canción.

Saburo miró el huevo apresado entre los dedos de Chieko. Se fijó en el anillo adornado con una piedra barata que despedía destellos. En sus ojos negros de cachorro apareció un centelleo, pequeño pero incisivo.

—Olvídese del huevo. Si quiere, cantaré.

Sus labios forzaron una sonrisa, muy pequeña, como de disculpa.

Chieko dijo:

—«*Si todo el mundo en una hilera* (y no sé más)... *se postrase ante tus ojos*», dice la canción.

La cara de Saburo había adoptado una expresión seria. Luego desvió los ojos hacia la aldea próxima, se acomodó y empezó a recitar, como si repitiera una orden imperial. La aldea estaba enclavada en un pequeño valle. Durante la guerra se estableció en ella una unidad de las fuerzas aéreas. Los oficiales alternaban sus destinos entre el oculto retiro del valle y la base aérea de Hotarugaike. Los cerezos bordeaban las orillas del arroyo. También había cerezos en el patio de la pequeña escuela elemental. Se divisaban dos o tres niños jugando en el patio con unas barras de gimnasia instaladas sobre arena. Parecían bolas de algodón movidas por el viento.

Saburo recitó este texto de un poema Tenri:

«*Miro y veo el mundo entero formado en una hilera.
Y nadie, nadie, sabe lo que está pasando.
No hay nadie que pueda enseñarles.
Así es como debe ser: nadie sabe nada.
Pero Dios aparece ahora ante sus ojos,
y les enseña a todos ellos de la mayor
a la más pequeña de las cosas».*

—Este poema estuvo prohibido durante la guerra —comentó Yakichi. Los versos «Miro y veo el mundo entero formado en una hilera. Y nadie, nadie, sabe lo que está pasando» parecían incluir al Emperador. Lo cual es lógico, por cierto. Es por esta razón, según tengo entendido, por la que la Oficina de Información prohibió el poema.

Tampoco pasó nada durante aquel día, el día de la excursión a la montaña.

Una semana después, Saburo obtuvo los tres días libres que se le concedían cada año para que pudiera ir a Tenri y participar en el gran desfile del Festival del Veintiséis de Abril. Solía encontrarse con su madre en la Iglesia Nacional e instalarse allí y luego

acudir al Templo Materno a rezar.

Etsuko no había estado nunca en Tenri. Había un magnífico templo en aquel lugar, levantado con los donativos de los creyentes de todo el país y construido materialmente con las donaciones de su «fe Hinoki», según llamaban a su trabajo voluntario y no remunerado. En el centro del templo había una «mesa de maná». Etsuko había oído historias de esta mesa —sobre la que debía descender el maná en el último día— y sabía que durante el invierno entraban los copos de nieve por el orificio del techo correspondiente a la claraboya y descendían bailando graciosamente en el interior del templo.

La «fe Hinoki». Este término le sugería el olor de la madera nueva, el sonido de la devoción sincera y del trabajo alegre. Le habían hablado de hombres viejos, incapacitados ya para el trabajo que, para no quedar al margen de la obra, recogían arena en sus pañuelos y la llevaban al templo para colaborar en la construcción.

Bueno, ya he hablado bastante de esto... Durante los tres breves días de la ausencia de Saburo el sentimiento que creó su vacío —cualquiera que fuese este sentimiento— era algo enteramente nuevo para mí. Como el hortelano que tras muchos cuidados y trabajos sostiene en sus manos un maravilloso melocotón, lo sopesa y siente el placer que le produce su tacto, yo sentí el peso de su ausencia en mis manos y lo goce plenamente. No sería cierto decir que aquellos días fueron de soledad. Su ausencia era para mí un peso nuevo, redondo. ¡Era una alegría! En cualquier lugar de la casa percibía su ausencia; en el jardín, en el taller, en la cocina, en su habitación.

Por la ventana redonda de la habitación de Saburo se desplegaban al viento las mantas de su cama. Eran unas mantas de algodón, delgadas, toscas, con rayas de color azul oscuro. Etsuko se dirigía al huerto situado en la parte posterior de la casa con la intención de arrancar algunas coles chinas para la cena. La habitación de Saburo daba al sudoeste y recibía el sol de media tarde. Los rayos del sol iluminaban todos los rincones de su habitación.

Etsuko no había ido a curiosear en la habitación. Se había dejado llevar por la delicada fragancia que flotaba en el sol del oeste, el olor que despedía algún animal joven dormido a sus anchas bajo el calor del sol. Se detuvo un momento junto a las mantas, sólo un instante para contemplar aquellas mantas viejas y, en algunos puntos, casi transparentes, que despedían el olor y el brillo del cuero. Por curiosidad, las apretó con un dedo, como si estuviera tocando algo vivo. Su tacto le transmitió por respuesta la cálida elasticidad del algodón, hinchado bajo el sol. Etsuko se marchó, descendió lentamente por la escalera de piedra que discurría entre árboles y llegó hasta el huerto trasero.

Finalmente, Etsuko se sumió de nuevo en aquel sueño apacible que desde hacía tiempo no lograba conciliar.

Capítulo 3

El nido de las golondrinas estaba vacío. Parece que lo abandonaron ayer.

La habitación de Kensuke y su mujer, situada en el segundo piso, tenía ventanas que daban al sur y al este. Durante el verano se pasaban buenos ratos observando, por la ventana del este, las golondrinas que anidaban bajo los aleros del porche de entrada del primer piso.

Etsuko había ido a devolver un libro que le había prestado Kensuke y, mientras se asomaba por la ventana, dijo:

—Se han ido las golondrinas, ¿verdad?

—Sí, pero mientras estás ahí, observa lo bien que se ve hoy el Castillo de Osaka. En verano hay tanta niebla que no puede verse.

Kensuke estaba echado leyendo un libro que en aquel momento cerró y colocó a un lado. Se levantó y abrió la ventana al sur, señalando el horizonte en dirección sudoeste.

Cuando se mira el Castillo desde aquí no se ve ninguna parte de él sujetada firmemente al suelo. Todo está suspendido. Cuando el aire se aclaraba, era posible imaginarse algo parecido al espíritu del Castillo separándose del cuerpo material del edificio, avanzar de puntillas y observar los alrededores desde aquella altura. La torre del Castillo de Osaka era, a los ojos de Etsuko, como el espectro de una isla escamoteando constantemente la mirada del naufrago.

Supongo que no vive nadie ahí —pensó. Quizás, en alguna parte, haya hombres que vivan en torres de castillos, sepultados en polvo.

La conclusión de que allí no vivía nadie la tranquilizó. ¡Qué infeliz! Una imaginación que no podía evitar que la asaltasen salvajes sospechas de si vivía o no vivía alguien en algún viejo castillo lejano. Era esta imaginación la que constantemente ponía en peligro las bases de su felicidad. Una felicidad que le exigía no pensar en nada.

—¿En qué estás pensando, Etsuko? ¿En Ryosuke? O... —dijo Kensuke, sentado junto a la ventana redonda. Su voz, aunque no era en absoluto la misma, recordaba la

de Ryosuke, lo cual impresionó a Etsuko arrancándole una respuesta sincera:

—Estaba pensando si vivía alguien en este castillo.

Su risa callada, indecisa, azuzó el cinismo de Kensuke.

—Etsuko. En el fondo te gusta la gente, ¿no es cierto? Gente, la gente, personas; eres realmente normal, de una normalidad que yo apenas entiendo. Necesitas ser un poco más sincera contigo misma. Esto te bastaría. Al menos éste es mi diagnóstico. Claro...

Chieko, que había bajado al fregadero a lavar los platos y las tazas de su tardío desayuno, subía la escalera con la vajilla en una bandeja, cubierta por una toalla. Un paquete de pequeñas dimensiones se columpiaba peligrosamente suspendido del dedo corazón y, antes de dejar la bandeja, dejó caer el paquete en el regazo de Kensuke, sentado junto a la ventana.

—¡Por fin llegó!

—¡Oh! La medicina que estaba esperando.

Desenvolvió el paquete y sacó un frasco en el que se leía: «Himrod's Powder». Era un remedio americano contra el asma que un amigo suyo que trabajaba en una compañía de exportación de Osaka había conseguido hacérselo enviar desde los Estados Unidos. Ya creía que la medicina no llegaría nunca y ayer mismo se lo había vuelto a recordar a su amigo.

Etsuko aprovechó esta oportunidad para marcharse, pero Chieko la detuvo diciendo:

—Yo llego y tú te vas. Esto es suficiente para hacerme sospechar.

Sí, y si me quedo aquí no tendré que sospechar lo que va a ocurrir, pensó Etsuko. Kensuke y su esposa tenían, como todas las personas aburridas, un sentido de la amabilidad casi enfermizo. La murmuración y la amabilidad empalagosa —dos características peculiares de la gente del campo— habían contagiado irremisiblemente a Kensuke y a Chieko, sin que lo supieran, llevándoles a adoptar un camuflaje de clase alta, un camuflaje compuesto de críticas y consejos.

—Por favor, Chieko, no hables así —dijo Kensuke. Únicamente estaba dándole unos consejos. Se marchaba ahora porque no podía marcharse antes.

—Deja que se excuse ella misma. Yo quiero darle también algún consejo a Etsuko. Me gustaría hacerle ver que estoy de su parte. Quizás en lugar de consejo debiera llamarlo estímulo. Se acerca más a la realidad.

—Pues adelante. No la hagas esperar. Díselo por su bien.

Esta réplica de recién casados no era fácilmente tolerable para un tercero. Era una comedia de recién casados que se representaba cada tarde, cada noche ante una sala sin público por este par de personajes aburridos, instalados en medio del campo. De hecho, estos actores nunca se cansaban de sus bien estudiados papeles, de las felices ocurrencias de su comedia, ni ponían tampoco en duda las credenciales que les asistían para representar sus respectivos papeles. Estaban dispuestos a representarlos hasta haber cumplido los ochenta años seguramente bajo los nombres supuestos de

señor y señora Tórtola. Etsuko, sin pensarlo dos veces, se dio la vuelta y empezó a bajar la escalera.

—¿Por qué te vas? ¿Tienes prisa?

—Sí. Tengo que sacar a Maggie a pasear. Cuando vuelva ya nos veremos.

—Tienes una voluntad de hierro —dijo Chieko.

Era una mañana fuera de temporada por lo que a las labores de la finca se refiere, tan tranquila como suele ser, a veces, la siesta en tiempo de siega. Yakichi estaba en el bancal de los perales, buscando algo en que entretenerte. Etsuko, con Natsuo a cuestas o trotando a su lado, había ido al centro distribuidor del pueblo a buscar comida para el niño; exactamente, productos alimenticios infantiles de elaboración oficial. Le acompañaba Nobuko, que tenía el día libre por ser la fiesta del Equinoccio de Otoño. Miyo iba tranquilamente de habitación en habitación haciendo la limpieza. Etsuko fue hasta el árbol de la puerta de la cocina y soltó a Maggie.

¿Tomaría el camino de Mino y daría toda la vuelta hasta el pueblo vecino? Yakichi le había dicho que en 1935, según creía recordar, una vez que había tomado este camino de noche le había seguido una zorra durante todo el trayecto hasta llegar a la carretera. El problema era que para recorrer el camino tardaría dos horas. Entonces ¿iría al cementerio? Estaba demasiado cerca.

El nerviosismo del animal en el extremo de la cadena se le comunicaba a través de la mano que la sujetaba. Dejó que Maggie escogiera el camino. Se adentraron por la arboleda de castaños donde las chicharras de otoño levantaban la voz. El sol salpicaba el suelo de manchas doradas. Ya eran visibles, bajo la hojarasca que cubría el suelo, las primeras setas de *shibataké*. Sólo Yakichi y Etsuko tenían derecho a comerlas. Yakichi había pegado a Nobuko por coger varias setas para jugar.

Cada nuevo día de este período de poca actividad era un día de descanso forzado, y todos, uno sobre otro, pesaban en el espíritu de Etsuko como las interminables horas de convalecencia impuestas a un hombre que ya no se siente enfermo. El insomnio se acumulaba. ¿Había algo por lo que mereciese la pena vivir, en un tiempo así? Vivir el presente hacía los días monótonos e interminables. Si anclaba su morada en el ayer, el dolor de su pasado lo dislocaba todo. Sobre el paisaje, sobre aquella estación del año, flotaba la vistosidad del vacío. Etsuko no tenía otros ojos para mirar las vacaciones que los del licenciado que sabe que ya no tendrá más.

Pero esto no era nuevo. Incluso durante sus años escolares había odiado las vacaciones de verano. Eran una obligación, un deber que significaba tener que pasear sola, abrir la puerta para entrar ella sola, salir a tomar el sol sola, siempre sola y por propia voluntad. Cuando era colegiala nunca se había puesto ella los calcetines, nunca se había puesto ella los vestidos, pues el verse obligada a ir cada día a la escuela constituía la más deliciosa y eufórica libertad. ¿Hay algo tan eficazmente falto de compasión para hacerse esclava de la indolencia de la urbanidad como un

período de inactividad en una finca rural?

Algo empujaba a Etsuko. Era una sed que la devoraba y la obligaba como si fuera un deber; la misma sed del borracho que, temeroso de enfermar si toma un solo trago más, levanta de nuevo la botella.

Los elementos de todas estas emociones estaban incluso presentes en la brisa que soplaba a través de la arboleda de castaños. El viento había perdido toda la turbulencia del tifón y, a medida que soplaba, conteniendo la respiración, haciendo temblar las hojas de las ramas más bajas, dejaba ver su comportamiento de seductor. Se oía el ruido de un hacha cortando leña que venía en la dirección de la casa del estanciero. Dentro de un mes o dos, a lo sumo, empezaría la fabricación de carbón vegetal. En un extremo de la arboleda, enterrado en el suelo, había un pequeño horno de carbón en el que Okura fabricaba cada año el combustible de los Sugimoto. Maggie tiraba de Etsuko ora a un lado ora a otro de la arboleda. El andar cansino, de mujer embarazada que tenía Etsuko, se veía obligado a adoptar trazas de mayor viveza. Vestía, como siempre, un kimono. Se había recogido un poco las faldas para no rasgárselas con las ramas secas de los árboles.

La perra seguía rastros frenéticamente. El movimiento de sus costillas marcaba el rápido ritmo de su respiración.

El suelo de la arboleda estaba ligeramente removido en un lugar. Pensando que podría ser la pista de un topo, Etsuko se detuvo a observarlo, igual que hizo la perra. Etsuko advirtió entonces un tenue olor a sudor. Allí estaba Saburo. El animal saltó sobre él y le lamió la cara.

Saburo sostenía con una mano el azadón contra su hombro y, riendo, intentaba apartar a la perra con la otra. El animal no cesaba de lamerle y él tuvo que exclamar, al fin:

—¡Señora, sujetelo con la cadena, por favor!

Etsuko recobró sus sentidos y tiró de la cadena.

Durante estos breves momentos en que su cabeza había estado absolutamente ausente de la situación, Etsuko observaba el azadón sobre su hombro, agitándose repetidamente en el aire al compás de los enérgicos movimientos del cuerpo de Saburo para librarse del animal. Era un movimiento vigoroso, rítmico; la hoja azulada, medio cubierta de barro, cazaba al vuelo los rayos de sol que atravesaban las copas de los árboles. *¡Cuidado! ¿Y si el azadón me alcanza?*

A pesar de esta clara conciencia del peligro, se sintió extrañamente relajada; permaneció inmóvil.

—¿Dónde estás trabajando? —le preguntó.

Saburo no se había marchado, pues ella continuaba de pie, quieta. Si se quedaban allí hablando y se volvían, Chieko les vería pasear juntos desde la ventana del segundo piso. Si ella continuaba su camino, Saburo se vería obligado a seguir el suyo. Estos rápidos cálculos hicieron que permaneciese donde estaba mientras hablaba.

—En el bancal de las berenjenas. Pensaba cavar la tierra en los lugares donde

hemos arrancado las plantas.

- ¿Y no puedes hacerlo en primavera?
- Sí, pero ahora hay más tranquilidad.
- No puedes estar quieto un momento, ¿verdad?
- Tiene razón.

Etsuko contempló detenidamente el cuello delgado, bronceado, de Saburo. Etsuko consideraba estimulante la energía interna que hacía imposible para Saburo dejar el azadón descansando en el cobertizo. Luego le sorprendió el hecho de que aquel joven insensible se aburriese, igual que se aburría ella, durante las épocas en que no había trabajo.

Sus ojos se fijaron momentáneamente en las viejas alpargatas, calzadas sobre sus pies desnudos.

Si la gente que habla mal de mí supiera lo que he dudado para darle los calcetines, ¿qué pensaría? Los vecinos de la aldea piensan que soy una mujer fracasada. No obstante, ellos no se alteran lo más mínimo cuando hacen cosas mucho peores de las que yo pueda hacer. ¿Por qué no puedo actuar libremente? No pido nada. Sólo deseo que alguna mañana, cuando mis ojos estén todavía cerrados, el mundo entero cambie. Ya es hora de que llegue esa mañana, esa pura mañana. Una mañana que no pertenecerá a nadie, que no será la respuesta a las oraciones de nadie. A veces sueño en un instante en que, sin pedirlo, mis acciones traicionen por completo esta parte de mi ser que no pide nunca nada. Acciones imperceptibles, minúsculas...

Es cierto, ayer por la noche creía que el mero hecho de pensar en entregarle los dos pares de calcetines sería una compensación suficiente. Ahora no estoy segura. Si le doy los calcetines, ¿qué puede pasar? Mostrará una pequeña sonrisa, intentará decir algo, alguna frase que no llegará a pronunciar, y luego dirá «Muchas gracias». Y enseguida se marchará. Lo veo como si estuviese sucediendo; me quedaré muy triste.

¿Quién podrá comprender los atormentados meses que he pasado contemplando esta alternativa? Desde las Fiestas de la Primavera de Tenri, a finales de abril; mayo, junio, las grandes lluvias de primavera; julio, agosto, un verano cruel; luego septiembre. Quiero sentir nuevamente, como sea, la terrible y temida afirmación que experimenté cuando murió mi marido. Esto sería mi felicidad.

Los pensamientos de Etsuko tomaron otra dirección. *Sin embargo, soy feliz. ¡Nadie tiene el derecho de afirmar que en este momento no siento sino felicidad!*

Lenta, dramáticamente, Etsuko sacó de la manga los dos pares de calcetines.

- ¡Mira, un regalo! Los compré ayer para ti en los Hankyu.

Saburo le devolvió la mirada a Etsuko, directa y —por lo que ella comprendió— inquisitivamente. Sin embargo, en aquella mirada sólo había cabida para la más

inocente de las preguntas. Quizá desconcierto, pero en absoluto la más ligera sospecha. Saburo, simplemente, no comprendía la razón de que esta señora de trato distante, y mayor que él, le diese, así por las buenas, dos pares de calcetines. Por el contrario, comprendió enseguida que sería una falta de cortesía por su parte permanecer allí de pie sin decir nada. Sonrió y, después de limpiarse las manos en la parte trasera de los pantalones, aceptó los calcetines y dijo: «Muchas gracias». Luego juntó los talones de las alpargatas con gesto decidido y saludó. Cuando saludaba siempre juntaba los talones.

—No debes decirle a nadie que te los he dado yo —dijo Etsuko.

—Como usted deseé —respondió. Luego, sin cuidado ni delicadeza, introdujo los calcetines en el bolsillo y se marchó.

Eso fue todo; no sucedió nada más.

¿Era eso todo lo que cabía esperar del momento que Etsuko había estado esperando y deseando desde el día anterior? Por supuesto que no. Este pequeño episodio lo había estado preparando cuidadosamente, como una ceremonia, hasta el más mínimo detalle. A partir de este pequeño suceso debía producirse en ella una transfiguración. Las nubes se acumularían en el cielo sobre sus cabezas; la superficie de los campos se oscurecería; el paisaje cobraría un aspecto completamente diferente. También, y por un momento, este cambio debía cernirse sobre la vida humana. Era una ligera alteración en el modo de ver las cosas, un cambio que, a su vez, debía dar un aspecto completamente diferente a la vida.

A Etsuko le sobraba arrogancia para creer que este cambio se produciría por sí solo, aunque no podría realizarse a menos que los ojos de los hombres se convirtiesen en ojos de osos salvajes. Ella, sin embargo, seguía sin creérselo: que nosotros, en la medida en que tenemos ojos de hombres, indiferentemente de los cambios que puedan producirse en la manera de mirar las cosas, todos acabamos con la misma respuesta.

El resto del día fue, inesperadamente, de gran actividad. Fue un día extraño.

Etsuko salió de la arboleda de castaños por la orilla del arroyo, profusamente cubierta por la vegetación. A su izquierda estaba el puente de madera que conducía al predio de los Sugimoto. Al otro lado se hallaban los bancales de bambú. En un punto cercano, el arroyo se cruzaba con el riachuelo que recorría el Jardín de las Almas Hattori; confluían y de repente cambiaban de dirección siguiendo su curso hacia el nordeste, donde estaban los campos de arroz.

Maggie miró hacia el arroyo y se puso a ladrar a un grupo de niños que vadearon el río pescando carpas. Los niños se burlaron de la vieja setter lanzando toscas aproximaciones de lo que habían oído decir a sus padres sobre la joven viuda que, si bien no podían ver, suponían se hallaba al otro extremo de la cadena que sujetaba a la perra. Cuando Etsuko apareció sobre la orilla del arroyo, los niños treparon por el

otro lado agitando vistosamente sus cestas de pesca y desaparecieron entre las cañas de bambú. Las hojas inferiores de las cañas situadas junto a la arboleda se movían sospechosamente, como si los niños estuviesen escondidos ahí.

Se oyó entonces el timbre de una bicicleta al otro lado del cañizal de bambú. Poco después apareció el cartero andando junto a su bicicleta por encima del puente. Este cartero, de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, se había hecho impopular por su costumbre de pedir cosas a la gente.

Etsuko fue hasta el puente y recogió el telegrama que le entregó.

—Si no tiene un sello con su nombre, firme aquí, por favor —le dijo el cartero. (Dijo exactamente: *Sainu*, una expresión de uso inglés que había penetrado considerablemente en el país). Se quedó observando el pequeño bolígrafo que sostenía Etsuko entre sus dedos.

—¿Qué clase de pluma es ésta?

—Un bolígrafo. No son muy caros.

—Es raro, ¿no le parece? ¿Me permite mirarlo?

Etsuko se lo regaló, y de buena gana, pues parecía que fuese a admirarlo durante el resto de su vida. A continuación subió la escalera con el telegrama para Yakichi en la mano. Le parecía divertido. ¡La gran dificultad que había tenido en dar dos pares de calcetines a Saburo y lo fácil que le había resultado ahora regalarle el bolígrafo al pelma del cartero! *Así es como debería ser. Si no fuera por el amor, la gente se entendería perfectamente. Si no fuera por el amor...*

La familia Sugimoto había vendido el teléfono, junto con el piano Bechstein. El telégrafo hacía ahora las veces del teléfono; incluso los asuntos de menor urgencia se los comunicaban por telégrafo desde Osaka. No era, pues, extraño para nadie en la casa recibir telegramas, ni siquiera a medianoche.

No obstante, cuando Yakichi abrió el telegrama, su rostro se iluminó de alegría. El telegrama lo enviaba Keisaku Miyahara, ministro de Estado. Había sido el sucesor de Yakichi en la presidencia de la Compañía Naviera Kansai y después de la guerra se había metido en política. Se hallaba ahora en camino hacia Kyushu, para pronunciar una serie de discursos electorales. Tenía unas horas libres y deseaba detenerse a visitar a Yakichi durante treinta o cuarenta minutos. Lo más sorprendente era que la visita estaba anunciada para hoy mismo.

En aquellos momentos, Yakichi estaba conversando con un invitado, un ejecutivo de la oficina agrícola local. Aunque el calor del mediodía se dejaba sentir con mucha fuerza todavía, aquel hombre recorría la comarca recogiendo sugerencias y apoyos con la chaqueta colgada sobre los hombros como si se tratara de un albornoz. La Liga de los Jóvenes se había quejado de que la corrupción estaba muy extendida entre los miembros del consejo ejecutivo, a consecuencia de lo cual se había celebrado una nueva elección este verano. Este hombre, que era uno de los elegidos recientemente, había incluido entre sus actividades oficiales la de recorrer la comarca preguntando humildemente las opiniones de los viejos propietarios. Esta área era un bastión del

Partido Conservador y creía que tales prácticas eran la última moda en política.

Había advertido la alegría en la cara de Yakichi cuando leyó el telegrama y le preguntó por las buenas noticias que acababa de recibir. Yakichi dudó, como si estuviera en posesión de un feliz secreto que no quisiera divulgar inmediatamente. No podía, sin embargo, guardárselo para él. Demasiado autocontrol no es bueno para los viejos.

—Es un cable del ministro de Estado, Miyahara, anunciando su visita con el propósito de descansar unos minutos. Puesto que se trata de una visita informal, le agradecía que se abstuviera de comunicárselo a la gente del pueblo. Ya que se trata de una visita con la finalidad de disfrutar de un breve descanso, no estaría bien, por mi parte, permitir que le importunases. Miyahara fue a la misma escuela que yo, aunque uno o dos cursos detrás de mí, y entró en la naviera Kansai dos años después de hacerlo yo.

Los dos sofás y las once sillas de la sala de estar, sobre los que no se había posado una mano desde hacía mucho tiempo, eran como muchachas ajadas por la espera. Sobre las blancas fundas que los recubrían, se había instalado algo parecido a una falsa piel reseca que ya no tenía remedio. No obstante, en esta habitación el corazón de Etsuko sentía un cierto alivio. En los días soleados, ella era la encargada de abrir las ventanas de la sala a las nueve de la mañana. Al hacerlo, las ventanas que daban al este dejaban entrar los rayos del sol matutino. En esta estación, los rayos apenas alcanzaban las mejillas del busto de bronce de Yakichi.

Una mañana, poco después de su llegada a Maidemmura, quedó sorprendida al ver un cierto número de mariposas —que evidentemente estaban esperando aquel momento, descansando en un ramillete de flores de mostaza colocadas en un búcaro — levantar el vuelo en el momento de abrir la ventana y salir en tropel al exterior.

Con la ayuda de Miyo, Etsuko limpió la habitación con trapos para el polvo y plumeros. Incluso quitaron el polvo de la vitrina que guardaba las aves del paraíso disecadas. No pudieron, a pesar de los esfuerzos, eliminar el olor a moho impregnado en los muebles y en los artesonados de madera.

—Me gustaría poder hacer algo para eliminar este olor a enmohecido —dijo Etsuko mientras bruñía el bronce del busto y miraba a su alrededor.

Miyo no respondió. Esta muchacha campesina, de aspecto somnoliento, estaba subida a una silla, indiferente a cuanto la rodeaba, limpiando el polvo de la caligrafía.

—Este olor es horroroso —insistió Etsuko como si estuviera hablando a solas, aunque en voz alta.

Miyo miró desde la silla donde estaba subida y asintió:

—Sí, es realmente horroroso.

Etsuko estaba enojada. A medida que creció su enfado, lo fue proyectando hacia la impasibilidad abúlica y campestre que caracterizaba tanto a Saburo como a Miyo.

Y todo por una sola razón: Miyo y Saburo eran mucho más parecidos entre sí que ella y Saburo. Éste era el motivo de su enfado.

Etsuko trató de sentarse en la silla que Yakichi le ofrecería amablemente al ministro esta tarde. Al hacerlo, su rostro adoptó la expresión de magnanimitad teñida de compasión apropiada para un hombre importante y muy ocupado cuando inspecciona la sala de estar de un amigo olvidado por el mundo. El ministro iba a dedicar, según parece, varios minutos de su día, de los cuales cada minuto y cada segundo eran objetos prácticamente sacados a subasta, que ceremoniosamente pasearía de un lado a otro y se los ofrecería a su anfitrión como único regalo de su visita.

«Todo está bien tal como está. No es necesario hacer preparativos —le había dicho Yakichi a Etsuko con una alegre mirada en su cara huraña. La visita de una importante persona podía incluso propiciar una inesperada revitalización de Yakichi —: ¿Qué le parece? ¿Por qué no volver a salir a la luz pública y aspirar a un ministerio? El tiempo en que los nuevos hombres de la posguerra que no sabían nada de nada ascendían rápidamente ya ha pasado; tanto para asuntos de gobierno como de negocios, se reclama de nuevo a los grandes precursores, avalados por una rica experiencia».

Si Yakichi oyera esto, su alma ridícula, oculta tras la máscara de la autodesaprobación, alzaría el vuelo rápidamente y brillaría como sólo ella podía brillar.

«Yo estoy acabado. Este viejo necio que ve ya no vale para nada. Quizá pueda imitar a un campesino; pero “los viejos no deben tomar duchas frías”, dicen. Tan sólo sirvo para vegetar, para vivir tranquilamente el resto de mis días jugando con el bonsái o algo parecido. Y no me duele, no me quejo. Estoy satisfecho tal como estoy. No sé si debería hablarle así, pero en este tiempo, creo que no hay nada tan peligroso como estar al frente de los destinos que nos corresponde vivir. Toda esta situación puede cambiar y desaparecer en cualquier momento, pero nadie sabe cuándo. Vivimos en un mundo dislocado. La paz está dislocada. También lo están la guerra y la prosperidad. Y en este mundo dislocado es mucha la gente que vive y mucha la que muere.

»Por supuesto que todos los hombres viven y mueren. Es natural, mas en este mundo dislocado no hay nada que merezca la pena dedicarle la vida. ¿No le parece? En una vida dislocada resulta estúpido arriesgar la propia vida. No obstante, un hombre como yo no puede trabajar sin poner en juego su vida. No, no soy yo el único. Es más, pienso que nadie puede realizar su trabajo correctamente sin arriesgar su vida. Pero hoy sólo se encuentran personas tristes que van tirando sin tener ninguna causa, ningún trabajo al que estén dispuestos a dedicar toda su vida, incluso a sacrificarla. Esto es, al menos, lo que a mí me parece. Lo veo mal, muy mal. Por

eso me considero un viejo sin mucho camino por delante.

»Pero no hay que amargarse. Tómelo como lo es: silbidos en la oscuridad. Soy un viejo chapado a la antigua —restos, pura escoria, que solamente sirven para convertirlos en jabón. Si se echaran estos restos a una prensa para obtener sake de segunda calidad, sería, ciertamente, una triste historia».

Estas esencias y pensamientos que Yakichi destaparía ante los sentidos del ministro podrían presentarse bajo el lema de «Retiro y Reclusión», y serían la voz de la seducción apartándolo de la fama y de la fortuna. ¿De qué le serviría todo esto a Yakichi? Aumentaría el valor social de su retiro, despertaría un renovado aprecio por la mordacidad de las garras ocultas pero bien conservadas de este viejo halcón cansado del mundo.

*«Por las mañanas, bebe el rocío de las magnolias;
por las tardes, come los pétalos caídos
de los crisantemos».*

Ésta era la cita preferida de Yakichi, sacada del clásico chino Li Sao y que, escrita de su puño y letra, podía leerse enmarcada en la pared del recibidor. Para un advenedizo, resulta ciertamente atrevido desarrollar una afición como ésta. Puesto que una sola excentricidad personal bastaba para madurar su gusto por las aficiones, la inclinación del campesino arrendatario por la caligrafía había puesto un freno evidente a las ambiciones de Yakichi. No obstante, la gente bien nacida raramente resbala de este modo en la elegancia.

Hasta bien entrada la tarde, la casa estuvo en plena actividad. Yakichi repetía una y otra vez que no era necesaria una recepción extravagante. Todos comprendían, sin embargo, que si se lo tomaban al pie de la letra, se enfadaría enormemente. Sólo Kensuke se hizo el remolón, quedándose en el segundo piso para pasar desapercibido y no tener que trabajar. Etsuko y Chieko se esmeraron en la preparación de los pasteles de arroz, propios del Equinoccio de Otoño, colocándolos en bolsas barnizadas con laca. Hicieron cuantos preparativos estuvieron a su alcance para la eventualidad de que el huésped se quedara a cenar y prepararon, incluso, raciones para su secretario y su chófer. Mandaron llamar a la señora Okura para matar un pollo. Cuando se dirigió hacia el gallinero con su ropa de faena, los hijos de Asako corrieron tras ella llenos de curiosidad por lo que iba a suceder.

—¡Venid aquí y portaos bien! ¿Cuántas veces os he dicho que no debéis mirar cómo matan a los pollos? —gritaba su madre desde la casa.

Asako no sabía cocinar ni coser, razón de más, quizá, para considerarse en el pleno derecho de educar a sus hijos en la tradición *petit-bourgeois*. En cierta ocasión había estado a punto de estallar de ira cuando Nobuko regresó a casa con un cuaderno de historietas de los más baratos, que les había prestado la hija de los Okura. Su

madre se lo quitó rápidamente y en su lugar le dio un libro con dibujos para aprender inglés. Nobuko embadurnó la cara de la reina con pintura de color azul antes de devolverle el libro a su madre.

Mientras sacaba una a una las bandejas barnizadas del armario y les pasaba un trapo, Etsuko temblaba ante la inminencia de los alaridos del pollo que iban a estrangular. Empañaba con su aliento un trozo de la loza y luego frotaba con el trapo. El barniz de la laca perdía todo su brillo y momentos después lo recuperaba con mayor viveza, reflejando su cara en la superficie. Artificialmente absorta en estas monótonas operaciones, se esforzaba por imaginarse la escena del cobertizo en la que se iba a poner fin a la vida del pollo.

El cobertizo se comunicaba con la cocina. En aquel momento entró la señora Okura, patizamba, sosteniendo el animal con una mano. En el interior había poca luz, apenas unos débiles rayos del sol de media tarde. Por eso las zonas oscuras parecían incluso más oscuras. En aquella penumbra se dibujaban las siluetas y los reflejos de varias superficies de hierro fundido que sugerían la presencia de azadones y palas colgadas de la pared. Inclinados contra la pared había también dos o tres viejos postigos para proteger las ventanas en caso de tormenta. En el suelo había un cesto de esparto para transportar tierra y un fumigador para rociar los nísperos con sulfato de magnesio. La mujer tomó asiento en una silla de precario equilibrio y cortó con las tijeras las alas del animal que luchaba desesperadamente por librarse de las robustas rodillas que lo aprisionaban. Entonces se dio cuenta, por primera vez, de que en la puerta del cobertizo estaban los dos niños observando atentamente todos sus movimientos, hasta los más mínimos gestos.

—¡Traviesos! Ya veréis como se entere vuestra madre. Marchaos de aquí inmediatamente. Esto es algo que los niños no deben ver.

El pollo graznó; los pollos del gallinero lo oyeron y también graznaron.

Nobuko y el pequeño Natsuo, asido de la mano de su hermana, eran dos pares de ojos despiertos, clavados en las siluetas que dibujaban sus cuerpos en el umbral de la puerta. Miraron sin casi respirar cómo la señora Okura se inclinaba sobre el pollo, que no dejaba de agitar un solo instante su cuerpo en un vano intento de liberar sus alas. Sin darle mayor importancia, con gesto casi rutinario, las manos de la mujer se desplazaron hasta el cuello del animal...

Poco después Etsuko oyó el chillido del animal; inseguro, resignado, lleno de frustración, de perplejidad y de terror.

Eran las cuatro en punto. Yakichi había conseguido ocultar la exasperación por el retraso de su huésped. Incluso había conseguido actuar como si la espera no le hubiese hecho mella, como si no estuviera cansado. Sin embargo, a medida que las sombras de los árboles de *kaede* del jardín se hacían cada vez más oscuras, empezó a exteriorizar una inconfundible sensación de incomodidad. Fumaba un cigarrillo tras

otro y, luego, de repente, se fue al campo de los perales con la intención de entretenerte trabajando.

Etsuko intentó ayudarle yendo hasta donde terminaba la carretera, junto a la puerta del cementerio, para observar desde allí la llegada de algún coche oficial con dirección a la casa de los Sugimoto. Se apoyó en la baranda del puente y miró a lo lejos, hasta el punto en que se perdía la suave curva de la carretera. Los ricos campos de arroz estaban a punto para la cosecha, los campos de maíz dispuestos en filas casi perfectas, la vegetación crecía exuberante en los charcos diseminados entre los campos, la línea del tendido eléctrico, las calles bordeadas de casas, los arroyos, todo esto estaba ante sus ojos y Etsuko sentía que se le nublaba la vista. Imaginar que un coche oficial iba a transitar aquella carretera hasta llegar a los pies de Etsuko iba más allá de cualquier sueño; era casi un milagro. Al mediodía se habían detenido allí dos o tres coches, según aseguraban unos niños. Ahora no había rastro de ellos.

¡Claro! Hoy es el equinoccio. ¿Pero qué hemos estado haciendo? Los pasteles de arroz y confitura que hemos preparado durante toda la mañana, escondiéndolos en cestas de mimbre en el armario para que los niños no los tocaran. Hemos estado tan ocupados que no hemos pensado en el día que es hoy. Yo me he postrado una vez a rezar ante las tablas ancestrales, pero, a pesar de esto, sólo hemos quemado incienso, como hacemos cada día. Hemos estado todo el día preocupados por la llegada de los huéspedes vivos y nos hemos olvidado por completo de los muertos.

Etsuko vio salir del Jardín de las Almas Hattori a una ruidosa familia compuesta por una pareja de mediana edad, muy normal, y cuatro hijos, uno de ellos una chica vestida con el uniforme de colegiala. A éstos no les resultaba fácil mantenerse junto al grupo. A ratos parecía que se quedaban retrasados, luego echaban a correr hacia delante. Etsuko advirtió que se trataba de un juego. Consistía en cazar saltamontes en la plazoleta de césped, que quedaban en el centro de la calzada por donde giraban los automóviles. Ganaba quien cazaba más saltamontes sin pisar la hierba. Se fue haciendo oscuro. Las tumbas más alejadas de la entrada y los gruesos setos de arbustos y árboles se fueron cubriendo, poco a poco, de oscuridad, como el algodón que se empapa de agua. Sólo estaba a salvo la ladera más lejana del cementerio sobre la que todavía caían los rayos del sol, los últimos antes de su puesta. Las tumbas y los arbustos de aquel lugar tenían un brillo rojizo. Aquella parte de la ladera destacaba como una cara iluminada.

Etsuko miró con desconfianza a la pareja de mediana edad, que paseaba hablando y sonriendo, sin prestar atención a los niños. En su romántica manera de ver las cosas, los maridos siempre parecían infieles y las esposas siempre sufrían. Las parejas de mediana edad siempre terminaban por no hablarse por una de estas dos razones: porque estaban hartos el uno del otro o porque se odiaban mutuamente.

Aquel hombre, vestido a la moda, con pantalones y americana a rayas, y su mujer, con un vestido lila y una cesta de compras de la que sobresalía un termo, no parecían pertenecer a este tipo de parejas. Pertenecían, quizás, con mayor exactitud, a la clase de personas que convierten los romances de nuestro tiempo en temas de conversación para la sobremesa y luego los olvidan.

Cuando llegaron al puente, los padres llamaron a los niños. Al hacerlo, parecían mirar con nerviosismo a derecha e izquierda de la carretera, totalmente desierta. Al ver a Etsuko, el hombre se le acercó y, con muy buenos modales, le preguntó:

—¿Sería usted tan amable de indicarnos dónde debemos dejar la carretera para salir a la estación de Okamachi de la línea Hankyu?

Cuando Etsuko les indicó el atajo a través de los campos de arroz y de las viviendas oficiales, el matrimonio se asombró de su correcto acento Tokio-Yamate. Los cuatro niños se juntaron rápidamente a sus padres, mirando a Etsuko sin disimulo. Un muchacho, de unos siete años, extendió su puño cerrado hasta casi tocarla. Luego entreabrió un poco los dedos y dijo:

—¡Mire!

Aprisionado en la jaula formada por sus dedos, podía verse el cuerpo doblado de un saltamontes de color verde claro. En la oscuridad de su encierro, el animal extendía y retraía sus largas patas.

La chica mayor golpeó inesperadamente las manos de su hermano desde abajo. El saltamontes se escapó antes de que el muchacho pudiera reaccionar, dio dos largos saltos en el suelo, se lanzó hacia los arbustos que rodeaban la carretera y desapareció.

Inmediatamente se desató una pelea entre los dos hermanos, que los padres sofocaron sin dejar de reír. Todos saludaron respetuosamente a Etsuko y continuaron su lento paseo por el sendero que se abría entre los campos de arroz.

Etsuko, distraída durante los últimos minutos, pensó si el automóvil que desde hacía varias horas esperaba la familia Sugimoto ya habría llegado. Volvió a fijar la mirada en la carretera, pero no, seguía vacía, no se divisaba absolutamente nada. Las sombras eran cada vez más oscuras, el paisaje se sumía en el crepúsculo.

Era ya la hora de irse a dormir y los huéspedes no habían llegado. En la casa reinaba un ambiente cargado, opresivo. No obstante, la presencia silenciosa, irritada de Yakichi no les dejaba otra opción que la de comportarse como si la visita todavía fuera a realizarse.

Desde la llegada de Etsuko a aquella casa, nada había mantenido junta a la familia en una habitación como entonces. Yakichi no dijo una sola palabra sobre el Equinoccio: parecía haberlo olvidado. En su ánimo alternaban repentinamente la esperanza y el desengaño. Su comportamiento guardaba ahora un gran parecido con el de Etsuko en los días que esperaba que su marido regresara a casa, sin esperanza, abandonada.

—Vendrá, seguro que vendrá. Ya lo verá.

Estas palabras sonaban francamente mal. Tras ellas sólo quedaba la impresión de

que, realmente, nadie iba a ir.

Incluso Etsuko, que sabía lo que Yakichi sentía, se resistía a creer que las esperanzas que había albergado durante todo el día fueran simples esperanzas de prestigio social. Cuando nos traicionan las cosas por las cuales sentimos un gran deseo, las heridas no son tan profundas como cuando la traición procede de las cosas que intentamos despreciar por todos los medios. En estos casos, el puñal nos lo clavan por la espalda.

Yakichi estaba ahora arrepentido y molesto por haberle enseñado el telegrama al miembro del consejo local. Con ello les había brindado la oportunidad de que lo etiquetasen como un hombre olvidado. El ejecutivo del consejo local había insistido para que le dejase ver al ministro, tan sólo mirarle la cara, y había esperado hasta las ocho de la tarde, ayudando en lo que pudo. Había sido testigo de todo lo que sucedió durante aquellas horas: la preocupación de Yakichi, las observaciones poco menos que sarcásticas de Kensuke, los preparativos de toda la familia para el momento de la llegada, la caída de la noche, los recelos y los presentimientos, los primeros signos inconfundibles del desvanecimiento de toda esperanza.

A Etsuko, los acontecimientos de aquel día le enseñaron la lección de que no vale la pena anticiparse a los hechos. Al mismo tiempo experimentó, como respuesta a los dolorosos esfuerzos de Yakichi para no sentirse herido por la traición de sus esperanzas, un extraño sentimiento de afecto que no había conocido en todo el tiempo que llevaba viviendo en Maidemmura. Era muy posible que el telegrama lo hubiese enviado algún compinche de los muchos que tenía Yakichi en la región de Osaka, como una broma o una ocurrencia surgida en alguna reunión con abundante bebida.

Etsuko trató a Yakichi con amabilidad discreta, con cierta intimidad, consciente de su sensibilidad por todo lo que pudiese parecerle simpatía.

Poco después de las diez, la resistencia de Yakichi se resquebrajó y pensó por primera vez en Ryosuke con un humillante sentimiento de miedo. Un sentimiento de pecado, un sentimiento que era absolutamente nuevo para él, y le producía ahora un extraño cosquilleo en una esquina del corazón. Este sentimiento creció en intensidad; le comunicó un gusto agridulce a la boca; le parecía un sentimiento capaz de desarrollarse en su interior halagándole el corazón mientras lo ponderaba. La demostración de esto era Etsuko, que esta noche estaba más hermosa que nunca.

—Hemos echado a perder el Equinoccio, ¿verdad? ¿Te gustaría ir mañana conmigo al cementerio de Tokio? —le preguntó.

—¿De verdad que me acompañará? —dijo Etsuko, dando a su voz un tono que era o parecía de alegría. Sin esperar respuesta, continuó—: Padre, no esté preocupado por Ryosuke. No era mío, ni siquiera cuando estaba vivo.

Siguieron dos días de lluvia. El tercero, veintiséis de septiembre, amaneció despejado. Todo el mundo estuvo ocupado desde primeras horas de la mañana

lavando la colada que se había acumulado.

Mientras colgaba los calcetines de Yakichi, remendados por todas partes (seguramente se enfadaría si Etsuko le compraba unos nuevos), se preguntó de repente qué habría hecho Saburo con los dos pares que le regaló. Por la mañana se había fijado en que seguía calzándose las alpargatas sobre los pies desnudos. Fue cuando le dijo, con una sonrisa que parecía mucho más amistosa, más íntima:

—Buenos días, señora.

A través de un agujero en el tejido de la alpargata, asomaba una pequeña herida, seguramente un corte sin importancia, en la piel que le cubría el tobillo, tiznado en parte.

Supongo que pensará ponérselos cuando salga. No eran caros, ni mucho menos, pero a los ojos de un muchacho campesino podían parecerlo.

A pesar de su curiosidad, ahora no podía preguntarle por qué no los llevaba puestos.

Habían dispuesto varias cuerdas entre las ramas de los grandes árboles de pasania que había junto a la cocina, y la colada ocupaba hasta el último centímetro de las cuerdas que enlazaban los árboles como una tela de araña. El viento del oeste que venía del bosque de castaños hacía que la ropa ondease con fuerza de las cuerdas. Maggie, atada bajo el improvisado tendedero, iba y venía constantemente bajo las sábanas que se agitaban sobre su cabeza y de vez en cuando soltaba un prolongado aullido. Después de tender la colada, Etsuko se paseó entre las cuerdas. En una de sus vueltas, un golpe de aire levantó un delantal todavía mojado y la golpeó en la cara con bastante fuerza. Fue una bofetada refrescante que le sacó color a la mejilla.

¿Dónde estaba Saburo? Cuando cerró los ojos, se le apareció el tobillo herido y tiznado que había visto por la mañana. Su pequeña mueca, su sonrisa y su pobreza tenían el mismo atractivo que generalmente asoma en la timidez en una muchacha. *Quizá ahora esté en su habitación, absorto en una novela de samuráis.*

Etsuko atravesó la cocina y se secó las manos en el delantal. Junto a la puerta trasera había un cubo de basura. Era un cubo de bordes altos en el que Miyo echaba los restos de pescado y las hortalizas que no se aprovechaban. Cuando estaba lleno, lo vaciaba en un desnivel destinado a este fin y allí fermentaba y se convertía en abono.

Al pasar junto al cubo, los ojos de Etsuko se fijaron en algo que llamó su atención. Se acercó. Semienterrado entre las hojas amarillentas y las espinas de pescado, asomaba un trozo de tela nueva. Era de un color azul que le resultaba familiar. Introdujo los dedos cautelosamente y tiró de la tela. Eran los calcetines. Detrás de los azules, salieron los marrones. A juzgar por su forma, era casi seguro que ni siquiera se los había probado. Todavía colgaba de un extremo el letrero con el precio.

Permaneció indecisa junto al cubo durante unos momentos, observando el inesperado descubrimiento que acababa de hacer. Dejó caer los calcetines sobre los restos de pescado. Dos o tres minutos después, miró a su alrededor y enterró

rápidamente los dos pares de calcetines bajo las espinas y las hojas amarillentas del mismo modo que una madre enterraría un feto. Se lavó las manos. Mientras se las lavaba, mientras se las volvía a secar cuidadosamente en el delantal, intentó pensar en lo que acababa de pasar. Qué motivo tenía. No le resultaba fácil ordenar sus pensamientos. Antes de que pudiera hacerlo, se apoderó de ella un enfado irreflexivo que determinó su inmediata conducta.

Saburo estaba en su habitación de tres esteras, poniéndose las ropas de trabajo. Cuando vio aparecer a Etsuko entre él y la ventana redonda, se dejó caer, adoptando una correcta postura sedente, y continuó abrochándose la camisa. Las mangas estaban aún desabrochadas. Echó una rápida mirada a la cara de Etsuko. Ella todavía no había pronunciado una sola palabra. Se abrochó las mangas y se quedó sentado en silencio. Saburo no sabía cómo reaccionar ante la expresión de Etsuko, que no había variado en lo más mínimo.

—¿Qué me dices de los calcetines que te di el otro día? ¿Me los quieres enseñar?

Etsuko lo dijo en tono amable, pero cualquiera que lo hubiese oído habría advertido en su suavidad un tono amenazador innecesario. Estaba enfadada. Un enfado cuyas razones eran inexplicables; gestado en algún rincón de sus emociones. Etsuko lo azuzaba, lo hinchaba. De no ser así, no habría podido hacerle las preguntas que tenía pensadas; su enfado nacía de las exigencias del momento, una emoción verdaderamente abstracta.

Los ojos de Saburo, ojos negros de cachorro, se movieron. Se desabotonó la manga izquierda y se la volvió a abrochar. Ahora le tocaba a él estar callado.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no respondes?

Etsuko apoyó el brazo en la repisa de la ventana y miró a Saburo con cara burlona. A pesar de su enfado, saboreó este placer segundo a segundo. ¡Qué sensación! Nunca se lo había imaginado. Se estaba recreando en su orgulloso sentimiento de victoria. Observando aquel cuello inclinado y bronceado, aquella barba recién afeitada, Etsuko no se daba cuenta de que sus palabras cobraban un tono cariñoso.

—Está bien. No estés tan cabizbajo. Los he visto tirados en el cubo de la basura, esto es todo. ¿Los tiraste tú?

—Sí, los he tirado yo.

Saburo respondió sin dudar. Su respuesta desconcertó a Etsuko.

«Está protegiendo a alguien —pensó. Si no, habría dudado, aunque fuera un poco».

En aquel instante, Etsuko oyó un sollozo a su espalda. Era Miyo, que lloraba ocultando su cara en el faldón de un delantal de estameña viejo, demasiado grande para ella. Entre sollozos, repitió estas palabras:

—Los tiré yo. Los tiré yo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué lloras?

Mientras hablaba, Etsuko miraba a la cara de Saburo. En sus ojos se advertía la

ansiedad, el deseo de comunicarse con Miyo, por lo que Etsuko retiró el delantal que cubría la cara de la muchacha con un gesto brusco que rayaba en la crueldad.

La cara asustada, enrojecida, de Miyo quedó al descubierto. Era una cara normal, de muchacha criada en el campo. Había algo desagradable en sus facciones alteradas por las lágrimas: sus mejillas parecían níspertos maduros, hinchados y colorados, y daban la impresión de que se abrirían si alguien los tocaba; sus cejas delgadas; sus ojos grandes, impasibles, inexpresivos; su nariz imposible. Sólo sus labios incomodaban ligeramente a Etsuko. Los labios de Etsuko eran bastante delgados. Temblorosos por los sollozos, mojados y brillantes por las lágrimas y la saliva, aquellos labios tenían el grado exacto de redondez, como un hermoso acerico rojo.

—Bueno, ¿y por qué lo hiciste? No es que me preocupe por los calcetines. Simplemente, no lo entiendo. Por eso lo pregunto.

—Sí, señora.

Saburo la interrumpió. Se expresó con una desenvoltura que le hacía parecer poco sincero:

—En realidad, fui yo quien los tiró, señora. Parecían demasiado elegantes para mí, por eso los tiré.

—No digas tonterías. No pienses que me lo voy a creer —respondió Etsuko.

Miyo temió que el comportamiento de Saburo pudiera llegar a oídos de Yakichi, y en tal caso era seguro que le castigaría. No podía permitir que la protegiera como lo había hecho hasta entonces. Por eso, antes de que Saburo pudiera decir nada, habló:

—Los tiré yo, señora. Cuando usted se los dio a Saburo, él me los enseñó enseguida. Me asaltaban las sospechas y le dije que no se los habría dado a cambio de nada. Entonces él se enfadó mucho y me dijo: «Está bien, guárdalos tú», y se marchó sin los calcetines. Entonces los tiré... Las mujeres no podemos llevar calcetines de hombre.

Miyo volvió a cubrirse la cara con el delantal. Lo que había dicho parecía coherente, dejando aparte la insinuante mentirijilla final: «Las mujeres no podemos llevar calcetines de hombre».

Etsuko comprendió algo que no sabía y por ello dijo con resignación:

—Está bien. No llores más. Si Chieko y los otros te ven, no sé qué van a pensar. No hay razón para armar tanto alboroto por un par o dos de calcetines. Vamos, cálmate. Sécate las lágrimas.

Evitó deliberadamente mirar a Saburo. Rodeó con su brazo los hombros de Miyo y se la llevó afuera. Observó los hombros que estaba abrazando, el cuello ligeramente sucio y el peinado desarreglado.

«¡Una mujer como ésta! ¡Lo último que hubiera pensado! ¡Una mujer como ésta!».

A través de la hilera de árboles de pasania brillaba un fresco cielo otoñal del que bajaba el ruido de los graznidos de los alcaudones, los primeros que se oían aquel año. Miyo los oyó y sin darse cuenta metió los pies en un charco, restos de las últimas

lluvias, salpicando de barro el vestido de Etsuko. «Aaah...», exclamó Etsuko, y soltó a la muchacha.

Miyo se dejó caer al suelo como un perro y limpió cuidadosamente la falda de Etsuko utilizando el mismo delantal con el que se acababa de secar las lágrimas.

Aquella muda muestra de devoción era, a los ojos de Etsuko, que impasible y silenciosa la toleraba, no tanto la astucia conmovedora de una muchacha campesina cuanto una muestra de hostilidad tan arisca como cortés.

Al día siguiente, Saburo, con los calcetines puestos, se inclinó ante Etsuko como si nada hubiera pasado y sonrió inocentemente.

Etsuko tenía ahora una razón para vivir.

Desde aquel día hasta el desagradable incidente del Festival de Otoño, celebrado el diez de octubre, tuvo un motivo para vivir.

A la gente le resultaba bastante fácil ver la vida como algo carente de valor. De hecho, a las personas con un cierto grado de sensibilidad les cuesta trabajo olvidarse de esto. El instinto de Etsuko en estos asuntos era tan bueno como el de un cazador. Si por casualidad sus ojos divisaban la cola blanca de una liebre agazapada tras un matorral distante, su astucia entraba en juego inmediatamente, la sangre de su cuerpo circulaba como un torrente turbulento, sus músculos se tensaban, su sistema nervioso se ponía en estado de alerta y se concentraba como una flecha disparada. En los días de ocio, cuando le faltaba una razón para vivir, era otro tipo de cazador muy diferente, que pasaba los días y las noches, indolente, sin desear más que dormir junto al fuego.

Para unas personas, vivir es la cosa más sencilla; para otras, resulta extremadamente difícil. Frente a esta injusta distribución, más hiriente que la injusticia de la discriminación racial, Etsuko no oponía el más ligero rencor.

Es mejor tomarse la vida a la ligera —pensó. Después de todo, aquéllos a quienes la vida les resulta fácil no tienen que dar ninguna excusa por vivir más allá de este punto. Los que la encuentran difícil, a su vez, muy pronto usan como excusa algo más que la mera existencia. Afirmar que la vida es dura no es algo de lo que debamos alardear. El poder que tenemos para hallar todas las dificultades posibles en la vida ayuda a hacer la vida más fácil para la mayoría de los hombres. Si careciéramos de este poder, la vida sería algo sin dificultad ni facilidad: una mera esfera vacía, resbaladiza, sin ningún punto de apoyo.

Este poder es el que evita que la vida tome esta apariencia, un poder que la gente que nunca la ha mirado con estos ojos no conoce. Y, sin embargo, no es nada fuera de lo ordinario, no es ningún poder anormal; de hecho, no es más que una necesidad cotidiana. Los que hacen trampas con las balanzas de la vida y las hacen parecer indebidamente pesadas recibirán su castigo en el infierno. Incluso sin manipularlo,

el peso de la vida no es superior al de un abrigo; puesto, apenas se nota. Sólo los enfermos sienten el peso del abrigo que les cubre y encorvan la espalda. Yo tengo que llevar prendas de abrigo más pesadas que otros, porque mi alma nació, y continúa viviendo, en el país de las nieves. Para mí, los problemas de la vida se reducen al simple acomodamiento de la armadura que me protege.

La razón de su vida hacía que el mañana, el pasado mañana y cuanto pudiera depararle el futuro no fueran una carga. Seguían siendo días duros, sin duda, pero una leve variación de su centro de gravedad enviaba a Etsuko alegre y confiadamente hacia el futuro. ¿Era eso esperanza? No, nunca.

Durante todo el día espió lo que hacían Saburo y Miyo. No le reportaría otra cosa que no fuese dolor descubrirlos besándose bajo un árbol o hallar en medio de la noche algún hilo que comunicase sus habitaciones, muy distantes entre sí. Pero, puesto que la incertidumbre le ocasionaría un dolor aún mayor, Etsuko estaba dispuesta a lanzarse sobre cualquier pista que le permitiera descubrir alguna prueba de su amor.

Juzgada únicamente por su resultado final, su pasión era una prueba, sorprendente por su autenticidad, de la ilimitada pasión de los hombres por torturarse a sí mismos. Era, como tal, una pasión consumida generosamente en la destrucción de sus propias esperanzas, un modelo a escala de la existencia humana, quizá demasiado rectilíneo, quizá demasiado arqueado. Las pasiones tienen forma, y, a través de sus formas, se convierten en culturas biológicas en cuyo seno las vidas humanas pueden desarrollarse en plenitud.

Nadie advertía, pensaba Etsuko, la estrecha vigilancia a la que en todo momento y lugar sometía a los otros dos. Estaba muy calmada y trabajaba más que de costumbre.

Etsuko inspeccionó las habitaciones de Miyo y Saburo mientras estaban fuera, igual que había hecho Yakichi con la suya. No halló, sin embargo, ninguna prueba. Estos dos no son de los que escriben diarios. No saben escribir notas de amor y ni siquiera son conscientes de la frágil conspiración amorosa en la que el presente aparece ya cargado con la belleza de la reminiscencia. Con estos dos no valían pruebas ni conmemoraciones. Cuando se encontraban, era, seguramente, para unir sus miradas... sus manos... sus labios... sus pechos. Y luego, quizás esto y lo otro... ¡Ah! ¡Qué fácil! ¡Qué acción tan sencilla, tan hermosa, tan abstracta!

Las palabras sobraban, el significado era innecesario; su actitud era la del atleta lanzando una jabalina, una postura necesaria y adecuada para realizar cuatro simples movimientos. Esta acción... este comportamiento era el más adecuado, el que más se adaptaba a esta línea sencilla, hermosa y abstracta. Y de este comportamiento no quedaba nada, ni rastro, ni señal, ni huella. Era tan limpio como el vuelo de una golondrina.

A veces, los pensamientos de Etsuko cambiaban de rumbo como el viento y de

pronto su existencia parecía fugarse en la oscuridad del espacio exterior a caballo de una hermosa cuna turbulentamente mecida sobre una fulgurante columna de agua.

En la habitación de Miyo encontró un espejo barato colocado sobre un marco de celulosa, un peine rojo, crema barata, pastillas de menta, un kimono discreto y muy sencillo, *meisen* Chichibu, un retal de tela estampada, unos cinturones de tela muy arrugados, unas enaguas nuevas, un saco sin forma a modo de vestido de verano y una saya que hacía juego con éste (en verano Miyo iba de compras al pueblo sin más indumentaria que estas dos prendas), una revista femenina bastante antigua con las páginas gastadas y manoseadas hasta parecer flores artificiales sucias, una carta sensiblera de una amiga que también vivía en el campo y, afinando la vista, cabellos pelirrojos diseminados por doquier.

En la habitación de Saburo halló tan sólo los elementos imprescindibles para un modo de vida más sencillo incluso.

¿Son ellos, quizá, tan circunspectos en dificultar mi búsqueda como diligente yo en vigilarlos? ¿O tal vez soy yo quien no alcanza a descubrir las pruebas que persigue mi atenta investigación porque se hallan, como en la novela de Poe que me prestó Kensuke, tan a la vista como un abrigo colgado en la percha de la puerta?

Al salir de la habitación, Etsuko se encontró con Yakichi, que venía por el pasillo hacia donde estaba ella. Puesto que el pasillo terminaba en la habitación de Miyo, Yakichi no tenía ninguna razón que justificase su presencia en aquel lugar, a menos que fuese expresamente allí.

—¿Tú aquí? —dijo Yakichi.

—Sí.

La respuesta de Etsuko no tenía nada de apologetica. Mientras regresaban a la habitación de Yakichi, éste apoyaba su cuerpo contra el de Etsuko. Desde luego que no se veía obligado a hacerlo porque el pasillo fuera estrecho. Su cuerpo rozaba el de ella sin razón, como lo haría el de un niño malhumorado al que su madre empuja para hacerlo andar.

Una vez en su habitación, Yakichi le preguntó:

—Qué hacías en el cuarto de Saburo?

—Estaba leyendo su diario.

En los labios de Yakichi se formó una mueca, un gesto confuso. No dijo nada más.

El diez de octubre se celebraba el Festival de Otoño en varios pueblos vecinos. Saburo se había vestido y se marchó con otros miembros de la Liga de los Jóvenes antes de la puesta del sol. Había tanta gente en el festival que resultaba peligroso llevar niños pequeños a pie. La mejor manera de no tener que acceder a las súplicas de Nobuko y Natsuo para ir al festival fue pedirles que se quedasen con su madre a vigilar la casa. Después de cenar, Yakichi, Etsuko, Kensuke, Chieko y Miyo salieron

en dirección al templete del pueblo donde se celebraba el festival.

Los grandes tambores sonaban a poca distancia y no habían callado desde la puesta del sol. El viento traía también otros sonidos, que a veces parecían gritos y a veces canciones. Este conjunto de ruidos flotaba sobre los campos de arroz en la oscuridad de la noche, pero como el canto de los pájaros nocturnos o los aullidos de los animales no rompían el silencio y la inmovilidad de la noche, de hecho, la hacían más profunda. Las noches en el campo, incluso en las zonas cercanas a las grandes ciudades, son profundas como abismos y el silencio sólo lo rompen, de vez en cuando, los chillidos de los insectos.

Poco antes de salir, mientras acababan de arreglarse para ir al festival, Kensuke y Chieko habían abierto las ventanas para escuchar el sonido de los tambores que venía de todas las direcciones.

—Éste debe de ser el del templete de Hachiman, junto a la estación. Éste es del templete del pueblo al que iremos esta noche. Éste creo que es el tambor de la plaza, allá detrás, ése que los niños, con las narices embadurnadas de polvos blancos, se turnan para tocar. Su sonido es el más juvenil; a ratos, se detiene...

Estaban tan absortos en la diversión de este juego de adivinanzas, eran tan pueriles las opiniones discrepantes que les llevaban casi a pelearse, que parecían estar tomando parte realmente en un juego infantil. Resultaba difícil creer que esta conversación la sostuvieran un hombre de treinta y ocho años y su esposa, de treinta y siete.

—No, éste viene de Okamachi, en la dirección del templete de Hachiman, junto a la estación.

—Mira que eres tozuda. Llevas seis años viviendo en este lugar y todavía no sabes en qué dirección está la estación.

—De acuerdo. ¿Serías, entonces, tan amable de traermel un mapa y una brújula?

—Lo siento, señora, no tenemos esos instrumentos en casa.

—Eso es cierto. Yo soy la señora y tú el tonto de la casa.

—Por supuesto. Y no todas las mujeres pueden llegar a ser la esposa del tonto de la casa. Fíjate, las esposas normales son señora del jefe de Departamento, señora del pescadero, señora del pregonero. Tú naciste con suerte. Como esposa del tonto de la casa, eres el parangón del éxito de la mujer casada. Como hembra, puedes tomar posesión de la vida del macho. Seguro que no hay mayor éxito para una hembra, ¿no es cierto?

—Me parece que no lo has comprendido bien. Sólo he querido decir que eres un hombre simple, ordinario.

—¿Ordinario? ¡Fantástico! El punto más alto en que se encuentran la vida humana y el arte es en la ordinariez. Bajar la vista a lo ordinario es despreciar lo que no puedes tener. Muéstrame un hombre que tema ser ordinario y yo te mostraré un hombre que todavía no es un hombre. Los primeros días del *haiku*, antes de Basho, antes de Shiki, estaban llenos del vigor de una edad en la que el espíritu de lo

ordinario no había muerto.

—Sí, y tu *haiku* muestra lo ordinario en su punto más alto de desarrollo.

Por este cauce, a través de este diálogo de poca profundidad, discurría eternamente el mismo tema: el respeto sin límites de Chieko por la «sabiduría» de su marido. Entre los intelectuales de Tokio de la última década no era nada extraño encontrar parejas como ésta. En su respetuosa observancia de las formas de la gran tradición, eran como mujeres luciendo el peinado del año pasado ante un grupo de campesinas como si aún fuera un peinado de moda.

Kensuke encendió un cigarrillo y se apoyó en el marco de la ventana. El humo que salía por su boca se perdía en el aire de la noche como una cabellera blanca flotando en el agua hasta enredarse en las ramas del níspero que había junto a la ventana. Tras un corto silencio, preguntó:

—Nuestro padre no está listo todavía, ¿verdad?

—Es Etsuko la que todavía no ha acabado de arreglarse. Él la debe de estar ayudando a ceñirse el cinturón de tela. Aunque resulte difícil creerlo, le ayuda incluso a atarse las cintas de las enaguas. Cuando ella se viste, cierran la puerta de su habitación y hablan muy bajo, por lo que vete a saber el tiempo...

—Nuestro padre está aprovechando estos últimos años, ¿no te parece?

Su conversación saltó naturalmente al tema de Saburo. El tranquilo comportamiento de Etsuko durante los últimos días les hizo llegar a la conclusión de que lo había dejado correr. Los rumores siguen a veces una lógica mucho más precisa que los hechos, y éstos son mucho más propensos que los rumores a recoger alguna mentira entre alguna de sus verdades.

El camino para ir al templete del pueblo pasaba por el bosque que había detrás de la casa. No lejos del pinar junto al que habían ido a observar la floración de los cerezos durante la primavera, el camino se dividía. Tomaron el que les alejaba del pinar. Durante un rato anduvieron por un terreno muy húmedo, cubierto de juncos y castañas de agua. Descendieron una pendiente muy empinada que desembocaba en un grupo de casas. En la montaña que atravesaba el valle se alzaba el templete del pueblo.

Miyo iba delante y llevaba un farolillo de papel. Kensuke era el último de la fila e iluminaba el camino con otro farolillo. Cuando llegaron al lugar donde el camino se bifurcaba, se les unió Tanaka, un campesino honesto y tosco que también iba al festival. Entre sus manos llevaba una flauta que hacía sonar mientras andaba. La tocaba con una habilidad sorprendente, pero sus notas más alegres se les antojaban tristes haciendo que la procesión encabezada por el farolillo de papel desfilara silenciosa como un funeral. Para animar el trayecto, Kensuke empezó a dar palmadas siguiendo el ritmo de la música; todos se le unieron. El pantano les devolvía en forma de eco el sonido de sus palmas.

—Es extraño, ¿no os parece? —dijo Yakichi—, el sonido de los tambores parece estar ahora más lejos.

—Es debido al terreno —dijo Kensuke desde atrás.

En aquel momento, Miyo tropezó y estuvo a punto de caer, lo cual hizo que Kensuke asiese el farolillo de papel y ocupase su lugar a la cabeza de la fila. Ninguna razón aconsejaba que aquella muchacha un poco necia les guiara.

Etsuko se detuvo al margen del camino del que se había apartado para dejar paso a Kensuke y observó cómo el farolillo cambiaba de manos. A la luz del farolillo, la piel de Miyo parecía de color verde. Sus ojos estaban muy apagados. Parecía incluso que le costase respirar.

Así era como los ojos de Etsuko habían aprendido a observar las cosas —en el instante en que el farolillo de papel cambiaba de manos, iluminando la parte superior del cuerpo de Miyo— en valoraciones tan breves como un abrir y cerrar de ojos.

Mas aquella imagen se esfumó enseguida, la olvidó cuando las grandes linternas del festival, suspendidas en los aleros de las casas, arrancaron exclamaciones de admiración de la pequeña comitiva que trepaba por la pendiente.

La mayoría de los aldeanos habían ido al festival dejando las grandes linternas, brillantes y silenciosas, como únicos guardianes de sus casas. La familia Sugimoto cruzó el puente de piedra que atravesaba el torrente que discurría a través de la ciudad. Los patos que se bañaban en el arroyo durante el día graznaron desde sus refugios al paso de aquellos ruidos extraños.

—Parecen niños llorando de noche —dijo Yakichi. Todos rieron. Estaban pensando en Natsuo y su negligente madre.

Etsuko miró a Miyo vestida con su kimono estampado, atenta a cualquier síntoma de enfermedad que pudiera escaparse de sus ojos. No le preocupaba lo que la familia pudiera ver. Era Miyo quien le preocupaba. La mera sospecha —sospecha, nada más — de que Miyo, esta doncella campesina de corto ingenio, llegara tan sólo a intuir sus celos era mucho más de lo que el amor propio de Etsuko podía soportar. Etsuko no sabía a ciencia cierta si era la compleción de Miyo o tan sólo su kimono, pero no le cabía duda de que aquella noche la muchacha era algo más que una chica un poco bonita.

Este mundo es extraño —pensó Etsuko. Cuando yo era niña, era imposible que una doncella saliera de casa vestida con algo que no fuera un kimono rayado. Cuando los criados se permiten la libertad de salir vestidos a la moda, la tradición no puede mantenerse, el orden de la sociedad resulta minado. Si mi madre tuviera algo que hacer en este asunto, a no dudarlo, la despediría antes de acabar el día.

No importa cómo se mire, desde arriba o desde abajo, el estatus social es un acertado sustituto de los celos. ¿Qué mejor prueba de ello podría hallarse que el hecho de que Etsuko nunca albergase un ápice de esta conciencia social de otro tiempo en su actitud hacia Saburo?

Etsuko vestía un kimono de seda estampado con dibujos de crisantemos, de una calidad rara fuera de la ciudad, bajo un *haori* de color negro brillante, deliberadamente corto. El aroma de su querido Houbigant se diseminaba vagamente a

su alrededor; un perfume que no tenía lugar en un festival rural y que se lo había puesto obviamente por Saburo. El ingenio de Yakichi se lo había rociado sobre el cuello. Sobre el vello que cubría su piel quedaban gotas de colonia muy pequeñas, infinitesimales, que brillaban como perlas de una belleza incomparable. Su piel siempre había sido muy suave; había, de hecho, una clara contradicción entre la lozana área de su cuerpo entonces confiada a Yakichi y la piel callosa, reseca, de la mano de éste. Sin embargo, su sucia mano eliminaría gradualmente todas las fronteras hasta hundirse en sus pechos fragantes. En el proceso que generaba esta contradicción artificial, Yakichi se sentía inclinado por primera vez a creer que realmente la poseía.

Cuando giraron por un callejón junto al centro de distribución de arroz, recibieron repentinamente el saludo del hedor de la lámpara de acetileno, bajo cuya luz vieron por fin el bullicio de los vendedores ambulantes. Uno vendía caramelos. Otro vendía juguetes mecánicos, que guardaba clavados por sus manubrios o cualquier otro saliente en una bala de paja. Otro vendía sombrillas de papel floreadas. Junto a éste había otros que vendían —aunque no era la temporada— petardos, juegos de cartas para niños y globos.

Cuando llegaba la época de los festivales, estos vendedores se iban a las paradas de Osaka y compraban las mercancías sobrantes a precio reducido. Luego vagaban por la estación de Hankyu preguntando a los transeúntes qué estación, a lo largo del recorrido, celebraba hoy su festival. Si se dirigían al templo de Hachiman junto a la estación de Okamachi y veían que otros se les habían adelantado y estaban ya instalados en el lugar, seguían su camino hasta el próximo festival. Perdidos casi por completo sus sueños de grandes ganancias, llegaban en pequeños grupos a través de los campos, y su andar lento y cansino era el mejor testimonio de su resignación. La mayoría de los mercachifles que había hoy en la aldea, hombres o mujeres, eran viejos.

Los niños estaban reunidos como un nudo alrededor de unos coches de juguete que corrían en el interior de un círculo. La familia Sugimoto pasó los tenderetes uno a uno discutiendo si debían comprarle o no un coche de cincuenta yenes a Natsuo.

—Es demasiado caro. Será mejor que Etsuko le compre uno la próxima vez que vaya a Osaka; allí los encontrará más baratos —dijo Yakichi. Además, todo lo que venden en estos sitios son cosas que se compran hoy y mañana ya están rotas.

Esta denuncia la hizo en voz alta, y el viejo que vendía los juguetes le miró con ojos de rabia. Yakichi le devolvió la mirada.

Ganó Yakichi. El viejo le volvió la cara y reemprendió el parloteo con el que entretenía a su audiencia infantil. Borracho como un niño por esta victoria, Yakichi pasó a través de un *torii* y empezó a subir los escalones de piedra.

Sin ninguna duda, los precios de Maidemmura eran superiores a los de Osaka. Sólo compraban en Maidemmura lo absolutamente imprescindible.

Tomemos los abonos, por ejemplo.

«La miel de Osaka se vende a buen precio», dice el refrán, y en invierno se vendía por doscientos yenes un carro cargado hasta los topes. Los campesinos iban a Osaka a comprarlo y Yakichi lo compraba con cara huraña.

—Sólo por los materiales que incluía —dijo—, el estiércol de Osaka era mejor que el que se produce aquí.

Cuando empezaron a subir los peldaños, un ruido como el del oleaje rompiendo en las rocas descendió sobre ellos. Por encima de sus cabezas, el cielo se llenó de luces danzantes; el ruido de las cañas de bambú abiertas por un extremo, mezclado con las exclamaciones de sorpresa, les golpeó los oídos. Las ramas de un viejo ciprés quedaron al desnudo en la luz cruel de las hogueras flameantes.

—Si subimos por aquí creo que no llegaremos nunca al templete —dijo Kensuke.

Con estas palabras, la comitiva dio media vuelta y dejó la escalinata, de la que ya estaba a la mitad, y tomó el camino que desembocaba en la parte posterior del templete principal. Era a Miyo y no a Yakichi a quien le faltaba el aliento cuando alcanzaron su objetivo. Con sus gruesas manos, Miyo se frotó, nerviosa, las mejillas descoloridas.

La fachada del santuario parecía el puente de mando de un barco de guerra que dirigía su proa contra un torbellino de fuego y muchedumbres rugientes. Las mujeres, que no se atrevían a entrar en el torbellino, estaban de pie arriba y miraban el pandemónium del patio. La escalera de piedra y el muro bajo que rodeaba el patio les ofrecían una cierta protección. Estaban calladas y con razón, pues sobre sus cabezas, sobre los peldaños y sobre sus manos, que asían la barrera de piedra, las sombras dibujadas por el fuego y las sombras de los hombres que estaban entre ellas y el fuego giraban y se balanceaban como almas que lleva el demonio.

A veces, las hogueras cobraban una fuerza tremenda; las llamas parecían multiplicarse con renovada energía. Las caras de las mujeres espectadoras —a las que ya se había sumado la familia Sugimoto— parecían grabadas al aguafuerte, con trazos rígidos; la cuerda que descendía de la campana colgada del alero del templete había cobrado un brillo rojizo, como si la iluminase el sol momentos antes de ponerse. Luego, de repente, las sombras crecían con ímpetu, como bailarines frenéticos, lamiendo con su oscuridad el brillo del momento precedente, y el grupo situado en la escalera quedaba a oscuras, silencioso y malhumorado.

—Están totalmente enloquecidos, y Saburo en medio de ellos —dijo Kensuke como hablando consigo mismo sin dejar de mirar a la masa que se retorcía allá abajo. Miró a Etsuko, situada a su lado, y advirtió que el lado izquierdo de su *haori* estaba rasgado, sin que ella se hubiera dado cuenta.

Aquella noche Etsuko le parecía extrañamente atractiva.

—Oh, Etsuko, tu *haori* está rasgado —le dijo. Tenía la costumbre de decir lo que no valía la pena decir.

En aquel momento una nueva nota se unió al mar de ruidos y gritos. El inútil mensaje de Kensuke nunca llegó a oídos de Etsuko. En el áspero brillo de la luz de

las hogueras, su perfil parecía ligeramente más severo que de costumbre, ligeramente más majestuoso, un poco más cruel.

La masa de cuerpos que llenaba el patio se desplazaba constantemente de uno a otro de los tres *torii* apiñándose alrededor de uno de ellos. Sus movimientos, que a primera vista parecían no guardar ningún orden, estaban dirigidos por una gran cabeza de león suspendida a cierta altura sobre ellos. Abriendo y cerrando la mandíbula, con la melena verde siguiéndola como la estela que deja un barco, la cabeza del león flotaba en el aire sin encontrar resistencia. Estaba manipulada por tres jóvenes vestidos con kimonos de algodón que se veían obligados a turnarse rápidamente debido al ritmo sobreexcitado que les imponía la comparsa.

Más de cien jóvenes seguían los pasos del león, llevando cada uno de ellos un farolillo de papel blanco. Se apretujaban en torno al león dándose empellones mutuamente, haciendo chocar sus farolillos como si brindaran con ellos. Al poco rato, el león se abría camino como llevado por la fuerza de su furor y se iba rápidamente a otro *torii*. Los hombres de nuevo lo seguían, volvían a levantar sus farolillos, algunos todavía milagrosamente encendidos, sin que sus portadores se dieran cuenta, en la mayoría de los casos, de que ya no quedaba más que el asa. Y todos sus movimientos iban acompañados por un incesante griterío; gritos lanzados con toda la fuerza de sus pulmones.

En el centro del patio se habían levantado varios montones de cañas de bambú dispuestas en forma de haz. Cuando se prendía fuego a la base de un haz, todo él ardía rápidamente y explotaba. Apenas consumida una de estas estacas flameantes, se levantaba otra en su lugar. Las hogueras situadas en las cuatro esquinas del patio parecían ahora meros ejercicios de pirotecnia comparadas con estas teas enloquecidas.

Estos aldeanos, que en un día cualquiera no tenían nada que ver con el peligro, estaban ahora desafiando las chispas que salían despedidas por los aires, apretujados impasiblemente alrededor del patio, observando los movimientos extraordinariamente impulsivos del torbellino de jóvenes que seguían al león. Desde fuera, el grupo de espectadores parecía tranquilo, pero entre sus filas se gestaba una cohesión ondulante que, por las colisiones que originaba, amenazaba con catapultar en cualquier momento a la primera fila de observadores hacia el centro del patio. Entre los jóvenes y los espectadores circulaban unos hombres portando abanicos que eran los responsables de que nada saliese de sus límites. Estos hombres gritaban hasta quedar roncos, unas veces para incitar a un grupo, otras para calmar a otro.

La escena, en su conjunto, vista desde lo alto de la escalera de piedra del santuario, parecía una gran serpiente oscura contoneándose alrededor de las estacas flameantes y lanzando fosforescencias en todas direcciones.

Los ojos de Etsuko estaban fijos en el lugar donde los farolillos de papel chocaban entre sí salvajemente. En su mente ya no existían Yakichi, ni Kensuke, ni siquiera Miyo. La encarnación de este clamor, de este griterío frenético, de esta

demostración completamente demente —en la confusa borrachera de las percepciones de Etsuko— era Saburo. «Tenía que ser Saburo», pensaba.

Este desenfrenado e inútil desperdicio de energías vitales le parecía deslumbrante; su serenidad flotaba en esta peligrosa confusión, fundiéndose como un trozo de hielo en la bandeja de un horno. Sentía cómo su cara se iluminaba a intervalos por el destello de los haces flameantes y las hogueras. Por un instante recordó, como un elemento inconexo con la realidad, la incandescencia del sol de noviembre que se le vino encima como una avalancha cuando abrieron la puerta para sacar el ataúd de su marido.

Chieko se dio cuenta de que Etsuko buscaba con la mirada a Saburo. En ningún momento se le habría ocurrido pensar que su cuñada buscaba otra cosa. Con su natural amabilidad, Chieko dijo:

—Es verdaderamente emocionante. Pero me gustaría bajar al patio. Desde aquí no se llega a sentir lo salvaje que un festival como éste puede ser.

Kensuke entendió el guiño de su esposa, y con él, el motivo que había detrás de su sugerencia. Sabía que Yakichi no se atrevería a seguirles. Esto le proporcionaba un segundo motivo: la posibilidad de realizar una pequeña *vendetta* contra su padre.

—De acuerdo. ¡Vamos allá! ¿Quieres venir, Etsuko? Todavía eres joven para trotes.

Yakichi puso su habitual cara huraña. Era la cara avinagrada y altiva de un hombre acostumbrado a manipular a los demás con sólo un ligero cambio de expresión. Hubo un tiempo en el que una mirada como ésta, una sola, hubiera bastado para que un ejecutivo se armara de resignación. Etsuko, sin embargo, no le miró y respondió rápidamente:

—Sí. Yo también voy.

—Padre... —dijo Chieko.

Yakichi no respondió y dirigió su agria mirada hacia Miyo, dándole a entender que ella iba a quedarse allí junto a su amo.

—Os espero aquí. No tardéis —le dijo a Etsuko sin mirarla.

Etsuko, Kensuke y Chieko descendieron los peldaños de piedra cogidos de la mano y avanzaron hasta unirse al ruidoso tropel, zambulléndose en el patio como quien se tira al mar. Los espectadores se movían aquí abajo con mayor facilidad de lo que parecía vistos desde arriba. No era difícil abrirse paso entre las caras boquiabiertas y avanzar.

La explosión de un haz de bambú a su lado le produjo una sensación de alivio. En aquel momento, cualquier ruido, el más desagradable, le habría resultado grato a sus oídos. Los delicados oídos de Etsuko, sordos ya a cualquier chisme o susurro, ávidos de correr el riesgo de que la estridencia los reventase, estaban escuchando atentamente el ritmo de alguna emoción anclada en lo más profundo de sus entrañas.

De repente, la cabeza del león saltó sobre sus cabezas con la melena al aire, los colmillos dorados al descubierto, en una rápida carrera hacia otro *torii*. Varias oleadas de cuerpos humanos se desplazaron tras él, dando nueva vida a aquél infierno. Algo deslumbrante se cruzó con la mirada de Etsuko. Era un grupo de jóvenes semidesnudos moviéndose al unísono en el resplandor de las llamas. Unos con la cabellera suelta y enredada; otros con cintas blancas atadas a la cabeza. Pasaron junto a ella emitiendo sonidos como de animales y llenando el aire de un fuerte olor a almizcle. La seca reverberación de la carne chocando contra la carne, el brillo de la piel bañada en sudor sobreponiéndose a otra piel sudada lo inundaban todo. El embrollo de piernas era tal que el conjunto de miembros que se agitaban en la oscuridad parecía una masa de criaturas inhumanas. Nadie habría sido capaz de decir cuáles eran sus piernas y cuáles no.

—¿Cuál de ellos debe de ser Saburo? —dijo Kensuke. Cuando están desnudos es imposible reconocerlos.

No quería correr el riesgo de perder a alguna de las dos mujeres y las rodeaba con sus brazos. Los resbaladizos hombros de Etsuko amenazaban con zafarse en cualquier momento del brazo que los sujetaba.

—Es cierto —dijo dándose la razón. Cuando la gente está desnuda es cuando mejor se comprende lo frágil que es la individualidad humana. Tratándose de la forma de pensar, todos los hombres se incluyen en uno u otro de esos cuatro grupos: el pensamiento de los gordos, el pensamiento de los flacos, el pensamiento de los larguiruchos y el pensamiento de los bajos. En cuanto a las caras, mires las que mires, todas tienen dos ojos, una nariz y una boca. No verás ninguna con un solo ojo.

»Toma la cara más original, más individualizada que quieras. No tiene otra utilidad que la de simbolizar la diferencia entre su poseedor y el resto de la gente. ¿Y el amor? Pues no es más que un símbolo rindiéndose ante otro símbolo. Y si nos fijamos en el sexo, pues un anonimato rindiéndose ante otro anonimato. Caos y caos, el apareamiento hermafrodita de la despersonalización con la despersonalización. ¿Masculinidad? ¿Femenidad? Imposible diferenciarlo. Así es, Chieko.

Incluso Chieko estaba aburrida. Le respondió con un gruñido de asentimiento.

Etsuko no pudo evitar la risa.

El pensamiento de este hombre, algo que zumba en los oídos constantemente, casi con incontinencia. ¡Eso es! ¡«Incontinencia cerebral»! ¡Qué penosa forma de mearse encima! Los pensamientos de este hombre son tan ridículos como su estampa.

El mayor absurdo, sin embargo, es que todo lo que dice está absolutamente fuera de tiempo con todo este criterio, esta animación, estos olores, esta actividad, toda esta vida que le rodea. Si fuera músico, ningún director lo querría en su orquesta. Pero ¿qué puede hacerse con una orquesta rural, aparte de aceptar que desafina y seguir como si no pasara nada?

Etsuko abrió los ojos. Se zafó de la mano pegajosa de Kensuke con inusitada habilidad. Había hallado a Saburo. Tenía sus labios taciturnos muy abiertos: estaba

gritando. Sus dientes afilados mostraban toda la blancura, despedían destellos al reflejar el resplandor de las hogueras.

En sus ojos —que en ningún momento se volvieron hacia ella— Etsuko descubrió otra hoguera resplandeciente.

La cabeza del león volvía a balancearse sobre la muchedumbre, dominando toda la escena. Cambió caprichosamente de dirección y se lanzó hacia los espectadores, ondeando la melena, para alcanzar el *torii* principal situado frente al templete. Un grupo de jóvenes semidesnudos corrió tras él.

Etsuko concentró todas sus fuerzas en las piernas y les siguió. Oyó a su espalda los gritos de Kensuke: «¡Etsuko! ¡Etsuko!» y la risa estridente de Chieko. No se volvió. Del interior de su cuerpo brotaba un ímpetu que la lanzaba hacia delante con una fuerza física casi hercúlea.

Hay ciertas ocasiones en las que los seres humanos creen que pueden conseguirlo todo. En estos momentos, cuando todo su ser está empapado de esta creencia, ven muchas cosas que normalmente son invisibles para los ojos humanos. Luego, pasado un tiempo, incluso después de haber descendido hasta el fondo del pozo de la memoria, estos momentos reviven unos instantes y de nuevo les recuerdan a los hombres la milagrosa plenitud de las penas y las alegrías del mundo. Nadie puede evitar estos hitos del destino, como tampoco puede nadie —sea quien sea— evitar la desgracia de que sus ojos vean más de lo que pueden soportar.

Etsuko se sentía ahora con fuerzas para hacer cualquier cosa. Sus mejillas ardían como ascuas. Arrastrada por el torbellino, avanzó a trompicones hacia el *torii* central. El abanico de un vigilante la golpeó en el pecho, pero ella ni siquiera se enteró. Estaba aprisionada entre dos fuegos, en el fragor de la colisión del estupor y la locura.

Saburo ignoraba su proximidad. Su espalda, robusta y ligeramente sombreada, daba frente a los espectadores que empujaban. Sostenía el farolillo en alto. Estaba apagado, pero no había sufrido los desgarros y las pérdidas que desfiguraban los otros farolillos. La parte inferior de su cuerpo, agitándose incesantemente, estaba sumida en la oscuridad, pero su espalda, más tranquila, se ofrecía a un frenético calidoscopio de llamas y sombras. Los movimientos de los músculos que sujetaban los arremetedores huesos de sus hombros recordaban los de las alas de un poderoso pájaro volando.

Etsuko ansiaba tocarle con sus dedos. No sabía qué clase de deseo era. Metafóricamente, aquella espalda era para ella la profundidad de un océano sin fondo; deseaba con ansia zambullirse en esta agua. Su deseo era muy parecido al de quien quiere ahogarse; lo que desea no es tanto la muerte como lo que pueda venir después de ahogarse: algo diferente de lo que tenía antes, un mundo diferente, como mínimo.

Una nueva sacudida, un nuevo oleaje, lanzó hacia delante a todos aquellos

cuerpos. Los jóvenes semidesnudos se movieron a contracorriente, acordes con los caprichosos movimientos de la cabeza del león. Etsuko saltó hacia delante, empujada por el tropel, y chocó contra una espalda desnuda, ardiente como el fuego, que venía en dirección opuesta. Era la espalda de Saburo. Saboreó el tacto de su piel. Saboreó el irresistible calor que despedía.

La gente que había detrás de ella volvió a empujar, haciendo que sus uñas se hincaran en la espalda de Saburo. Él no lo sintió. En medio de aquella loca sucesión de golpes y empellones, no podía ni imaginarse quién era la mujer que le empujaba por la espalda. Etsuko sintió que la sangre le goteaba entre los dedos.

No parecía que los vigilantes tuviesen a la muchedumbre bajo control. Los jóvenes enloquecidos se juntaron en un solo grupo y, sin dejar de gritar un instante, se desplazaron hacia un haz de bambú llameante. Las escuas de bambú se esparcieron entre sus pies.

Los hombres, descalzos, pasaron por encima y sintieron su calor. La estaca estaba totalmente envuelta en fuego, iluminaba las ramas del viejo ciprés arropándolas con el calor de las llamas y el humo rojizo. Las hojas de bambú que ardían eran amarillas, como pintadas con rayos de sol. Aquel delgado haz ígneo tembló y explotó, luego se balanceó como el mástil de un velero y, en un instante, se vino abajo desintegrándose en medio de la apiñada muchedumbre.

Etsuko pensó que había visto una mujer con el pelo encendido riendo a grandes carcajadas. Esto era todo lo que recordaba con una cierta claridad. Sin saber cómo, logró salirse del tropel y se encontró de pie junto a los peldaños de piedra, delante del templete. Luego recordó un momento en el que todo el cielo que abarcaba su mirada estaba lleno de chispas. En ningún momento sintió miedo. Los hombres volvían a agitarse para avanzar hacia otro *torii*. Parecía que los espectadores habían olvidado el miedo de hacía unos minutos y se apresuraban tras ellos como antes. No había sucedido nada.

Etsuko no sabía a ciencia cierta cómo había llegado hasta allí. Se quedó quieta en el patio del templete mirando vagamente el dibujo que formaban en el suelo las llamas y las sombras humanas. Luego sintió un golpe seco en la espalda. Era la mano pegadiza de Kensuke.

—Por fin te encontramos, Etsuko. No sabes lo preocupados que estábamos.

Etsuko le miró en silencio, sin mostrar ninguna emoción. Él, no obstante, siguió hablando, casi sin respirar:

—Ha pasado algo. Sígueme.

—¿Algo malo?

—No te preocunes. Ven conmigo.

Kensuke le tomó la mano y juntos subieron la escalinata a grandes pasos. Había un grupo de gente congregada en el lugar donde habían dejado a Yakichi y a Miyo. Kensuke apartó a la gente con el codo e introdujo a Etsuko en el centro del círculo.

Miyo estaba tirada boca arriba sobre dos bancos unidos a propósito. Chieko,

inclinada sobre ella, intentaba aflojarle el cinturón. Yakichi estaba allí, en una actitud torpe e incómoda. Tan despreocupadamente vestida iba Miyo que sus ropas, al aflojarlas, dejaban entrever la piel de sus senos. Yacía inconsciente, con la boca ligeramente abierta. Su brazo colgaba, la mano aparentemente torcida, rozando con los dedos las piedras del pavimento.

—¿Qué ha sucedido?

—Se ha desmayado. Parece isquemia cerebral o algo así. Quizás sea un ataque epiléptico.

—Será mejor que llamemos a un médico.

—Tanaka ha ido a buscarlo. Ahora mismo viene con una camilla.

—¿Deberíamos decírselo a Saburo?

—No pasa nada. No parece grave.

Kensuke no se veía con valor para mirarle la cara a Miyo, verde como la hierba, y giraba la vista en dirección opuesta. Era uno de esos hombres que, como se dice vulgarmente, son incapaces de matar una mosca.

La camilla llegó al poco rato. Chieko y un miembro de la Liga de los Jóvenes se hicieron cargo de ella. Kensuke encabezaba la comitiva que descendía lentamente por los peligrosos escalones de piedra e iluminaba el camino con el farolillo. Por el efecto de su luz, la cara de Miyo, con los ojos cerrados, parecía una máscara de *noh*, y los niños que se acercaban a curiosear hacían ver que se asustaban y lanzaban falsos gritos de miedo.

Yakichi seguía a la camilla murmurando algo entre dientes:

—¡Es humillante! ¡Qué dirá la gente! Tenía que ponerse enferma precisamente en medio del festival...

Por suerte no tuvieron que pasar por las calles de los tenderetes para ir al hospital. La camilla pasó a través de un *torii*, cruzó una calle oscura y sinuosa y entró en el hospital. Junto a la puerta se formó un grupo de curiosos que permanecieron allí incluso después de que la camilla y los que la acompañaban hubiesen entrado. El festival y sus inacabables repeticiones empezaban a cansar a esta gente que ahora deseaba saber en qué acababa el asunto. Removiendo la grava con los pies, intercambiando rumores, esperaban alegremente el resultado de este subproducto, nada extraño, del festival. Esto les proporcionaba un tema de conversación para los próximos diez días.

Un médico joven se había hecho cargo recientemente del hospital. Este genio, joven y arrogante, consideraba que los orígenes campesinos de su difunto padre y de toda su ascendencia eran ridículos, y algunos vecinos de la aldea, como los Sugimoto, le hacían sentirse incómodo. Cuando se los encontraba por la calle les saludaba con una amabilidad sazonada de desconfianza, una desconfianza basada en el miedo a que pudieran ver a través de la pátina de falso hombre de ciudad que gastaba.

Introdujeron a la enferma en la sala de observación. A los demás, Yakichi, Etsuko, Kensuke y Chieko, los acompañaron hasta una sala de espera que había

frente al jardín. Apenas hablaban. Yakichi seguía contrayendo sus espesas cejas, como si quisiera quitarse una mosca de encima, o vaciando ruidosamente el hueco que tenía en la muela. Había perdido la cabeza y ahora se arrepentía. Si no hubiera llamado a Tanaka, no se habría organizado todo este alboroto; no habrían tenido que trasladarla en camilla, sólo se habría enterado la gente que había alrededor y eso habría sido todo.

Un día, cuando entraba en las oficinas del sindicato, uno de los altos cargos allí presentes que estaba contando una historia divertida la interrumpió al verle entrar y no continuó. Era el hombre que estaba en la casa de los Sugimoto el día de la supuesta visita del ministro. Si aquello había proporcionado una buena historia, mucho más lo harían los sucesos de esa noche. Era casi seguro que estos incidentes iban a dar pie a sospechas mucho más graves.

Etsuko se miraba las manos, quietas sobre su regazo. En una uña tenía una gota de sangre ya seca del color del fuego. Casi sin darse cuenta, se llevó el dedo a la boca.

El director del hospital abrió la puerta y se detuvo a pocos pasos de la entrada. Hablaba como si estuviese orgulloso de haber conocido a la familia Sugimoto. En un tono más bien indiferente, les dijo:

—No tienen que preocuparse de nada; ya ha vuelto en sí. A Yakichi la noticia no le pareció digna de comentario y preguntó bruscamente:

—¿Qué le ha pasado?

El médico cerró la puerta. Luego se subió un poco los pantalones pellizcándolos por la raya y se sentó junto a ellos con un movimiento torpe. Con una sonrisa muy poco profesional les dijo:

—Está embarazada.

Capítulo 4

El recuerdo del ya olvidado Ryosuke volvió a rondar por la memoria de Etsuko, torturando su descanso como hiciera la noche después del festival. Este recuerdo no estaba, sin embargo, rodeado de un halo sentimental, como sucedía con la visión de su marido inmediatamente después de su muerte. Era una aparición desnuda, maligna, viciosa.

En esta visión, su vida con él quedaba convertida en una serie de clases interminables recibidas en una escuela de mala fama instalada en una habitación secreta. Ryosuke no amaba a Etsuko; la educaba. O mejor dicho, la preparaba, pues tampoco podía decirse que de él recibiese verdaderas enseñanzas. Le enseñaba trucos, igual que los rufianes adiestran a las muchachas descarriadas.

Aquellas horas de instrucción, horas detestables, crueles, perversas... las innumerables memorizaciones forzadas, los azotes, las palizas... todo ello sirvió para que Etsuko aprendiera una lección: «Si puedes evitar los celos, puedes, igualmente, dejar de amar».

Etsuko puso todas sus fuerzas en juego para aplicar esta lección, pero todo fue en vano.

Dejar de amar... era una cruel tutela; no obstante, Etsuko habría soportado cualquier privación para conseguirlo. Con todo, la lección de esta tutela y la receta para su obtención resultaban inútiles por falta de un ingrediente esencial.

Había venido a Maidemmura en busca de este ingrediente y, para su consuelo, lo había hallado: una imitación inteligente de una receta inútil. Pero era falsa, y lo que temía, lo que le preocupaba, volvió a suceder.

Cuando el doctor sonrió y dijo: «Está embarazada», un dolor agudo sacudió el pecho de Etsuko. Sintió que la sangre le huía de la cara; una terrible sequedad en la boca estuvo a punto de provocarle náuseas. ¡Nadie debía darse cuenta! Observó las expresiones de Yakichi, Kensuke y Chieko: caras de sorpresa, sin fingimientos y del todo confundidas.

Así que era eso. ¡Esta vez nos ha sorprendido! Es imprescindible que actúe como

si estuviera sorprendida.

—¡Oh! Es horroroso. No puedo creerlo —dijo Chieko.

—Sorprendente, ¿no es así? —dijo Yakichi en un intento de aligerar el tono de la discusión—, pero tal como son las muchachas de hoy día...

Intentaba hacerle entender al doctor que este asunto no era de su incumbencia. (Lo primero que se le había ocurrido era cuánto costaría mantener cerrada la boca del médico y de la enfermera).

—¿No estás sorprendida, Etsuko? —le preguntó Chieko.

—Sí —respondió con una sonrisa forzada.

—Con la sangre fría que tienes, nada te sorprende —dijo Chieko.

Tenía razón. Etsuko no estaba sorprendida. Estaba celosa.

A Kensuke y a Chieko este asunto se les antojó fascinante. No tenían prejuicios morales; éste era su punto fuerte y en él cimentaban su orgullo. No obstante, este mismo punto fuerte les hacía caer en una posición de observadores, desprovistos de cualquier sentido de justicia. A todo el mundo le gusta observar el fuego, y los que lo miran desde un balcón no son mejores que los que lo hacen desde la calle.

¿Existe, acaso, una moralidad sin prejuicios? Su sueño de un mundo moderno, ideal, les ayudaba a soportar la vida en el campo, y la única herramienta que tenían para construir este sueño, para hacerlo real, era el consejo, la observación amable sobre la que tenían derechos de patente. Aconsejar a los demás les hacía sentirse ocupados, espiritualmente ocupados, como mínimo. La ocupación espiritual: sin duda, eso era del mundo de los enfermos.

Chieko guardaba un respeto sin límites por la sabiduría que tan graciosamente atesoraba su marido. Hay que decir, aunque él nunca hablara de esto, ¡que sabía leer griego! Esto era, al menos en el Japón, una proeza poco común. También sabía gramática latina, hasta el punto de conjugar de memoria doscientos diecisiete verbos. Era capaz de recitar los largos nombres de los personajes de las grandes novelas rusas. Y no sólo eso: también podía hablar durante horas demostrando que las comedias *noh* japonesas eran uno de los grandes «legados culturales» (le entusiasmaba esta frase) del mundo y de cómo su «refinada elegancia es comparable a las grandes tradiciones de Occidente». Igual que el escritor que se considera un genio porque sus obras no se venden, Kensuke valoraba el hecho de que aún no le hubiesen reclamado desde alguna universidad como una prueba de que el mundo no estaba todavía preparado para su mensaje.

Esta pareja de eruditos estaba convencida de que con sólo un gesto de su mano, la humanidad se transformaría. Semejante convicción subsistía porque nunca la habían puesto en práctica. En ella había tanta vanagloria y presunción como en la memoria de un militar retirado. No sería nada extraño que esto fuese algo que Kensuke había heredado del hombre que más despreciaba: Yakichi Sugimoto.

En sus consejos no había prejuicio ni interés. Por ello, cuando alguien que debía haberlos seguido y no lo hizo se hundía en un mar de dificultades, declaraban que las había incubado en su seno, con sus prejuicios. Creían poder censurar a todo el mundo y, en consecuencia, caían en la trampa de tener que excusar también a todo el mundo. En su opinión, nada en este mundo era realmente importante.

Estaban convencidos de poder cambiar sus vidas sin el menor esfuerzo y sin más complicación que un mero gesto de su mano, pero era demasiado problemático hacerlo en aquel momento. La diferencia entre ellos y Etsuko estribaba en que su amor fácil se consumía en su propia inutilidad.

Mientras Kensuke y Chieko caminaban bajo un cielo amenazante, muy entrada ya la noche, de vuelta a casa tras el festival, crecía en ellos una gran excitación por los detalles del embarazo de Miyo que sus propias conjeturas avanzaban. Miyo pasaría la noche en el hospital y regresaría a casa a la mañana siguiente.

—No hay duda de quién es el padre. Es Saburo —dijo Kensuke.

—Por supuesto —respondió Chieko.

Un extraño sentimiento de desolación se apoderó de Kensuke por el hecho de que su mujer no hubiera sospechado de él en absoluto. En este aspecto, no podía negar la pizca de envidia que sentía hacia Ryosuke, el galán difunto.

—¿Y si fuera yo?

—¡No vuelvas a decirlo! No soporto los chistes indecentes.

Chieko se llevó las manos a las orejas como haría un niño, apretó los labios con fuerza y hundió la cara en el pecho. Seria y formal como era, detestaba el humor vulgar.

—Es Saburo. No puede ser otro.

Kensuke pensaba lo mismo. Yakichi, a pesar de todo, había perdido sus capacidades normales. Bastaba con mirar a Etsuko para cerciorarse de ello.

—Me pregunto en qué acabará todo esto. No parece que a Etsuko le haya sentado muy bien. —Observaron las espaldas de Yakichi y Etsuko caminando juntos cinco o seis pasos delante de ellos y bajaron la voz. Etsuko encorvaba los hombros como si estuviera de mal humor. Estaba en las garras de una emoción muy fuerte; eso parecía evidente—: Por su actitud diría que todavía está enamorada de Saburo.

—Debe de ser un mal trago para Etsuko. ¿Por qué será que siempre tiene tan mala suerte?

—A veces las calabazas vienen en serie, como los abortos. Supongo que su sistema nervioso debe haber creado el hábito, y cuando se enamora tiene que acabar, por fuerza, en fracaso.

—Pero Etsuko es inteligente y creo que tarde o temprano pondrá sus sentimientos bajo control.

—¿Qué te parece si hablamos con ella, de tú a tú, con el corazón en la mano?

La gente que sólo usa prendas confeccionadas en serie puede llegar a dudar de la existencia de los sastres, y esta pareja, obsesionada como estaba por las tragedias de

este tipo, no alcanzaba a ver que había personas con tragedias hechas a medida. Ahora más que nunca, Etsuko estaba escrita en un alfabeto que ellos no sabían leer.

La lluvia empezó a caer durante la mañana del once de octubre. El agua y el viento les obligó a cerrar los postigos, pensados para casos de tormenta. Para acabar de arreglarlo, no había electricidad durante el día. Las habitaciones inferiores, oscuras como una bodega, devolvían el eco depresivo de los llantos de Natsuo y la pertinaz voz de niñera de su hermana.

Nobuko no había ido a la escuela. Estaba enfadada porque no la habían llevado al festival.

Todas estas circunstancias llevaron a Yakichi y Etsuko a efectuar una insólita visita a las habitaciones de Kensuke. El segundo piso no estaba equipado con postigos, pues las ventanas disponían de buenos cristales que no dejaban entrar el agua de la lluvia. No obstante, en un lugar de la habitación se había formado una gotera y se habían visto obligados a colocar un cubo forrado de tela.

Esta visita era un acontecimiento de los que hacen época. Yakichi, que prefería mantenerse relativamente aislado, había delimitado un área reservada dentro de su propia casa, y nunca había visitado las habitaciones de Kensuke ni las de Asako. Por eso, cuando Kensuke vio entrar a su padre, no ahorró esfuerzos para demostrarle lo muy honrado que se consideraba e iba de un lado a otro ayudando a Chieko a preparar el té. Yakichi quedó debidamente impresionado.

—No, no os preocupéis. Sólo hemos venido a buscar refugio.

—Por favor, no faltaría más.

A medida que hablaban, Yakichi y Etsuko parecían adoptar la pose de niños jugando a ser personas mayores y representaban el papel del jefe y su señora visitando la casa de un subordinado.

—No sabría decirte en qué estaría pensando Etsuko, sentada ahí, un poco escondida detrás de nuestro padre —dijo Chieko después de la visita.

La lluvia lo rodeaba todo con una pared de espesor inimaginable. El viento había amainado un poco, pero el aguacero seguía ruidoso como antes. Etsuko se giró para observar el agua de la lluvia deslizándose como tinta china por el tronco oscuro del níspero. Se sentía aprisionada por el ruido monótono, opresivo, de una música que sonaba sin compasión...

El ruido de la lluvia se parece al sonido de las voces de miles de monjes recitando sutras. Yakichi habla, Kensuke habla, Chieko habla, ¡qué palabras tan vanas!, ¡qué pasatiempo más inútil!, ¡qué futilidad! Esta conversación constituye la actividad más ociosa y falta de sentido que pueda imaginarse.

Ninguna palabra puede competir con esta lluvia sin compasión. Lo único que puede enfrentarse al sonido de esta lluvia, que puede hacer añicos este muro de sonido, es el grito de un hombre que se niegue a humillarse en esta charlatanería, el

grito de un espíritu sencillo que no conozca palabras.

Etsuko recordó el torbellino de cuerpos semidesnudos corriendo ante ella a la luz de los haces flameantes y el ruido de sus gritos, como el rugido de los leones jóvenes.

¡Sólo estos gritos! ¡Esto es lo único necesario!

Etsuko volvió repentinamente a la realidad. La voz de Yakichi se había elevado de tono. Ahora le pedía su opinión.

—¿Qué debemos hacer con Miyo? Si su compañero en este asunto es Saburo, a él le toca decidir. Tendremos que atenernos a lo que él considere correcto. Si insiste en esquivar su responsabilidad, no dejaremos que este canalla irresponsable siga en casa. Lo despediremos y nos quedaremos sólo con Miyo. Luego se lo arreglaremos para que aborte, y asunto concluido.

»Si, por el contrario, Saburo confiesa de plano su culpa, puede casarse con Miyo. En este caso serán marido y mujer y las cosas estarán en orden.

»Éstas son las dos alternativas que tenemos. ¿Qué piensas al respecto? Mis ideas son bastante radicales, pues trato de adaptarme al espíritu de la nueva Constitución.

Etsuko no respondió. Dejó escapar un débil, casi inaudible «bueno...» y fijó sus exquisitos ojos negros en un lugar indeterminado del cielo. El ruido de la lluvia justificaba en cierto modo su silencio. Kensuke la miró e imaginó que veía en ella un rasgo de locura.

—No pareces muy capaz de determinar lo que debemos hacer, ¿no es así, Etsuko? —dijo Kensuke esperanzadamente.

Yakichi, sin embargo, no titubeaba. No tenía la intención de mostrarse paciente. Proponía estas alternativas en presencia de Kensuke y de su esposa porque tenía la imperiosa necesidad de probar a Etsuko. Su pregunta estaba pensada para obligarla o bien a defender a Saburo recomendando el matrimonio, o bien, a fin de disipar las sospechas que pudieran tener los otros, a denigrarle —por muy contraria a su voluntad que fuese tal actitud— y unirse al plan para deshacerse de Saburo. Si los viejos amigos de Yakichi le hubieran visto proponiendo medidas tan suaves como éstas, seguro que no darían crédito a sus palabras.

Los celos de Yakichi se estaban degradando hasta extremos indecibles. Si en la plenitud de su vida hubiese visto a su esposa cautivada por otro hombre, seguramente le habría sacado tan extrañas ideas de la cabeza con un solemne bofetón de la palma de su mano. Por suerte, su difunta esposa nunca padeció de este mal. Era una mujer dedicada por entero a la tarea, tan encantadora como irrelevante, de educar a su marido en los modales de la alta sociedad. Ahora Yakichi era viejo. Su proceso de envejecimiento iba de dentro afuera —un proceso parecido al que atacaría a un águila disecada cuyo interior hubiera sido invadido por las termitas. Con la furtiva aproximación de Etsuko hacia Saburo desarrollándose ante sus ojos, Yakichi no había sido capaz de dar ningún paso decisivo.

Etsuko vio los celos brillando en los ojos de este viejo, en su debilidad y degradación, y pensó en la fuerza de sus propios celos, en ese caño inagotable que

manaba de su interior, en su «capacidad de sufrimiento», de la que era consciente en todo momento, y estuvo tentada de soltar una baladronada para quien quisiera oírla.

Etsuko respondió a lo que se le preguntaba, alegremente y ciñéndose a la cuestión:

—Intentaré hablar con Saburo y pedirle que me diga la verdad. Creo que éste es el mejor camino. Mejor que si usted habla directamente con él, padre.

Un peligro común unía a Etsuko y Yakichi. No era una alianza en razón del beneficio mutuo como se establece entre las naciones del mundo. Era una alianza basada en los celos.

A partir de este momento, los cuatro charlaron amigablemente hasta mediodía. Cuando regresaron a sus habitaciones, Yakichi envió a Etsuko con un cesto lleno de hermosas castañas de Shiba para Kensuke y su mujer.

Mientras preparaba la comida, Etsuko se quemó ligeramente un dedo y rompió un plato pequeño.

Cuando la comida era blanda, Yakichi se deshacía en alabanzas. Cuando estaba dura, la encontraba sosa. Valoraba los platos que preparaba Etsuko no por su sabor, sino por lo blandos que eran.

En los días de lluvia, cuando la galería estaba cerrada, Etsuko guisaba en la cocina. El arroz que había hervido Miyo el día anterior lo habían guardado en la olla para que conservase el gusto, en lugar de pasarlo a una fuente. Ese arroz era la única evidencia de que Miyo había estado allí. Las ascuas de carbón no daban señales de vida. Etsuko fue a pedirle carbones encendidos a Chieko para preparar el fuego. Mientras los traspasaba a un recipiente de barro, se quemó el dedo corazón.

Le hizo bastante daño. ¿Y si gritaba? En ningún caso habría sido Saburo quien, al oírla, viniese corriendo. Habría sido Yakichi quien probablemente acudiese con sus piernas marrones arrugadas y feas asomando por la abertura del batín. «¿Qué ha pasado?», diría. Pero en ningún caso habría venido Saburo.

Sintió ganas de reír —una risa loca y estridente. Pero también en este caso habría venido Yakichi, frunciendo las cejas. Y no se pondría a reír con ella; únicamente se esforzaría en averiguar la razón de su risa. Ya se le había pasado la edad para unirse alegremente y reír sin reservas con una mujer. No obstante, él era su único eco, su única reverberación. Y ella era una mujer a la que nadie llamaría vieja.

Un charco de agua de lluvia cubría una parte de las veinte yardas cuadradas que aproximadamente tenía el suelo, sin pavimentar, de la cocina, y reflejaba la luz grisácea que se introducía perezosamente por el cristal de la puerta. Etsuko estaba ahí, quieta, con sus pies descalzos sobre los *geta* húmedos y pegajosos, mirando encandilada hacia la puerta mientras mantenía el dedo quemado pegado a la punta de la lengua. Su cabeza estaba invadida por el ruido de la lluvia.

Con toda seguridad, eso que llamamos la vida de cada día es algo ridículo. Sus

manos empezaron a moverse como si estuvieran sueltas. Puso la olla al fuego. Echó agua. Echó azúcar. Luego peló patatas dulces en rodajas y las echó dentro. El menú para la comida de hoy consistiría en patatas dulces confitadas, carne de buey picada que había comprado en Okamachi, con champiñones de *hatsutaké* salteados, y ñame rallado: todo esto cocinado con sus energías muy dispersas. Estuvo todo el rato yendo de un lado a otro, encandilada, soñando como una criada.

Pero el dolor aún no ha comenzado. ¿Por qué? Todavía no estoy sufriendo. El dolor debería convertir mi corazón en un pedazo de hielo, hacer que mis manos temblasen, agarrotar mis piernas. ¿Quién soy yo, aquí, preparando la comida? ¿Por qué lo hago?

Juicio frío, juicio exacto, juicio templado por el sentimiento —todo esto aún puedo usarlo y continuaré utilizándolo en el futuro. ¡Mas el embarazo de Miyo debería haberme sumido en la más completa miseria! Algo debe de faltar. Algo mucho más horroroso deberáadirse a lo que ya hay.

Debo seguir adelante con el plan que he trazado tan cuidadosamente. Será doloroso ver a Saburo; ciertamente, no será divertido. ¡Pero casado! ¿Conmigo? (Debo de estar fuera de mis casillas). ¡Con Miyo! ¡Con esa criada de campo, con ese tomate podrido, con esa estúpida que huele a orina!

Entonces mi sufrimiento será completo. Será una cosa perfecta, acabada. Entonces quizás encuentre un cierto alivio. Será un descanso corto y falso. Deberé mantenerlo, perseverar. Deberé creer en esa quimera...

Etsuko oyó el gorjeo de un paro americano en el alfíizar de la ventana. Apretó su frente contra el cristal y observó cómo el pajarito se ponía en orden las plumas mojadas de sus alas. Un tejido blanco muy delgado que parecía un párpado se movía rápidamente sobre el diminuto ojo del animal, de color negro muy vivo. En su garganta había un pequeño bullo oculto entre las plumas; de ahí procedía el gorjeo malhumorado.

Vio algo muy brillante entre los árboles. El aguacero había quedado reducido a una suave llovizna. El centro de la arboleda de castaños que había en una esquina del jardín cobraba un brillo especial, como un nicho de oro que se abre en un templo oscuro.

A primeras horas de la tarde dejó de llover.

Etsuko salió al jardín con Yakichi para arreglar los rosales que habían perdido los soportes durante la tormenta. Varias rosas flotaban boca abajo en el agua encharcada de la lluvia, mezclada con barro y hierbas. Algunos pétalos mutilados se mecían a su alrededor.

Etsuko rescató una flor y la ató con un trozo de cordel a uno de los soportes enderezados. Sus dedos sentían el peso de los pétalos de los que tan orgulloso se sentía Yakichi. Cuando tocaba una flor, observaba cuidadosamente los maravillosos pétalos rojos que evocaban una gran sensación de frescor.

A Yakichi, sin embargo, este trabajo le ponía de mal humor: sin semblante definido, mudo en sus botas de goma y con sus pantalones militares muy ceñidos a las piernas, se inclinaba para recoger las rosas. Este trabajo, incomunicativo, sin expresión, era la obra laboriosa de un hombre cuya sangre todavía hablaba de su linaje campesino. Incluso Etsuko sentía atracción por el Yakichi de estos momentos.

Saburo se acercó por el camino de grava, frente a los ojos de Etsuko, y les dijo:

—Perdonen. No sabía que hubiesen salido. Voy a cambiarme y ya lo acabaré yo.

—Ya hemos acabado. No te preocupes —dijo Yakichi sin mirarle.

Saburo, con la cara bronceada, medio oculta bajo un gran sombrero de paja, sonrió a Etsuko. Las alas del viejo sombrero estaban dobladas hacia abajo, formando un ángulo. El sol del oeste le dibujaba una franja brillante a la altura de la frente. La blancura inmaculada de sus dientes —una blancura fresca como si los hubiese lavado la lluvia— en su boca sonriente hizo que Etsuko se quedase mirándolo mientras se levantaba.

—Llegas en el momento oportuno. Quiero hablar contigo. Vamos a dar una vuelta por estos caminos.

Etsuko nunca se había dirigido a Saburo en términos tan amistosos estando Yakichi delante. Sus palabras sugerían una asociación libre y fácil, que no contaba para nada con Yakichi. Cualquiera que oyera estas frases solas, las interpretaría como una invitación bastante osada. Etsuko había cerrado los ojos a la cruel obligación que le esperaba y había pronunciado estas palabras medio ebria por el placer que le producían. De ahí que quedasen envueltas en una dulzura imprevista, desvergonzada.

Saburo miró dubitativo a Yakichi. Pero Etsuko ya le había cogido por el codo y le empujaba hacia delante por el camino que conducía a la entrada de la casa de los Sugimoto.

—Pero bueno; ¿vais a hablar paseando por ahí? —les dijo Yakichi con una voz algo confusa.

—Sí —respondió Etsuko. Sus rápidas reacciones, impulsivas, casi inconscientes, habían privado a Yakichi de la oportunidad de estar presente en su confrontación con Saburo.

Las primeras palabras que dirigió a Saburo fueron bastante triviales:

—¿Adónde ibas cuando nos encontraste?

—Iba a echar una postal.

—¿Una postal? Déjamela ver.

Saburo le mostró educadamente la postal que guardaba en la mano. Era la

respuesta a una carta que le había enviado un amigo de su pueblo. Estaba escrita con unas letras bastante infantiles y explicaba en cuatro o cinco líneas la historia más reciente de Saburo: «Ayer celebramos el festival. Fui con los de la Liga de los Jóvenes y armamos mucho ruido. Hoy estoy agotado, pero lo pasamos muy bien y nos divertimos mucho».

Etsuko encogió los hombros mientras reía.

—No está mal —dijo devolviéndole la postal a Saburo. Éste pareció quedarse un poco descontento por el comentario.

El camino de grava que discurría entre los árboles de *kaede* estaba iluminado a trechos por el sol, y a cada paso caían gotas de agua de las hojas de los árboles, algunos de los cuales ya las tenían rojas. El viento agitaba las ramas. Cuando Etsuko y Saburo llegaron a la escalera, el cielo, que hasta entonces había quedado oculto por las ramas, se abrió de repente. Entonces se fijaron en ese cielo aborregado que lo envolvía todo.

Esta alegría, más allá de las palabras, esta riqueza silenciosa, creaba en Etsuko un cierto sentimiento de culpabilidad. Era un breve período de paz que se le concedía para que luego su miseria fuese más completa. Empezó a asombrarse de la alegría que estaba sintiendo. ¿Pensaba continuar eternamente esta absurda conversación sin entrar nunca en el tema desagradable?

Cruzaron el puente. El torrente estaba crecido, y el agua turbia que descendía arrastraba todo tipo de plantas de las que crecían en sus orillas. La corriente las hacía aparecer y desaparecer constantemente. Atravesaron la zona ocupada por las cañas de bambú y fueron a salir a un camino desde el que se divisaba una vista muy nítida de los campos de arroz lavados por la lluvia. Saburo se detuvo y se quitó el sombrero.

—Bueno, adiós.

—¿Vas a echar la postal?

—Sí.

—Tengo que hablar contigo. ¿No te importaría echarla después?

—No, señora.

En los ojos de Saburo aparecieron señales de ansiedad. ¿Cómo podía Etsuko, que siempre se había mantenido correctamente distante, hablarle ahora aquí en un tono tan íntimo? Ésta era la primera vez que sentía sus palabras, y a la propia Etsuko, tan cerca. Se llevó la mano a la espalda. Se sentía incómodo.

—¿Te pasa algo en la espalda? —le preguntó Etsuko.

—Sí, tengo un pequeño rasguño del festival de ayer.

—¿Te duele? —preguntó ella, juntando las cejas.

—No. Ya está casi curado —dijo con voz alegre.

Su carne es indestructible, pensó Etsuko.

El barro y las hierbas empapadas de agua les ensuciaban los pies. Poco después, el camino se hizo estrecho; no podían seguir andando uno al lado del otro. Etsuko pasó delante, recogiéndose ligeramente las faldas. De repente la asaltó la idea de que

Saburo quizá no la seguía. Estaba tentada a llamarle por su nombre o volverse para mirarlo, pero le pareció impropio hacerlo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una bicicleta? —le preguntó, volviéndose hacia él.

—No. —Su cara perpleja la seguía a pocos pasos.

—Oh, me ha parecido oír un timbre —dijo ella, mirando al suelo. Le gustaba ver aquellos pies descalzos, grandes y robustos, andar tras sus pies también descalzos, manchados con el mismo barro.

Como de costumbre, no había coches en la carretera. La desierta superficie de asfalto se había secado rápidamente. Sólo unos cuantos charcos reflejaban el cielo aborregado. La carretera, una línea que parecía dibujada con tiza sobre los campos, desaparecía entre el horizonte y el cielo azul claro del atardecer.

—¿Sabes que Miyo está embarazada? —le preguntó Etsuko, que volvía a caminar a su lado.

—Sí, ya lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Miyo.

—Claro...

Etsuko sintió que el corazón se le aceleraba. Veía que acabaría oyendo la dolorosa verdad de boca del propio Saburo. En la raíz de su resolución anidaba una compleja esperanza que le hacía pensar que Saburo quizá le dijera algo que desmintiera todas sus sospechas. Por ejemplo, que el amante de Miyo era un joven de Maidemmura, o una persona importante sobre la que Saburo ya había advertido a Miyo sin que ella hiciera caso de sus consejos o, incluso, que tenía relaciones con un hombre casado del consejo local...

Estas posibilidades y estas imposibilidades se barajaban en la cabeza de Etsuko, cada una con su amenaza, sucediéndose una tras otra como única verdadera, y, como consecuencia, la pregunta fatal se posponía una y otra vez. Algo que parecía una miríada de alegres partículas ocultas en el aire refrescado por la lluvia, algo que parecía una miríada de elementos moviéndose rápidamente, danzando en una nueva combinación...; todas estas diáfanas insinuaciones le avivaban el olfato y le iluminaban las mejillas mientras paseaban en silencio por la carretera intransitada.

—Bueno, y el hijo de Miyo —dijo Etsuko inesperadamente. El hijo de Miyo... ¿de quién es?

Saburo no respondió. Etsuko esperó. Seguía sin responder. Cuando el silencio se prolonga más allá de un cierto tiempo, cobra un nuevo significado. Etsuko no podía esperar a que transcurriese todo este tiempo. No lo resistiría. Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Parecía que fuese ella la que estaba emplazada por la pregunta. Miró de reojo a Saburo, su perfil tozudamente cabizbajo, la cabeza oculta en el sombrero de paja.

—¿Es tuyo?

—Supongo.

—Supones que sí. ¿O quizá supones que no?

—No. —Saburo enrojeció. Forzó una sonrisa, muy fugaz. Es mío.

Había sido demasiado rápido. Etsuko se mordió los labios de consternación. Se había refugiado en la falsa esperanza de que Saburo entendiera que por mera cortesía hacia ella debía negarlo, incluso decir una mentira, la más torpe. Ahora, esta esperanza se había desvanecido. Si ella hubiera ocupado alguna parte de su corazón, por pequeña que fuera, él no habría hecho la afirmación que acababa de hacer. Estaba convencida de que esta verdad, a la que ya habían llegado Yakichi y Kensuke y que ella misma había considerado evidente —la verdad de que Saburo era el padre del niño—, al final, por miedo o por vergüenza, Saburo la negaría.

—Bien —dijo Etsuko como si estuviera cansada. No había fuerza en sus palabras. Entonces ¿amas a Miyo?

Ésa era una palabra que no significaba nada para Saburo. Caía fuera de sus conocimientos, pertenecía al vocabulario de lujo; era algo así como un vocablo hecho por encargo. La pregunta le parecía superflua, gratuita, forzada. En el contexto de la relación, necesaria aunque en absoluto duradera, que le unía a Miyo —como la relación de dos brújulas que se atraen mutuamente cuando están dentro de un cierto radio, pero que no se influyen en absoluto cuando están fuera de él—, la palabra «amor» no tenía lugar.

Saburo esperaba que Yakichi les separase, lo cual no le causaba demasiado dolor. Incluso después de enterarse de que Miyo estaba embarazada, el joven jardinero no había logrado todavía hacerse a la idea de que era o iba a ser padre.

Las preguntas de Etsuko le suscitaron varios recuerdos. Un día, aproximadamente un mes después de la llegada de Etsuko a Maidemmura, Yakichi había enviado a Miyo a buscar una pala que guardaba en el cobertizo. La pala estaba aprisionada por otros aparejos, en el fondo del cobertizo, y Miyo no podía sacarla. Fue a buscar a Saburo para que le ayudase y él se la sacó.

Mientras apartaba los obstáculos para desenterrar la pala, ella se quedó junto a él, con la cabeza bajo su brazo, como animándole, mientras sujetaba una vieja mesa que les cerraba el paso. Saburo recibió el fuerte olor de la crema que utilizaba ella para cuidarse la cara, mezclado con los olores húmedos del cobertizo. Cuando la hubo desenterrado se la dio, pero Miyo no la tomó. Se quedó quieta, mirándole en silencio. Saburo se acercó y la abrazó.

¿Era esto amor?

Cuando todavía no habían acabado las lluvias de primavera y los cálidos impulsos de la última parte de la estación cautiva le recorrían el cuerpo, Saburo decidió saltar por la ventana de su habitación y zambullirse en la noche lluviosa. No lo pensó dos veces. Dio un rodeo hasta el otro lado de la casa y llamó sigilosamente a la ventana de Miyo. A través de los cristales podía ver la cara dormida de Miyo, blanca y clara.

Ella abrió los ojos y reconoció la cara de Saburo despuntando entre las sombras del otro lado de la ventana. Sus dientes blancos eran inconfundibles. ¡Con qué

extraña diligencia saltó de la cama aquella muchacha que durante el día se movía siempre con la más pasmosa lentitud! Su pijama tenía un escote muy pronunciado y estaba desabrochado en la parte superior; un pecho quedaba al descubierto. Era un pecho tenso y turgente como un arco, capaz de hacer creer a cualquiera que él mismo se había quitado el pijama de encima.

Miyo abrió la ventana con mucho cuidado para no hacer ruido. Saburo estaba frente a ella, señalando silenciosamente hacia sus pies manchados de barro. Miyo fue a buscar una bayeta, le ayudó a sentarse en el alféizar de la ventana y solícitamente le limpió los pies.

¿Era esto amor?

Estos recuerdos encadenados pasaron en rápida procesión por la cabeza de Saburo. La deseaba, de esto estaba seguro; pero no la amaba. Cada día, todo el día, sus pensamientos giraban en torno a la fecha para la celebración de la boda, en torno a la posibilidad de una nueva guerra y la oportunidad en este caso de realizar sus sueños de aventura enrolándose en la Marina, en torno a las profecías de Tenri y su cumplimiento, el día del fin del mundo y el maná que descendería del cielo sobre la mesa del templo de Tenri, en torno a los felices días en que iba a la escuela y sus aventuras de niño en las montañas o sobre lo que le darían para cenar. Si pensaba en Miyo no era en una proporción superior al uno por ciento.

La deseaba, pero incluso esta noción parecía venirse abajo cuanto más la pensaba. Era un deseo como las ganas de comer. Cualquier lucha interna para vencer sus deseos le traía sin cuidado a este joven rebosante de salud.

Saburo reflexionó un momento sobre esta incomprensible pregunta y luego, agitando la cabeza en señal de perplejidad, respondió:

—No.

Etsuko no podía creer lo que acababa de oír.

La cara se le iluminó radiante de alegría. Saburo no se dio cuenta; sus ojos estaban fijos en el tren de Hankyu, que corría, apenas visible, tras los árboles. Si hubiese visto la expresión del rostro de Etsuko, se habría quedado desconcertado por el dolor que su respuesta parecía causarle a ella. Seguramente la habría cambiado.

—Si no la amas... —Etsuko hablaba despacio, exprimiendo la alegría de cada una de las palabras. Lo has dicho... sinceramente... —Parecía querer inducir a Saburo a repetir aquel «no», sin arriesgarse a que dijera lo contrario. No importa si la amas o no la amas, mientras digas exactamente lo que sientes. No amas a Miyo, ¿verdad?

Saburo escuchó vagamente la repetición de aquellas palabras.

—Amarla... no la amo.

Qué absurda pérdida de tiempo —pensó. Está diciendo tonterías, hablando de algo estúpido, como si este asunto fuera a cambiar el mundo. Metió las manos en el fondo de los bolsillos y tocó los restos de unos trozos de pulpo seco que se había comido la otra noche durante el festival, mientras bebía sake.

«¿Qué pasaría si empezase a mascar un trozo de pulpo seco? No sé qué cara pondría Etsuko», se dijo para sus adentros.

La seriedad de Etsuko le hacía sentir ganas de reírse un poco de ella. Sacó un pedazo de pulpo seco del bolsillo, lo lanzó al aire con los dedos y hábilmente lo cazó con los dientes como haría un perro. Luego, con gran desenfado, dijo:

—Lo dicho. No la amo.

Se habría quedado tan tranquilo si esta entrometida de Etsuko hubiese ido a Miyo a decirle: «Saburo dice que no te ama». Esta pareja de amantes impulsivos no se habían tomado la molestia de discutir si se amaban o no se amaban.

Los sufrimientos prolongados hacen que la gente se vuelva estúpida; pero el que se ha quedado estúpido de tanto sufrir reconoce la alegría cuando la ve. Era éste el punto de vista desde el que Etsuko lo observaba, lo calculaba todo. No se daba cuenta de que era una conversa al código de justicia escrito por Yakichi. Saburo no amaba a Miyo, por consiguiente tenía que casarse con ella. Para acabarlo de arreglar, se escondía tras una máscara de hipócrita y se alegraba pinchando a Saburo con la vara moral que reza: «El hombre que engendra un hijo en una mujer a la que no ama, debe cargar con la responsabilidad de desposarla».

—Eres un bribón de mucho cuidado —dijo Etsuko. No la amas, pero la dejas embarazada; ahora debes casarte con ella.

Saburo volvió de pronto sus hermosos ojos hacia Etsuko y le devolvió la mirada. Su voz se había endurecido; esto le ayudó a repeler la mirada que le dirigía Saburo.

—No digas que no quieres casarte. La familia Sugimoto siempre ha sido comprensiva con los jóvenes de la casa, pero nunca ha tolerado la irresponsabilidad. Nuestro padre ha ordenado que vosotros dos os caséis, y eso es lo que vais a hacer.

Saburo estaba desconcertado; no se lo esperaba. Estaba convencido de que, en el peor de los casos, Yakichi habría insistido en que no tuvieran nada más que ver el uno con el otro. Si, por el contrario, lo que quería es que se casaran, pues enhorabuena. La única consideración que le quedaba por hacer era lo que pudiera decir su madre, una mujer muy dada a criticar y poner reparos.

—Será mejor que primero le pida la opinión a mi madre.

—¿Y cuál es tu opinión?

Etsuko continuaría insistiendo, no se quedaría tranquila hasta estar segura de haber convencido a Saburo para que se casara.

—Si el amo dice que debo casarme con Miyo, me casaré —respondió él. Después de todo, no era un problema tan acuciante.

—Me quitarás un peso de encima —dijo Etsuko alegremente. Ciertamente, esta solución simplificaba las cosas.

Etsuko estaba ofuscada por sus propias interpretaciones, intoxicada por la feliz perspectiva de Saburo casado con Miyo «contra su voluntad». ¿Era su intoxicación como la de la mujer que apacigua con vino la congoja de su corazón? ¿Bebía este vino no tanto para emborracharse como para olvidar, no tanto en pos de nuevas

visiones como de una ceguera total, para llegar, en definitiva, a juicios estúpidos? ¿No era esta sobrecedora borrachera parte de su plan inconsciente para evitar dañarse a sí misma?

A Etsuko la palabra «matrimonio» le resultaba espeluznante y ahora quería pasar la responsabilidad de la utilización de este término ominoso a manos de Yakichi. Formaba parte de la responsabilidad que le confería su gobierno arbitrario. Ella dependía a este respecto de Yakichi y miraba por encima de su hombro como un niño que en brazos de su padre contemplara un objeto terrorífico.

En el lugar en que el camino de la estación de Okamachi se desvía hacia la derecha para desembocar en la carretera, atisbaron dos grandes coches, muy bonitos, aproximándose por la superficie asfaltada. Uno era de color blanco perla; el otro, un Chevrolet nuevo, de color azul claro. Pasaron junto a ellos con un ronroneo de los motores, suave como el terciopelo. El primer vehículo lo ocupaba un grupo de hombres y mujeres que reían con gran animación. Al llegar a su altura, Etsuko pudo oír la música de jazz que emitía la radio del coche. El segundo automóvil lo conducía un chófer japonés. En la oscura depresión del asiento posterior viajaba una pareja de ojos penetrantes —cabello rubio oscurecido por la edad—, inmóviles como aves de rapiña.

Saburo entreabió la boca; los miró con ojos maravillados.

—Regresan a Osaka —dijo Etsuko. Mientras decía esto, sintió de repente el ruido del ajetreo de la ciudad flotando en el aire a su alrededor y golpeándole los oídos.

Para Etsuko, que sabía lo poco que podía encontrar quien fuese a ella, la ciudad no tenía ninguno de los atractivos que encierra para los que viven en el campo. Seguramente, las ciudades son como un edificio que ofrece incansablemente visiones de renovado misterio, pero para Etsuko esta estructura encumbrada no guardaba ningún encanto.

Etsuko ardía en el deseo de que Saburo la cogiera del brazo. Apoyada en este brazo recubierto de vello dorado, iría a cualquier parte. Siguiendo la carretera, no tardarían en llegar a Osaka, al centro de aquella congestión metropolitana. No tardarían en recibir el embate de oleadas humanas. Entonces ella despertaría súbitamente y miraría a su alrededor con asombro. A partir de aquel momento empezaría la verdadera vida de Etsuko.

¿La cogería del brazo?

A Saburo le aburría esta viuda mayor que él paseando en silencio a su lado. Ignoraba por completo su peinado, arreglado cuidadosamente una mañana tras otra, exclusivamente para él. Sólo la curiosidad le movía a contemplar a veces las misteriosas trenzas de su espléndido y aromático peinado. Nunca hubiera imaginado que dentro de esta mujer extrañamente distante, extrañamente arrogante, se albergase la increíble fantasía de muchacha adolescente de que él pudiera entrelazar su brazo en el de ella. Saburo se detuvo en seco y dio media vuelta.

—¿Ya es hora de regresar? —preguntó Etsuko.

Sus ojos le interrogaron, ojos muy abiertos, ligeramente teñidos de azul, como si reflejaran el color del cielo del atardecer.

—Es tarde, señora...

Estaban más lejos de lo que pensaban. El tejado de la casa de los Sugimoto reflejaba la puesta del sol como un espejo perdido entre las sombras del bosque.

Tardaron media hora en llegar a casa.

Entonces empezó la verdadera desgracia de Etsuko, una desgracia preparada cuidadosamente hasta en sus últimos detalles. Era el infortunio del hombre que ha trabajado toda su vida para realizar un empeño que por fin se ve coronado por el éxito y, tan pronto como lo ha conseguido, debe enfrentarse a la muerte, sufrir y dejar este mundo. Quienes observen un desenlace así pueden sentirse incapaces de decidir si este hombre ha luchado toda su vida para llevar a cabo su empeño o bien lo ha hecho para ganar el privilegio de sufrir y morir en la mejor habitación de un hospital privado.

Etsuko estaba dispuesta a esperar pacientemente, con alegría, todo el tiempo que fuese necesario para ver la infelicidad de Miyo, para ver cómo el moho de la miseria se cebaba en ella. Estaba dispuesta a esperar resueltamente, sin apartar los ojos un solo instante, para ver cómo este matrimonio sin amor se hundía en el mismo naufragio en el que se había hundido ella poco tiempo antes. No hubiese dudado en dar la vida a cambio de poder ver este final con sus propios ojos. Si era necesario, esperaría hasta que el pelo se le volviese blanco. Ya no insistía en ser la amante de Saburo. Ahora se conformaba con ver cómo Miyo perdía toda esperanza, se precipitaba en la agonía, se hundía en la perturbación, en el agotamiento, en un colapso.

No obstante, sus cálculos habían fallado. No cabía la menor duda.

Siguiendo el consejo de Etsuko, Yakichi anunció públicamente las relaciones de Miyo y Saburo. Ante las preguntas y las murmuraciones de los aldeanos, proclamó:

—Se van a casar.

Para mantener el orden de la casa, Yakichi les hizo permanecer en las habitaciones separadas como antes. Un día a la semana, sin embargo, se les permitía dormir en la misma habitación. Saburo estaba esperando el Festival de Otoño de Tenri, que debía celebrarse el veintiséis de octubre, para hablar con su madre y poder completar así los preparativos de la boda, con Yakichi como casamentero.

Yakichi llevaba estos asuntos con cierta pasión. Con una sonrisa de vejete simpático, no conocida hasta entonces en su cara, y con una actitud que reflejaba su voluntad de estar a la altura de las circunstancias, toleraba grandilocuentemente el noviazgo de Saburo y Miyo. No es necesario decir que en esta nueva actitud de Yakichi estaba presente, en todo momento, la idea de Etsuko.

¡Qué días aquellos! Etsuko revivió, con renovada fuerza, las noches de insomnio que siguieron a los atormentados días de finales de verano, cuando su marido no regresaba a casa. Entonces, durante el día, las horas pasaban lentamente, consumidas

en la duda de si debía o no telefonear a su marido, y cada nuevo paso que daba en dirección a la cabina de teléfonos le provocaba mayor angustia. Estuvo varios días sin poder ingerir alimentos; sólo bebía agua y pasaba el día tendida en la cama. Una mañana, al beber un trago de agua y sentir la frialdad del líquido derramándose en su cuerpo, pensó repentinamente en envenenarse. Al imaginarse la alegría de sentir los cristales blancos del veneno disolviéndose en el agua y penetrando silenciosamente en su organismo, Etsuko sufrió un arrebato y vertió muchas lágrimas sin que le causasen ningún dolor.

Volvía a sentir ahora los síntomas de aquellos días: los escalofríos inexplicables, los paroxismos que le ponían piel de gallina incluso en las palmas de las manos. Estaba segura de que éste era el frío que debía de sentirse en la cárcel. Los prisioneros debían de estremecerse como ella.

Ahora la mera visión de Saburo le producía dolor, igual como en otro tiempo la había torturado la ausencia de Ryosuke. Cuando la primavera pasada Saburo se fue a Tenri, ella lo había sentido más cerca que cuando lo tenía en casa. Pero ahora tenía las manos atadas. No le quedaba más remedio que sentarse y ver cómo él y Miyo daban rienda suelta a las demostraciones de su amor sin que ella pudiera mover un dedo. Era un castigo cruel, inhumano, pero era un castigo que se había impuesto ella misma.

Ahora se odiaba por no haberle aconsejado a Yakichi que despidiera a Saburo e hiciera abortar a Miyo. Su pesar era tan profundo que cortaba el suelo bajo sus pies. Se había impuesto esta terrible agonía por haber querido satisfacer su natural deseo de no verse separada de Saburo.

¿No había, sin embargo, un elemento de autodecepción en el remordimiento de Etsuko? ¿No se daba cuenta de que este dolor se volvería contra ella? ¿No era un dolor natural, un dolor que podía haber previsto, querido, de hecho, deseado? ¿Acaso la propia Etsuko no había deseado, muy poco tiempo antes, atraer sobre sí el dolor supremo?

El quince de octubre se abría el mercado de frutas en Okamachi. El cielo despejado del trece de octubre parecía hecho a propósito para poder enviar a Osaka los mejores productos de su cosecha. La familia Sugimoto, junto con la familia Okura, dedicó todos sus esfuerzos para recoger a tiempo las níspolas, que eran los mejores frutos del año.

Saburo se subía a los árboles y Miyo aguardaba abajo para suministrarle cestas vacías. Las ramas se balanceaban de un lado a otro y en su recorrido dejaban visible el cielo durante unos instantes. Miyo miraba los pies de Saburo mientras éste se movía entre las hojas.

—¡Ya está llena! —gritaba Saburo.

La cesta repleta de níspolas resplandecientes rozaba las ramas bajas y quedaba trabada en las manos alzadas de Miyo. Ella la acompañaba en su último trecho hasta posarla en el suelo. Miyo estaba bajo el árbol, con las piernas muy abiertas,

enfundadas en los pantalones de algodón, y repetía la operación de desatar la cuerda de la cesta llena y enviar hacia arriba otra vacía.

—Sube al árbol —le dijo Saburo.

—Voy —respondió ella, y trepó con una agilidad sorprendente hasta donde él estaba.

Etsuko oyó voces en lo alto del árbol. Llevaba un pañuelo en la cabeza y las mangas recogidas con un cordel a la altura del antebrazo. Traía un montón de cestas vacías, metidas unas dentro de otras. Vio a Saburo defendiéndose de los ataques de Miyo. Intentaba hacerle soltar las manos de la rama a la que estaba asida; ella gritaba e intentaba agarrarle el tobillo de la pierna que colgaba frente a ella. Las ramas del árbol les impedían ver a Etsuko.

Ahora Miyo le mordió los dedos a Saburo. Él se puso a reír, a la vez que le dirigía unas cuantas palabrotas.

Miyo subió a una rama más alta que la de él y desde allí intentó golpearlo en la cara. Él la agarró por la rodilla y la sujetó. Hasta ese momento las ramas se habían agitado ostensiblemente, fruto de los bruscos movimientos de Saburo y Miyo. Ahora, en cambio, las ramas repletas de hojas y todavía cargadas de níspolas parecían movidas sólo por una suave brisa. El árbol entero se movía acompasadamente.

Etsuko cerró los ojos y se marchó. Algo frío como el hielo le recorrió la espalda.

Maggie ladraba.

Kensuke estaba sentado sobre una estera junto a la puerta de la cocina, seleccionando las níspolas en compañía de la señora Okura y de Asako. Siempre se las arreglaba para apuntarse al trabajo más descansado.

—Etsuko, ¿dónde están las níspolas? —le preguntó. Ella no respondió.

—¿Qué te pasa? Estás blanca como la cera —le dijo.

Etsuko no respondió. Atravesó la cocina y salió por la otra puerta, dirigiéndose, inconscientemente, hacia la sombra de los árboles de pasania. Allí arrojó las cestas al suelo, cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos.

Aquella noche, durante la cena, Yakichi dejó a un lado el cuchillo y el tenedor y dijo alegremente:

—Saburo y Miyo son como un par de cachorros. Miyo estaba armando un gran alboroto porque le corría una hormiga por la espalda. Yo estaba allí, pero pensé que debía ser Saburo quien se la quitase. Él se le acercó con cara de circunstancias, como un mono que no conoce ninguna treta.

»Pero el caso es que por mucho que la palpó y tocó aquí y allá no pudo encontrar la hormiga. Yo no sabría decirte si es que, para empezar, existía tal hormiga. Y Miyo de repente empezó a sentir cosquillas y se puso a reír, a reír y a retorcerse como si se fuera a morir. ¿Has oído alguna vez de alguien que haya abortado por reír demasiado? Según Kensuke, el hijo de una mujer que ríe mucho, después de nacer, crece más

deprisa gracias a los masajes que ha recibido en el vientre de su madre.

Este relato, junto con lo que había visto ella por la mañana, la hicieron sentirse como si todo su cuerpo, absolutamente todo, estuviese clavado de agujas. Sentía el cuello como si lo tuviese apoyado sobre una piqueta de hielo. El dolor espiritual estaba tomando posesión de su cuerpo, lentamente, inundándolo como un río desbordado inunda los campos de arroz. Su espíritu parecía cansado del papel que le tocaba representar; parecía enviar al exterior señales de socorro.

¿Te encuentras bien? Tu barco está a punto de hundirse. ¿Todavía no has pedido socorro? Has abusado del barco de tu espíritu y te has privado a ti misma de puerto. Ahora, pues, ha llegado el momento de continuar a nado, de atravesar el mar nadando con tus propias y solas fuerzas. Todo lo que tienes delante es la muerte. ¿Es eso lo que quieres?

Sólo el dolor puede servirnos de aviso. El organismo de Etsuko estaba a punto de perder su soporte espiritual. Su desespero era como una jaqueca cuando llega al punto en que la cabeza parece que va a estallar, como una gran bola de cristal que subía desde el fondo de su cuerpo hasta taponarle la garganta.

Nunca pediré ayuda, pensaba.

A pesar de todo, Etsuko necesitaba una lógica disparatada que pudiera ayudarle a construir un refugio en el que lograra sentirse feliz.

Debo pasar este trago, ocurra lo que ocurra... Debo reafirmarme... con los ojos cerrados, no importa... Tengo que aprender a saborear este dolor... El que busca oro no puede esperar extraer sólo oro. Debe excavar ciegamente la arena del lecho del río. No tiene el privilegio ni cosa que lo valga de conocer de antemano si tendrá éxito en su busca. Quizá no haya oro en aquel lugar, pero tal vez sí. Lo único que sabemos con toda seguridad es que la persona que no busca oro nunca se hace rica.

Sus pensamientos continuaron: *Un camino que lleva seguro a la felicidad consiste en beber el agua que los ríos vierten en el océano. Esto es lo que he estado haciendo. Y supongo que es lo que continuaré haciendo. Mi estómago puede resistirlo.*

La infinidad del dolor nos lleva a la creencia en la indestructibilidad del cuerpo por el dolor. ¿Y es esto, después de todo, una tontería?

La víspera del día en que se abría el mercado, Okura y Saburo transportaron un cargamento al lugar donde debía celebrarse. Cuando se marcharon, Yakichi barrió los restos de guita, de papel, de paja, las hojas y las cestas de bambú rotas y encendió un fuego con todo ello. Dejó a Etsuko vigilándolo mientras él acababa de barrer el suelo.

Aquella tarde se había formado una niebla muy espesa. Era difícil distinguir hasta

qué punto la falta de luz se debía a la niebla o a la oscuridad que se aproximaba. La noche parecía llegar antes de hora. La puesta de sol, triste y borrosa, producía un resplandor extrañamente atenuado; una débil luz crepuscular iluminaba la superficie gris, como de papel secante, de la niebla.

Sin saber exactamente por qué, Yakichi no se sentía tranquilo dejando a Etsuko allí sola, ni siquiera por un momento. Tal vez se debiera a la borrosa imagen que ofrecía en la niebla a pocos metros de distancia. En medio de la bruma, el color del fuego era realmente maravilloso. Etsuko estaba de pie, quieta, mirando el fuego, y de vez en cuando rastrillaba la zona próxima a él y recogía las briznas de paja esparcidas alrededor. Las llamas parecían brincar hacia sus manos como incitándolas.

Yakichi dio una vuelta en torno a Etsuko, sin que obedeciera a ninguna necesidad, y dejó los restos que había recogido con la escoba junto a ella. Dio otra vuelta. Cuando pasaba junto a Etsuko le miraba furtivamente la cara. Ella interrumpió el movimiento mecánico con que accionaba el rastrillo y, aunque era imposible que sintiese frío, puso su mano al alcance de una llama particularmente alta y viva producida por las cestas rotas que ardían ruidosamente.

—¡Etsuko! —gritó Yakichi, soltando la escoba y corriendo a apartarla del fuego. Se había quemado la palma de la mano.

Esta quemadura no tenía ni punto de comparación con la que había sufrido en el dedo corazón pocos días antes. Su mano derecha quedaba, de momento, inservible. La suave piel de la palma se había convertido en una gran ampolla. El dolor de la quemadura no le dejó descansar en toda la noche, a pesar de la pomada que le habían untado por toda la mano, cubierta ahora por un abultado vendaje.

Yakichi recordaba con terror la actitud de Etsuko esperando este instante. ¿De dónde sacaba el valor que le permitía mirar al fuego sin miedo, el valor que le hizo poner la mano al alcance de las llamas, esa serenidad firme y plástica que mantuvo en todo momento? Era una *sang-froid* poco menos que arrogante. Esta mujer que se encontraba atrapada por confusas mareas sentimentales había logrado librarse de ellas por un momento.

Si la hubiera dejado sola, quizá no se habría quemado. La voz de Yakichi la había hecho salir de este estado de equilibrio que sólo es posible en el sopor del espíritu, y entonces fue cuando por primera vez se quemó la mano.

Yakichi se asustaba con sólo ver el vendaje que cubría la mano de Etsuko. Daba la impresión de que se sentía culpable de la quemadura, como si él mismo se la hubiera infligido. Aquella herida no era ninguna tontería tratándose de una mujer a la que nadie podía llamar descuidada, de una mujer cuya habitual serenidad era suficiente para hacer que los demás se sintiesen incómodos. Cuando, pocos días antes, Yakichi le había preguntado a qué obedecía la pequeña venda que llevaba en el dedo, le respondió que se lo había quemado, sin dar mayor importancia al asunto. Era seguro

que no se lo había quemado adrede. Ahora había sustituido aquel insignificante vendaje, sin apenas con tiempo de quitárselo, por el que le cubría toda la mano.

En cierta ocasión, cuando Yakichi era joven, les había dicho a sus amigos que la salud de una mujer se compone de muchas enfermedades. Estaba orgulloso de esta sentencia, a la que había llegado por sus propios medios. Uno de sus amigos, por poner un ejemplo, se había casado con una mujer que padecía unos misteriosos dolores estomacales. Poco después de casarse le desaparecieron los dolores. No obstante, a medida que su matrimonio se enfriaba, empezó a padecer jaquecas con mucha frecuencia. Esta situación le resultaba muy fastidiosa a su marido y le impulsó a buscar consuelo en otras mujeres. Cuando su esposa se dio cuenta, no volvió a padecer jaqueca. Pero entonces empezó a quejarse nuevamente de aquellos dolores prematrimoniales que sentía en el estómago y un año después moría de cáncer de estómago. Es muy difícil saber lo que hay de mentira y de verdad en la enfermedad de una mujer. Cuando piensas que es mentira, de repente tiene un niño o se muere.

«Los accidentes de una mujer son harina de otro costal —pensaba Yakichi. Mi amigo Karajima era muy aficionado a las mujeres. Cuando después de casado volvió a sus andanzas, su mujer empezó, accidentalmente, a romper platos; uno cada día. Era pura casualidad, pues su mujer no parecía estar enterada de su infidelidad. Incluso se asombraba ingenuamente de los desatinos que de forma inconsciente y cotidiana cometían sus dedos».

Uno de aquellos días el propio Yakichi hizo algo bastante fuera de lo corriente. Mientras barría el jardín se clavó una espina en el dedo. En lugar de sacársela, la dejó clavada y el dedo se infectó ligeramente, luego se le formó pus, la espina salió sola y la herida se le curó totalmente. Yakichi no era amigo de las medicinas y nunca las utilizaba.

Durante aquel día vio muy de cerca el dolor de Etsuko. De noche sentía su inquietud, que le impedía conciliar el sueño, y la acariciaba con mayor insistencia y, por ello, más importunadamente si cabe. Yakichi sentía, naturalmente, celos de Saburo, y Etsuko estaba celosa de Miyo. También estaba celoso porque no se sentía correspondido por el amor de Etsuko. No obstante, su corazón albergaba, junto a los celos, una pizca de gratitud por el estímulo que los mismos celos daban a su capacidad amorosa.

Por eso exageraba las historias sobre Miyo y Saburo, con el propósito de torturar a Etsuko, y en esos momentos llegaba a sentir una cierta afinidad, quizás incluso afecto, por ellos. No obstante, no practicaba este deporte con mucha asiduidad por miedo a perderla. Etsuko se había convertido en algo sin lo cual no podía vivir, algo imprescindible, como un pecado o un mal hábito.

Etsuko era un hermoso eccema. Y Yakichi, a su edad, no podía vivir sin un eccema.

Mas cuando Yakichi se volvía un poco más considerado y moderaba sus relatos sobre Saburo y Miyo, Etsuko respondía mostrando una extraña inquietud. Le asaltaban las dudas de si se habría producido algún nuevo acontecimiento del que Yakichi no quisiera darle cuenta. ¿Cabía esperar algún nuevo acontecimiento, todavía peor?

Esta pregunta sólo era imaginable en boca de alguien que no hubiese sentido nunca celos. Los celos, como es sabido, no se alimentan sólo de los hechos; en este sentido, sus pasiones son muy parecidas a las del idealismo.

La familia Sugimoto solía bañarse una vez por semana y Yakichi era el primero en hacerlo. Generalmente, Etsuko se bañaba con él, pero hoy sentía que se le avecinaba un resfriado y Yakichi se bañó solo.

Todas las mujeres de la casa estaban en aquel momento en la cocina. Etsuko, Chieko, Asako, Miyo e incluso Nobuko estaban lavando sus respectivos platos, al mismo tiempo. Etsuko llevaba un pañuelo de seda de color blanco atado al cuello como precaución ante el resfriado.

Asako mencionó a su marido, en Siberia:

—No he recibido ninguna carta desde agosto. Ya sé que es pésimo en este aspecto, pero pienso que podría escribir como mínimo una carta a la semana. El amor de un hombre y el de su esposa no pueden naturalmente expresarse sólo en palabras, pero la gran falta de los hombres japoneses es su pereza para expresar mediante palabras y frases los asuntos del corazón.

A Chieko le hizo gracia pensar cómo reaccionaría Yusuke, amadrigado quizá bajo la tundra con temperaturas muy por debajo de cero, si oyera estas palabras.

—Sí, pero si escribiera una vez a la semana no le dejarían enviar tantas cartas. No hay nada que nos asegure que no escribe con esta frecuencia.

—Entonces me gustaría saber adonde van a parar todas estas cartas.

—Seguramente se las deben dar a las viudas rusas.

Inmediatamente después de decirlo, Chieko cayó en la cuenta de que sus palabras podían haber ofendido a Etsuko, pero la respuesta de Asako, que evidenciaba que no había entendido la ocurrencia, salvó el día:

—Quizá sea así, pero estoy segura de que no saben leer japonés.

Chieko abandonó la conversación y fue a ayudar a Etsuko a lavar sus platos.

—Deja que los lave yo; se te mojará el vendaje.

—Gracias.

En realidad, Etsuko no deseaba que la dispensaran del trabajo mecánico de lavar vasos y platos. Últimamente, la había invadido un deseo casi sensual de convertirse en máquina. Esperaba con ansiedad el día en que pudiese utilizar de nuevo su mano y entonces confeccionaría a marchas forzadas kimonos de otoño para Yakichi y para ella. La tela para hacerlos ya estaba lavada y cortada. La aguja de coser volaría entre sus dedos con una velocidad sobrehumana.

La cocina tenía por toda iluminación una bombilla de veinte vatios que colgaba

desnuda entre las vigas ahumadas del techo. En aquel fregadero, sobre el que se proyectaban las sombras de sus cuerpos, tenían que lavar las mujeres la vajilla. Etsuko se apoyó en el marco de la ventana y observó detenidamente a Miyo mientras lavaba las ollas. Bajo el cinturón descolorido de percal burdo se apreciaba una ligera prominencia formada por la carne de sus caderas.

Parece que esté a punto de poner un huevo. Robusta como es no siente los mareos matinales. En verano lleva vestidos sueltos, de una sola pieza y sin mangas, pero nunca se le ha ocurrido pensar que para eso debería afeitarse las axilas. Cuando suda mucho agarra una toalla y, haya o no gente alrededor, se las seca.

Sus caderas eran como frutas maduras. Estas curvas como muelles también las había tenido Etsuko en su tiempo. Aquella dilatabilidad hacía pensar en un gran jarro de flores rebosante de agua.

Saburo, por su parte, trabajaba con renovado vigor. Plantaba las semillas con mayor cuidado que nunca y las cultivaba con gran solicitud. Los pezones de Miyo se adherían a su pecho bañado de sudor igual como los pétalos de las trigidias se cierran sobre sí mismos bañados por el rocío de la mañana, dando la sensación de que nunca van a abrirse.

Etsuko se dio cuenta, de pronto, de que Yakichi hablaba en voz alta desde el baño, junto a la cocina. Saburo estaba fuera echando leña al fuego de la caldera del agua. Yakichi hablaba con él.

El modo exuberante en que Yakichi chapoteaba en la bañera traía a la mente la imagen de su cuerpo de viejo cadáverico; la de los pequeños charcos de agua que se formaban en sus clavículas. Desde donde estaba oía su voz cascada que rebotaba en el techo del baño:

—¡Saburo! ¡Saburo!

—Sí, señor.

—Ve con cuidado con el fuego. A partir de hoy Miyo y tú os bañaréis juntos y no estéis mucho rato en el agua. Si os bañáis por separado, se tarda demasiado y se gastan, como mínimo, uno o dos leños más de los necesarios.

Cuando Yakichi se hubo bañado, entraron Kensuke y Chieko. Luego lo hicieron Asako y sus hijos. Cuando éstos salieron, Yakichi se extrañó al oír que Etsuko pensaba darse un baño rápido.

Etsuko se metió en la bañera y buscó el tapón con los pies. Sólo quedaban por bañarse Saburo y Miyo. Se sumergió hasta que el agua le llegó a la barbilla, estiró el brazo y sacó el tapón.

La razón de su comportamiento no era muy profunda: *Saburo y Miyo no se bañarían juntos si tengo alguna posibilidad de impedirlo*. Por esa insignificante razón se había expuesto a las posibles consecuencias de un baño, estando como estaba en los umbrales de un resfriado.

Yakichi se había permitido el lujo de instalar un cuarto de baño de cuatro esteras de dimensión, con una bañera cuadrada y el suelo recubierto de madera de hinoki. La

bañera era ancha y de poca profundidad y por su desagüe salía ahora el agua caliente, ocasionando un ruido parecido al que produciría un reloj de arena en el que ésta se hubiese sustituido por conchas pequeñas. En la cara de Etsuko se formó una sonrisa de satisfacción infantil que la sorprendió a ella misma cuando miró el agua oscura, ligeramente sucia.

¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Dónde está la emoción de esta barrabasada? Incluso las travesuras de los niños se apoyan en razones serias: llamar la atención del mundo de los adultos. Las travesuras son el último recurso que tienen los niños. Pero las mujeres repudiadas sienten el mismo rechazo que sufren los niños. Ocupan el mismo mundo, un mundo rechazado, en el que se vuelven crueles a su pesar.

Sobre la superficie del agua giraban lentamente pelos pequeños, diminutos residuos grasiertos de jabón y astillas de madera. Etsuko apoyó el brazo en el borde de la bañera y apretó la mejilla contra la curva que formaba su hombro desnudo. Al instante apareció agua en el brazo y en el hombro. Caliente por el baño, su piel despedía, bajo la tenue luz de la bombilla, un brillo apagado.

Las mejillas de Etsuko sintieron súbitamente la futilidad de los dos brazos elásticos y brillantes presionados contra ellas, sintieron la humillación, la esterilidad que compartían. ¡Es inútil! ¡Inútil! ¡Inútil!, se dijo a sí misma. La juventud, la superfluidad de aquellas carnes cálidas —un animal ciego, estúpido— la irritaban.

Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza y sujetado por un peine. De tanto en tanto, del techo caían gotas de agua sobre su pelo y sobre la parte posterior del cuello, pero, a pesar de que estaban frías, no hizo nada por evitarlas. Las gotas que caían sobre el vendaje de la mano, que mantenía fuera de la bañera, eran rápidamente absorbidas y desaparecían.

El agua fluía lentamente, nunca tan lentamente, por el desagüe. El nivel del agua caliente descendía perezosamente, de los hombros a los pechos, de los pechos al estómago, como una delicada caricia que no tardaba en esfumarse dejando su piel tensa, su cuerpo envuelto en el frío. Tenía la sensación de que la espalda se le estaba helando. El agua giraba con mayor velocidad cuando se deslizaba caderas abajo arremolinándose junto al desagüe.

Esto es la muerte. Es la muerte.

Etsuko estuvo a punto de lanzar un grito de socorro cuando volvió en sí. Estaba desnuda, arrodillada en la bañera vacía. Asustada, se levantó.

De vuelta a la habitación de Yakichi, Etsuko se encontró a Miyo en el pasillo. Con una entonación alegre, pero algo burlesca, le dijo:

—¡Oh, qué despiste! Vosotros dos no os habéis bañado todavía y yo he tirado el agua. Lo siento.

Estas palabras las dijo tan rápidamente que Miyo no entendió nada y se quedó quieta mirando los labios morados y temblorosos de Etsuko.

Aquella noche le empezó la fiebre a Etsuko y tuvo que guardar cama varios días. Al tercero su temperatura volvió a ser casi normal. Era el veinticuatro de octubre.

Su convalecencia estuvo presidida por una gran fatiga, y hoy, cuando despertó de la siesta del mediodía, se dio cuenta de que ya hacía varias horas que había anochecido. A su lado en la cama estaba Yakichi, que por su forma de respirar parecía dormido.

En el reloj de pared sonaron las once, con unas campanadas suaves pero desasosegadas; Maggie ladraba: era la inacabable repetición de aquellas noches pasadas y dadas por perdidas. Etsuko sintió un miedo irresistible y despertó a Yakichi. Éste levantó un hombro de la cama cubierto por su kimono a cuadros, así torpemente la mano que le tendía Etsuko y emitió un suspiro azorado.

—Dame la mano; no la sueltes —dijo Etsuko, mirando un nudo que relucía de forma extraña en la madera del techo. No miró a Yakichi. Él no miró a Etsuko.

Yakichi carraspeó, arrancó una flema del fondo de su garganta y quedó en silencio. Buscó un pañuelo bajo la almohada para escupir.

Al poco rato Etsuko dijo:

—Esta noche Miyo duerme en la habitación de Saburo, ¿no es verdad?

—Pues...

—No trates de ocultármelo. Lo sé. No necesito verles para saber en qué andan.

—Mañana por la noche Saburo se irá a Tenri. El festival se celebra pasado mañana. Después de todo, si se va, ¿qué le puedes decir?

—Sí, ¿qué le puedes decir? —Etsuko soltó la mano, se tapó la cabeza con el cubrecama y estalló en sollozos.

Yakichi estaba perplejo por la extraña situación en que le había colocado Etsuko. «¿Por qué no estoy enfadado? —pensó. ¿Qué significa esto? ¿Que he perdido la capacidad de enfadarme? ¿Cómo es posible que la infelicidad de esta mujer me haga sentir como un conspirador?». Empezó a hablarle a Etsuko en un tono de voz fuerte, pero tierno, deliberadamente soñoliento. (Antes de que pudiera embauclarla con esta historia para la hora de acostarse que había tramado, tuvo que embaucharse a sí mismo; sin resolución, sin esperanza, sus pensamientos resultaban tan resbaladizos como una medusa).

—El aburrimiento de la vida del campo te está atacando los nervios, abrumándote con cosas que no tienen importancia. Pronto se cumplirá un año de la muerte de Ryosuke. Te prometí que iríamos a Tokio, a visitar el cementerio. ¿Quieres que vayamos? Le he dicho al señor Kamisaka que venda algunas de las acciones que tengo de la Compañía Ferroviaria Kinki, y si queremos disfrutar del viaje podemos incluso ir en segunda. Pero si ahorraremos dinero en el viaje, todo eso que tendremos después para divertirnos en Tokio. Podremos ir al teatro, al que hace mucho tiempo que ninguno de los dos hemos ido. En Tokio nunca nos faltarán posibilidades de divertirnos.

»Pero mis planes van mucho más allá. Me gustaría irme de Maidemmura y trasladarme a Tokio. Incluso pienso volver a la vida activa. Dos o tres viejos amigos que tengo en Tokio lo han hecho. No son gente desagradecida como Miyahara; son

personas en las que se puede confiar. Cuando vayamos a Tokio hablaré con ellos.

»Esto es lo que me gustaría hacer. No es fácil, pero lo haré por ti. He tomado esta decisión por tu bien. Cuando tú eres feliz yo también lo soy. Antes me sentía muy a gusto aquí, pero desde que viniste me encuentro inestable, como un adolescente.

—¿Cuándo nos iremos?

—¿Qué te parece si tomamos el expreso especial del día treinta? Es el tren que llaman Especial de la Paz. El jefe de estación de Osaka es amigo mío y dentro de los próximos dos o tres días puedo ir a buscar los billetes.

Éstas no eran, sin embargo, las palabras que Etsuko deseaba oír de labios de Yakichi. Tumbada en la cama y dispuesta a suplicar la ayuda de Yakichi, Etsuko tenía algo diferente en la mente, tan diferente que podía incluso helarle el corazón. Ahora se arrepentía de haber extendido su mano temblorosa. Incluso después de sacarse el vendaje, la mano le dolía como si llevara en ella carbones encendidos.

—Antes de que vayamos a Tokio deseo que hagas algo por mí. Mientras Saburo está en Tenri, por favor, despide a Miyo.

—Pero ¡qué ocurrencia!

Yakichi no estaba tan sorprendido como pudiera parecer. Después de todo, ¿a quién le sorprendería que un enfermo pidiera dondiegos de día en pleno invierno?

—¿Qué conseguirás echando a Miyo?

—Nada, pero estoy convencida de que ella es la que me está causando tanto daño. En ninguna casa mantendrían a una criada que hace enfermar al amo, ¿no es así? Si las cosas continúan como están, Miyo me matará, estoy segura. Si no la despides, tú serás indirectamente responsable de mi muerte. ¿Cuál de las dos debe marcharse, ella o yo? Si quieres que me vaya yo, mañana mismo me voy a Osaka y busco un trabajo.

—Calla, calla. Pero si la despido sin que haya ningún motivo, ¿qué pensará la gente?

—De acuerdo; entonces me voy yo. No quiero estar aquí más tiempo.

—Pues vayámonos a Tokio, como te acabo de sugerir.

—¿Y tú vendrás conmigo?

Sus palabras no tenían un tono o una inflexión especial pero, no obstante, hicieron que Yakichi se imaginara, como si lo estuviera viendo, a qué otras palabras podrían servir éstas de prólogo. Como intuyendo la inminencia de las palabras que ella aún no había pronunciado, este viejo enfundado en un kimono a cuadros que hacía las veces de pijama se arrimó a un extremo del lecho, con el brazo extendido hasta la mitad del sitio que ocupaba Etsuko.

Encerrada en la seguridad del cubrecama, Etsuko no se movió. Pero sus ojos, armados de una mirada resuelta, salieron al encuentro de la mirada de Yakichi. Aquellos ojos no decían nada, ninguna expresión de odio, ni de disgusto —tampoco de amor—, pero hicieron retroceder a Yakichi.

—No. No —dijo ella con una voz muy débil, impasible. Mientras no le digas a Miyo que se vaya te diré «no».

¿De dónde sacaba fuerzas Etsuko para este rechazo? Antes de ponerse enferma solía recibir la aproximación del cuerpo desgastado y desmañado de Yakichi simplemente cerrando los ojos. Todo sucedía a su alrededor —sus ojos cerrados con fuerza— en la periferia de su cuerpo. Incluso lo que tenía lugar sobre su cuerpo era para ella un acontecimiento del mundo exterior. ¿Dónde empezaba este mundo exterior? El mundo interior de esta mujer, capaz de actividades extremadamente delicadas, desarrollaba la energía capturada, comprimida, potencial, de un explosivo.

Por eso le divertía la perplejidad que mostraba Yakichi.

—¿Así que te comportas como una muchacha esquiva? Muy bien. Haz lo que quieras. Mientras Saburo esté fuera, despide a Miyo si esto es lo que deseas. Pero...

—¿Pero Saburo?

—No creo que Saburo lo consienta.

—Saburo se marchará —dijo Etsuko. Se irá con Miyo, sin duda. Están enamorados. De hecho, hacer que se vaya Miyo es la mejor manera de librarnos de Saburo sin tener que despedirle. Lo mejor para mí sería que Saburo se fuera, pero no quiero ser yo quien se lo diga.

—Por fin coincidimos en algo —exclamó Yakichi.

En aquel momento, el silbato del último tren que salía de la estación de Okamachi hizo añicos el silencio de la noche.

En opinión de Kensuke, tanto la quemadura como la enfermedad de Etsuko eran trucos como los que se utilizan para librarse del servicio militar.

—Creo que sé lo que me digo —dijo riendo.

Sin poder contar con la ayuda de Etsuko y con Miyo, embarazada de cuatro meses, incapacitada para efectuar trabajos duros, las faenas del campo, como el desbroce, la recogida de la cosecha del arroz que cultivaban en el medio acre de terreno de la familia, la extracción de patatas y la recolección de las frutas, recaían sobre sus espaldas. Iba de un lado para otro como de costumbre, murmurando sin cesar su descontento, trabajando y esquivando el trabajo a partes iguales. Incluso este pedazo de tierra del tamaño de un pañuelo, que no había sido registrado como arrozal antes de la reforma agraria, tenía ahora asignada una cuota de producción.

Saburo, pendiente de su asistencia anual al Festival de Tenri, trabajaba con asiduidad. La recolección de la fruta estaba prácticamente acabada. En los intervalos entre la recolección de una y otra fruta trabajaba incansablemente desbrozando los campos, recogiendo patatas y realizando las labores de otoño. Las horas de trabajo pasadas bajo los claros cielos de otoño le habían bronceado la piel más de lo que ya la tenía, convirtiéndole en un joven robusto cuya madurez resultaba traicionada por sus años.

Su cabeza, cubierta por una cabellera muy corta, tenía la solidez de la de un toro joven. Hacía pocos días que había recibido un mensaje de amor de una muchacha del pueblo a la que apenas conocía y se lo leyó a Miyo entre risas y bromas.

Recibió también otro mensaje de otra muchacha, pero no se lo dijo a Miyo. No

porque tuviera algo que ocultarle ni tampoco porque quisiera mantenerlo en secreto para concertar una cita con ella más adelante. Simplemente dejó la cosa en el olvido, de acuerdo con su preferencia por el silencio.

Esto era, no obstante, una nueva experiencia para él. Si Etsuko llegara ni siquiera a sospechar que Saburo era consciente del amor que despertaba, ella lo habría considerado como una ocurrencia momentánea. Saburo era vagamente consciente de la impresión que producía en el mundo que le rodeaba. Hasta entonces, este mundo exterior no había sido para él un espejo, sino tan sólo un espacio en el que podía moverse con gran libertad.

Esta nueva experiencia se había combinado con el color que le confería a su piel el sol de otoño, generando en su actitud una arrogancia juvenil y delicada que nunca había mostrado anteriormente. Miyo, con la sensibilidad aguzada por el amor, lo veía y lo interpretaba como una actitud marital dirigida a ella exclusivamente.

El día quince de octubre por la mañana, Saburo estaba preparado para marchar, vestido con una vieja americana que le había dado Yakichi, pantalones de color caqui, los calcetines que le había regalado Etsuko y las alpargatas, es decir, sus mejores ropas. Su equipaje consistía en una tosca bolsa de lona que llevaba colgando del hombro.

—Habla con tu madre sobre lo de la boda. Y luego regresa con ella para que conozca a Miyo. Ella puede quedarse dos o tres días en casa —le dijo Etsuko.

Ni siquiera ella sabía por qué volvía a insistir en un asunto que ya estaba hablado y decidido. ¿Era, acaso, que consideraba necesarias estas complicaciones para colocarse a sí misma en una situación imposible? ¿Era, quizás, porque deseaba impedir sus propios planes, obligándose a pensar en la terrible eventualidad de que la madre de Saburo viniese a conocer a la novia y no la encontrase en casa?

En cualquier caso, esto fue lo que le dijo a Saburo rápidamente cuando lo encontró en el pasillo de camino a la habitación de Yakichi para despedirse.

—De acuerdo. Muchas gracias —respondió Saburo.

Sus ojos brillaban reflejando el nerviosismo de quien está a punto de emprender un viaje. Sus palabras de agradecimiento eran algo exageradas. Miró a Etsuko directamente a la cara: era la primera vez que lo hacía.

Etsuko deseaba darle la mano, sentir el apretón de la palma callosa de Saburo. Hizo el ademán de adelantar su mano derecha, en la que todavía quedaban señales muy visibles de la quemadura, pero pensó que la superficie quemada de la palma de su mano le dejaría un recuerdo desagradable y la retiró. Saburo estuvo un momento sin saber qué hacer, esbozó una alegre sonrisa de despedida y se alejó con paso ligero.

—Pero ¿qué haces con esta bolsa tan pequeña? Pensarán que vas a la escuela — exclamó Etsuko detrás de él.

Miyo fue la única que le acompañó hasta el otro lado del puente. Era su derecho hacerlo. Etsuko observó todos los detalles de este derecho mientras los veía partir.

En el lugar donde acababa el sendero de grava y empezaba la escalera que descendía por la colina, Saburo se paró, se volvió y saludó a Yakichi y a Etsuko, que estaban en el jardín. Etsuko retuvo en su memoria el brillo de sus dientes descubiertos por la sonrisa, hasta mucho después de que su silueta se perdiere entre las ramas de la arboleda de *kaede*.

Era la hora en que Miyo arreglaba las habitaciones. A los cinco minutos reapareció subiendo fatigosamente los peldaños de piedra salpicados por el sol que se filtraba a través de las copas de los árboles.

Etsuko, por decirle algo, comentó:

—Se ha ido Saburo, ¿verdad?

Miyo, por responderle algo, contestó:

—Sí, se ha ido.

En su cara no había señales de alegría ni de tristeza.

Etsuko había contemplado la marcha de Saburo con el corazón suave y reflexivamente turbulento. Tenía la conciencia agitada por un reproche agudo mezclado con sentimientos de culpabilidad. Acarició la idea al desechar el proyecto de despedir a Miyo y olvidarse de todo lo que había pasado.

No obstante, la cara de Miyo cuando regresaba, reflejando la seguridad que rodeaba los preparativos para su vida cotidiana con Saburo, le sentó como una provocación. Etsuko sintió deslizarse suavemente hasta el mismo centro de su convicción inicial, que este proyecto no debía dejarse de lado por ningún motivo.

Capítulo 5

—¡Viene Saburo! Ha tomado el atajo que pasa por los arrozales junto a las casas baratas. Desde arriba se le puede ver. Pero viene solo; no veo a su madre —dijo Chieko mientras entraba corriendo en la cocina para informar a Etsuko. Era el día veintiséis a media tarde, el día siguiente al festival de Tenri.

Etsuko estaba asando una caballa en el hornillo de arcilla. Retiró rápidamente la parrilla sobre la que estaba el pescado, la dejó en un mostrador próximo y colocó la tetera de acero sobre las brasas. La limpia serenidad de sus movimientos anunciaba la intensidad de sus emociones. Se puso en pie indicándole a Chieko que la acompañase al piso superior.

Las dos mujeres subieron muy deprisa la escalera que conducía al segundo piso.

—Este Saburo provoca realmente una gran expectación en esta casa —dijo Kensuke desde la posición horizontal que había adoptado para leer una novela de Anatole France. Poco después se le contagió el estado de ánimo de las mujeres y también subió junto a la ventana donde estaban ellas.

El sol estaba medio oculto por el bosque que había al oeste del grupo de viviendas. El cielo resplandecía como un hogar.

La figura que avanzaba por los campos a través de los rastrojos, con el paso firme y la dirección segura, era, sin duda, la de Saburo. ¿Había algo extraño en esto? Éste era el día; el momento que él había esperado desde hacía tiempo.

Su sombra se proyectaba ante él; era una sombra alargada y oblicua. Sujetaba con una mano la bolsa que le colgaba del hombro, igual que haría un colegial, para que no se balanceara. No llevaba sombrero. Su porte comunicaba una impresión de reposo que no conocía el miedo ni la aprensión, ni tampoco la fatiga. El sendero que había tomado desembocaba en la carretera. Se desvió a la derecha y siguió por el camino elevado que cruzaba los arrozales. De vez en cuando tenía que desviarse para dejar a un lado los bastidores en los que se secaba el arroz.

No era de alegría ni de miedo, pero el corazón de Etsuko latía muy deprisa. No sabía a ciencia cierta si estaba a la espera de la calamidad o de la felicidad, pero tenía,

en cambio, la certidumbre de que lo que esperaba ya había llegado. La agitación que se apoderó de su pecho le impidió decir lo que sabía que debía decir. Sin saber, consiguió articular estas palabras dirigiéndose a Chieko:

—¿Qué debo hacer? No sé qué hacer.

Cuál no habría sido la sorpresa de Chieko y de Kensuke si le hubiesen oído decir estas palabras tan sólo un mes antes. Etsuko había cambiado. Aquella mujer había perdido la fuerza de otro tiempo. Ahora esperaba la última sonrisa amable que le dirigiría Saburo antes de enterarse de lo que no tardaría en saber, y la primera denuncia terrible que le dirigiría cuando ya lo supiera todo. Le asaltaba la memoria de las últimas noches, invadidas una y otra vez por estas dos anticipaciones.

Lo que pudiera pasar a partir de este momento lo daba ya por sentado. Saburo la denigraría; luego se iría en pos de Miyo. Mañana, a estas horas, ya no volvería a verle nunca más. Estaba segura, además, de que la última vez que podría verle para consuelo de su corazón sería desde donde ahora estaba, a distancia, tras la ventana del segundo piso.

—¡No seas tonta! ¡Mantente firme! —dijo Chieko—. Si has tenido valor para despedir a Miyo, creo que no hay nada que no puedas hacer. Lo has demostrado de sobra. Te admiramos por eso.

Colocó un brazo alrededor de los hombros de Etsuko como si estuviera animando a una hermana pequeña.

Para Etsuko, el hecho de despedir a Miyo había sido el primer intento de aliviar su sufrimiento; era también una concesión, una rendición ante este sufrimiento. Kensuke y Chieko lo consideraban, por el contrario, el primer acto de su contraataque.

Echar de casa a una mujer en el cuarto mes de embarazo, con una maleta de mimbre a la espalda, no era, le parecía a Chieko, una cosa cualquiera. Los sollozos de Miyo, la determinación inquebrantable de Etsuko, la fría resolución que le había hecho acompañar a Miyo hasta la estación y meterla en el tren —el melodrama, en definitiva, que habían presenciado el día anterior— habían conmovido profundamente a Kensuke y a Chieko. Nunca llegaron a imaginar que estos hechos pudieran ocurrir en Maidemmura. Miyo, con la maleta de mimbre sujetada a la espalda por una cuerda trenzada, había bajado la escalera, seguida a pocos pasos de distancia por Etsuko con aspecto de alguacil.

Yakichi se había encerrado en su habitación y ni siquiera miró a Miyo cuando entró a despedirse. «Apreciamos tus prolongados servicios», fue todo lo que le dijo. Asako, muda de asombro por estos sucesos, deambulaba en silencio. Kensuke y Chieko se sentían, en cambio, orgullosos por el hecho de que no necesitaban que nadie les dijese una sola palabra para saber lo que estaba ocurriendo. Ambos se adulaban a sí mismos creyendo que eran capaces de caer en la inmoralidad porque eran capaces de comprenderla, así como comprendían el vicio. Esta actitud era parecida a la de los periodistas que asumen el papel de guardianes de la sociedad.

—Tú sola has sido capaz de llevar este asunto muy lejos; nosotros estamos dispuestos a ayudarte en lo que queda. No tengas dudas. Haremos cuanto esté en nuestras manos —dijo Kensuke.

—Haré lo que tú digas, Etsuko. Ahora no importa lo que nuestro padre piense —dijo Chieko.

Se disputaban entre sí la atención de Etsuko, uno a cada lado de ella, mientras los tres miraban por la ventana. Etsuko se levantó y se fue al espejo de Chieko mientras se recogía el pelo que le cubría las sienes.

—¿Puedo usar tu colonia?

—Por supuesto.

Etsuko cogió la botella verde, vertió unas cuantas gotas en la mano y, sin ocultar su nerviosismo, se pasó los dedos mojados de colonia por las sienes. El espejo estaba cubierto por un velo descolorido de seda de Yuzen. Etsuko no lo corrió porque le asustaba verse la cara. Poco después, no obstante, le empezó a preocupar el aspecto que su cara ofrecería a Saburo cuando, dentro de unos minutos, se encontrasen frente a frente. Retiró el velo del espejo. Le parecía que la pintura de los labios no estaba bien distribuida. Se los frotó con un pañuelo de puntilla, muy pequeño.

¡Con qué velocidad nos olvidamos de nuestros actos! Mientras subsisten las emociones en nuestra memoria, nuestras acciones pasan sin dejar rastro. La Etsuko que había escuchado impasible los sollozos de Miyo, informada de su despido sin ningún tipo de ceremonial ni consideración; la Etsuko que había obligado a aquella pobre muchacha embarazada a cargar con sus pertenencias a la espalda y que casi la había empujado para subirla al tren: le resultaba difícil creer que aquella Etsuko y esta Etsuko fueran la misma mujer. No sentía remordimientos; es más, no hizo nada por moderar la obstinación con que su espíritu en tensión se resistía a los remordimientos. Se halló sumida sin remedio en las diferentes agonías de su pasado, en el montón que habían formado sus emociones, inmóviles y en estado de putrefacción. ¿No es a eso a lo que llamamos culpa, a la emoción que una y otra vez enseña nuevas lecciones a los hombres en su letargo?

Kensuke y su mujer no dejaron que esta oportunidad de ofrecer su ayuda pasase inadvertida.

—Si Saburo acaba odiándote, todo se habrá echado a perder. ¡Si consiguiésemos que nuestro padre dijera que ha sido él quien ha despedido a Miyo...! Pero, por supuesto, él no es capaz de hacerlo —dijo Chieko.

—Aseguró que no pensaba decirle nada a Saburo, que no pensaba asumir ninguna responsabilidad en todo esto —aclaró Etsuko.

—No le culpo. En fin, deja este asunto en mis manos. No te causaré ningún daño. ¿Qué te parece si le digo que Miyo recibió un telegrama con la noticia de que su madre estaba enferma y ha tenido que irse a su pueblo a visitarla? —dijo Chieko.

Etsuko volvió a la realidad. Ni uno ni otro le servían como buenos consejeros; eran dos guías en los que no podía confiar, que la conducían a una región templada y

nebulosa en la que ella no quería entrar. Si les seguía, las resueltas acciones de los últimos días perderían todo su sentido.

Quizás el hecho de despedir a Miyo no fuese más que la confesión de su desesperado amor por Saburo. No obstante, ella prefería pensar que lo había hecho exclusivamente en su propio beneficio para poder seguir viviendo; un paso, pues, que no podía evitar y que, por consiguiente, estaba justificado hacerlo.

—Saburo tiene que comprender claramente que fui yo la que despidió a Miyo. Y yo misma se lo diré. Por favor, no me ayudéis. Lo haré yo sola.

Kensuke y Chieko sólo podían interpretar la fría resolución de Etsuko como una determinación ciega nacida de la desesperación y del aturdimiento.

—Por favor, piénsalo bien. Si haces esto lo echarás todo a perder.

—Chieko tiene razón; esto no dará buen resultado. Déjalo en nuestras manos. No te causaremos ningún daño.

Etsuko sonrió enigmáticamente y torció ligeramente la boca. Estaba llegando a la conclusión de que la única manera de quitar de en medio el obstáculo innecesario que esta pareja colocaba en el camino de sus acciones era desairarlos y dejarlos sin arte ni parte en el asunto. Introdujo sus manos por detrás del cinturón y se lo colocó correctamente. Luego, como una gran ave despreocupada que arregla sus plumas, se levantó. Cuando empezaba a bajar la escalera, les dijo:

—No es necesario que os molestéis en ayudarme. Sé espabilarme sola.

Kensuke y Chieko quedaron desconcertados por el desaire de Etsuko. Estaban enfadados, igual que lo estarían unos hombres que hubieran acudido voluntariamente a apagar un fuego y el responsable de los trabajos de extinción desestimase rotundamente su ayuda. Cuando se trata de apagar fuegos, es absolutamente necesario hacer buen uso del agua, y este matrimonio era del tipo de gente que siempre tiene a punto palanganas de agua templada para arrojar al fuego.

—Me gustaría ser capaz de poder despreciar de este modo las atenciones —dijo Chieko.

—Por cierto —dijo Kensuke—, ¿a qué puede deberse que no haya venido la madre de Saburo?

Habían estado tan ocupados con el miedo de Etsuko ante el hecho del regreso de Saburo, que no habían tenido tiempo de comentar esta complicación adicional.

A Kensuke le molestaban los descuidos.

—Olvídate de esto. No creo que volvamos a ofrecerle nueva ayuda. Nos ahorraremos algunas preocupaciones.

—Sí, nos limitaremos a observar.

Kensuke volvía, por fin, a ser el mismo. Sentía, no obstante, haber perdido el sentido de la satisfacción humana en el que solía basarse su afición por las miserias ajenas.

Etsuko estaba de nuevo junto al hornillo de carbón, colocado sobre la repisa que Yakichi había instalado en la galería donde cocían la carne y las verduras. Retiró la tetera del fuego y volvió a colocar la parrilla.

Ante la ausencia de Miyo, las mujeres habían decidido establecer un turno para cocer el arroz. Hoy, que era el primer día, le tocaba a Asako. Nobuko la ayudaba vigilando a Natsuo. Le cantaba canciones: la risa de ambos resonaba en toda la casa, sumida en la incierta luz del crepúsculo.

—¿Qué pasa? —dijo Yakichi, que venía de su habitación. Se inclinó sobre el brasero y con pulso inseguro dio la vuelta al pescado.

—Saburo ha regresado.

—¿Ya está en casa?

—No, todavía no.

Los últimos rastros del sol poniente acariciaban las hojas del seto de arbustos de té que había a poca distancia de la galería. Los capullos, pequeños y duros, que aún no habían florecido, sobresalían en una multitud de siluetas. Una o dos ramas que salían muy por encima del perfil descuidado del seto brillaban alegremente iluminadas por los rayos del sol.

El sonido del silbido de Saburo subió por la escalera de piedra.

Etsuko recordó la tensión de aquella noche en que Saburo había entrado en la habitación para dar las buenas noches y ella, que estaba jugando al go con Yakichi, no pudo ni mirarle. Bajó la vista y no la levantó hasta que él salió de la habitación.

—Bien, ya estoy aquí —dijo Saburo desde el otro lado del seto que ocultaba buena parte de su cuerpo.

Llevaba el botón del cuello de la camisa desabrochado; la piel oscura de su garganta al descubierto. La mirada de Etsuko topó con la sonrisa de satisfacción, juvenil e inocente, de Saburo. La idea de que ésta sería la última vez que veía su cara sonriente, libre de toda expresión de reproche, imprimió una dolorosa intensidad a la mirada de Etsuko.

Yakichi gruñó y se inclinó sin prestar atención a lo que hacía. Miraba a Etsuko, no a Saburo.

El aceite que cubría la piel de la caballa se encendió. Etsuko no se movió. Yakichi se apresuró a apagarlo.

«Pero ¿qué pasa? Todos en esta casa saben del amor de Etsuko más de lo que quisieran y este mequetrefe es el único que no está enterado», se dijo Yakichi para sus adentros.

Con considerable desconcierto, volvió a soplar para apagar las llamas que amenazaban con achicharrar el pescado.

Etsuko no era consciente de que se había engañado a sí misma. Había dicho y repetido ante Kensuke y Chieko que ella misma se encargaría de decírselo a Saburo, pero ahora se daba cuenta de que su decisión se apoyaba en un valor imaginario.

Después de haberse encontrado con esta cara abierta, inocente, sonriente, ¿cómo podía mantener aquella desgraciada decisión? Y además, ahora no había nadie a quien pudiera acudir en busca de ayuda.

En el valor que Etsuko había mostrado había, desde el primer momento, el temor de que resultase insuficiente. Pero ¿no incluía también la agradable esperanza de que las horas de gracia en las que Saburo no sabía todavía la verdad, en las que Etsuko podía vivir bajo el mismo techo que él sin que la odiara, podían prolongarse unos instantes más?

Luego Yakichi dijo:

—No lo entiendo. Su madre no ha venido con él.

—¿No? —dijo Etsuko, con un tono interrogativo, como si por primera vez cayera en la cuenta de su ausencia. Se sentía incómoda pero, a la vez, feliz. ¿Voy a preguntarle si vendrá más tarde?

—No, no —murmuró Yakichi. Si lo haces tendrás que mencionar a Miyo.

La ironía que utilizó para cortar la discusión tenía el resabio de la piel vieja y arrugada.

Durante los dos días siguientes Etsuko tuvo la sensación de estar en el centro de una extraordinaria calma. Estos días fueron como los síntomas falsos, inexplicables, de recuperación de alguien que padece una enfermedad sin remedio; indicios irónicos de una recuperación que tranquiliza a los parientes del enfermo y vuelve a dar vida, una vida ilusoria, a las esperanzas perdidas desde hacía tiempo.

¿Qué había sucedido? ¿Había recuperado la felicidad?

Etsuko salió a dar un largo paseo con Maggie. Luego fue a la estación de Okamachi con Yakichi, llevando a Maggie de la correa. Yakichi iba a la terminal de Umeda a efectuar unas gestiones relacionadas con los billetes para el Expreso Especial. Era el día veintinueve, a primeras horas de la tarde.

Tres días antes había ido a la misma estación, con la cara rígida, acompañando a Miyo. Ahora Yakichi estaba allí, apoyado en la valla con pintura nueva, charlando con ella. Llevaba un traje oscuro y un bastón de madera retorcida; incluso se había afeitado. Dejó pasar varios trenes que iban en dirección a Umeda.

Etsuko estaba muy animada, lo cual intranquilizaba a Yakichi. Se inclinó para reñir a Maggie, que no cesaba de olfatear y seguir rastros, por haberle hecho perder el equilibrio sobre sus *geta*. Con una sonrisa amable y los ojos muy vivos, miraba a la gente que esperaba en el andén o que circulaba frente a la librería y la carnicería próximas a la estación. En los anuncios de revistas infantiles que había en la librería brillaban unos banderines rojos y azules. Era un día nublado y soplaban un viento muy frío.

«Es posible que esté contenta porque ha sido capaz de hablar con Saburo —pensó Yakichi. Quizá por eso no viene a Osaka conmigo. De todas formas, si es así, no

entiendo por qué no se ha negado a emprender un viaje largo conmigo mañana mismo».

Yakichi estaba equivocado. La aparente felicidad de Etsuko era el resultado de muchas horas de reflexión que la habían situado frente a un vasto enigma que ahora analizaba tranquilamente con los brazos cruzados.

Ayer Saburo pasó el día trabajando en los campos como si nada hubiera pasado. Al aproximarse Etsuko él se quitó el sombrero, complacido de mostrarse bien educado. Esta mañana la había saludado del mismo modo.

Saburo no tenía nada que decir a sus amos, salvo cuando sus órdenes o sus preguntas lo exigían. Podía pasarse el día entero sin pronunciar una palabra y no sentía por eso ningún malestar. Si Miyo estuviera aquí, estaría más contento, con ganas de hacer bromas. Su expresivo talante juvenil no mostraba, sin embargo, ni siquiera cuando permanecía en silencio, ningún síntoma de introspección o de reserva. Cuando trabajaba parecía que cada pulgada de su piel rezumara la locuacidad de la vida, como si todo su cuerpo hablase, o mejor, cantara, a la naturaleza, al sol.

Era incluso posible creer que en el fondo de su espíritu sencillo y cándido albergaba la alegre seguridad de que Miyo seguía siendo un miembro de la casa y que, resuelto el pequeño asunto que la había mantenido temporalmente alejada, regresaría. Quizá hoy mismo. Tampoco se podía descartar que sintiera una cierta preocupación por la ausencia de Miyo, pero en ningún caso era imaginable que le preguntase a Yakichi o a Etsuko dónde estaba.

A Etsuko le gustaba pensar que el comportamiento de Saburo se debía exclusivamente a ella. En apoyo de esta idea, recordaba que ella todavía no le había dicho lo que había sucedido con Miyo. La determinación de Etsuko de informar a Saburo se estaba debilitando, y no era por razones que le afectasen exclusivamente a ella. Empezaba a considerar que debía hacer cuanto fuese posible para preservar esta efímera felicidad que suponía en Saburo.

Con todo, Etsuko era todavía incapaz de explicarse el motivo por el que no había venido su madre con él. Por desgracia, Saburo no era nada propenso a dar voluntariamente información sobre su viaje a Tenri y los sucesos que pudieran haber tenido lugar en el festival.

Una serie de esperanzas vanas y difíciles de expresar —borrosas e imaginarias, demasiado ridículas para darles cuerpo— brotaban junto a las raíces de las dudas de Etsuko. Cogida entre el sentimiento de culpa y estas esperanzas, Etsuko empezaba a comprender que no se atrevería a mirar a Saburo a la cara.

«Este Saburo... nada le preocupa. Da la impresión de que nada en el mundo le importa —pensaba Yakichi apoyado en la valla de la estación. Yo creía, y la misma Etsuko creía, que al despedir a Miyo él se marcharía también y se iría a buscarla. Ahora parece ser que nos equivocamos.

»Pero ¿qué más nos da? Cuando Etsuko y yo nos marchemos, se habrá acabado todo este asunto. Cuando llegue a Tokio, ¿quién sabe las buenas cosas que pueden

suceder?».

Etsuko ató la correa de Maggie a la valla y fue a mirar la vía. Los raíles resplandecían a la luz de aquel día envuelto en llamas. Aquellas deslumbrantes superficies de acero, salpicadas de incontables muescas producidas por el rozamiento, se le antojaban a Etsuko unidas en una camaradería inexpresiva pero tierna. Entre los guijarros oscurecidos que servían de asiento a los travesaños, se podía ver el centelleo de las finísimas limaduras de acero. Al poco rato, el silencio de los raíles se transformó en un suave tañido producido por una vibración lejana.

—Espero que no llueva —dijo Etsuko a bocajarro. Se acordaba del viaje a Osaka que hizo en septiembre.

—A juzgar por este cielo, no parece que vaya a llover —dijo Yakichi, inspeccionando las nubes.

El suelo arrancó un ligero temblor cuando el tren de Osaka hizo su entrada en la estación.

—¿Estás a punto? —le preguntó Etsuko.

—¿Por qué no vienes conmigo? —insistió Yakichi en un tono de voz que el ruido del tren justificaba en cierta medida.

—Mira cómo voy vestida. Además, tenemos el perro aquí —respondió Etsuko sin dar fuerza a sus palabras.

—Podemos dejar a Maggie en la librería. Somos clientes desde hace mucho tiempo y sé que les gustan los perros.

Etsuko, sumida en una actitud pensativa, desató la correa del animal. La idea de esquivar estas últimas horas que debía pasar en Maidemmura le producía una cierta atracción. Regresar ahora a casa y pasar el resto del día cerca de Saburo, tal como estaban las cosas, le pareció, de repente, que podía ser muy doloroso. Todavía le resultaba difícil que él estuviese allí, que no se hubiese marchado para siempre a las pocas horas de su regreso de Tenri. Además, su mera presencia le hacía sentirse incómoda. Verle en el campo, alzando impasiblemente la azada como si nada hubiese pasado, le producía miedo.

El largo paseo que había dado el día anterior ¿no obedecía al deseo de librarse de aquel miedo?

Desató la correa y dijo:

—De acuerdo. Voy.

Ahora estaba en Osaka, en el mismo lugar que su imaginación le había hecho considerar como posible meta de su paseo con Saburo por la carretera intransitada. Pero ahora iba al lado de Yakichi. ¡Qué extraños sucesos, qué imprevistas alteraciones, acontecen en la vida de los hombres! Hasta que no estuvieron sumergidos en la multitud que transitaba por las calles no se les ocurrió pensar que había un pasillo subterráneo que les llevaba directamente a la terminal de Osaka desde el andén situado bajo los almacenes Hankyu en el que se habían apeado.

Yakichi levantó su bastón formando un ángulo, y cogiendo a Etsuko del brazo, se

dispuso a cruzar la calle. La avalancha de gente les separó.

—¡Date prisa! ¡Date prisa! —gritó Yakichi finalmente desde la seguridad de la otra acera.

Bordearon una parte de la zona destinada a aparcamiento, bajo la constante amenaza de los bocinazos de los coches que circulaban por allí y, finalmente, entraron en la turbulencia de la terminal de Osaka. Allí, junto a la entrada, había un joven de aspecto rudo que ofrecía billetes para el tren nocturno a cuantos pasaban junto a él llevando equipaje. Etsuko echó una mirada a este bergante y se fijó en el gran parecido que su cuello delgado y de piel oscura guardaba con el de Saburo.

Cruzaron el vestíbulo principal, inundado por el ruido de los altavoces que anunciaban las salidas y las llegadas de los trenes, y se adentraron por un pasillo que, en contraste, parecía bastante tranquilo. Llegaron hasta una puerta en la que se leía: «Jefe de Estación».

Mientras Yakichi hablaba con el jefe de estación, Etsuko se quedó en la antesala, se acomodó en un sillón de funda blanca e, involuntariamente, se adormeció. La despertó la voz de alguien que hablaba a gritos por el teléfono. Contemplando el ajetreo de los empleados de la estación que había en la oficina, empezó a darse cuenta de lo exhausta que estaba. Se sentía oprimida por un gran peso indefinible. La mera visión de los aspectos violentos de la vida le producía dolor, un dolor que acusaba especialmente su cansado corazón. Desde su sillón, con la cabeza recostada, observaba el espectáculo de un solitario teléfono plantado sobre la mesa de la oficina, del que salía unas veces el sonido monótono de un timbre y otras el murmullo de voces agudas.

Un teléfono... ¡cuánto tiempo ha pasado desde que vi un teléfono por última vez! Es un aparato extraño entremezclando constantemente entre sus piezas las emociones de los seres humanos, y otras veces sólo capaz de emitir el simple sonido de un timbre. ¿No le producen ningún daño los amores, los odios y los deseos que pasan por él? ¿O quizás el sonido del timbre sea el grito de dolor por el daño, convulsivo e inaguantable, que el teléfono inflige constantemente?

—Perdona que haya tardado tanto. Ya tengo los billetes. Hay muy pocos asientos libres en el expreso especial de mañana. Mi amigo se ha portado muy bien.

Yakichi colocó los dos billetes azules en la mano que le tendía Etsuko.

—Son de segunda; los he comprado de segunda clase por ti.

La verdad es que sólo estaban agotados los billetes de tercera. Los billetes de segunda clase los habría podido conseguir sin dificultad en la ventanilla. No obstante, cuando Yakichi entró en la oficina del jefe de estación estaba en la obligación de aceptar lo que le diesen.

Luego fueron a los almacenes a comprar dentífrico y cepillos de dientes, crema para Etsuko y un whisky barato para la fiesta de despedida —por llamarlo de alguna manera— que iban a celebrar esta noche. Cuando acabaron, regresaron a casa.

Sus maletas estaban preparadas desde la mañana. Todo lo que a Etsuko le quedaba por hacer, en consecuencia, aparte de incluir en su bolsa de viaje los objetos que habían comprado por la tarde, era preparar la comida —un poco, no mucha, mejor que la de cada día— para la fiesta. Asako y Chieko (que últimamente habían hablado muy poco con Etsuko) la ayudaron en los trabajos de la cocina.

La costumbre genera un estilo de observancia casi supersticioso. Por esta razón, cuando Yakichi dispuso que toda la familia se reuniese para cenar juntos en la insólita sala de diez esteras, sus palabras no levantaron demasiado entusiasmo.

—Etsuko —dijo Kensuke, en la cocina—, es extraño que nuestro padre diga esto. Se diría que vas a Tokio a postrarte ante su lecho de muerte. Hemos de agradecerte que te tomes esta molestia.

Mientras hablaba sisó un poco de la comida que Etsuko estaba preparando.

Etsuko fue a la sala a ver si quedaba algo por limpiar. En la débil luz del crepúsculo, la habitación daba la misma sensación de desolación que un gran establo vacío. Saburo estaba allí, solo, barriendo, de espaldas a la puerta.

Etsuko no sabía si se debía a la penumbra de la habitación, a la escoba que Saburo tenía entre las manos o al ruido sordo de la escoba cepillando suavemente el suelo, pero la inexpresiva soledad de aquel joven le produjo una profunda impresión, visto desde el umbral de la habitación en donde estaba ella. Fue suficiente para hacerle creer que había visto, por primera vez, el interior de Saburo, su personalidad al desnudo.

La culpa y la pasión, alternativamente, roían y quemaban el corazón de Etsuko con igual intensidad. Cuando este nuevo dolor le recorrió el cuerpo, sintió la angustia del amor como nunca la había sentido hasta entonces. Seguramente era amor el sentimiento que desde ayer le hacía creer que ya no era capaz de mirarle a la cara.

No obstante, la soledad de Saburo era para ella algo puro y tangible, y prácticamente no dejaba lugar para su mirada. Su enamoramiento subsistía pisoteado en la memoria y en la razón; llegó incluso a hacerle olvidar, poco a poco, la causa de la culpa que ahora sentía: Miyo. Sólo estaba dispuesta a disculparse ante Saburo; sólo aceptaría sus reproches. En la misma simplicidad de su deseo de castigarse aparecía el egoísmo en su forma más pura. Nunca hasta entonces había experimentado esta mujer, que parecía pensar sólo en ella, un egoísmo tan inmaculado.

Saburo se dio cuenta de la presencia de Etsuko envuelta en las sombras y se volvió.

—¿Desea algo, señora?

—Ya estás acabando con la limpieza, ¿verdad?

—Sí.

Etsuko avanzó hasta el centro de la habitación y miró alrededor. Saburo permaneció quieto, con la escoba apoyada en el hombro. Llevaba una camisa de color caqui con las mangas subidas. Etsuko se detuvo frente a él, en la penumbra de la sala, pálida como un fantasma y con el pecho agitado por fuertes palpitaciones.

—Oh —dijo con dificultad—, me gustaría verte esta noche a la una en punto en el viñedo de detrás de la casa. Antes de marcharme tengo que decirte algo.

Saburo no dijo nada.

—Bueno, ¿vendrás o no?

—Sí, señora.

—¿Seguro?

—Allí estaré.

—A la una en punto. En el viñedo. Que nadie se entere.

—De acuerdo.

Saburo, sin relajar su postura, se fue. No parecía muy consciente de lo que estaba haciendo.

En la sala de diez esteras había una bombilla de cien vatios, pero cuando la encendieron apreciaron que la luz que despedía a duras penas igualaba la de una bombilla de cuarenta vatios. Bajo esta luz mortecina, la sala parecía estar más oscura que el jardín en el que languidecían las últimas luces de la tarde.

—¡Uf!, es deprimente —dijo Kensuke.

Tras este comentario, se pasaron el resto de la cena mirando, ora unos, ora otros, la bombilla.

Para acabarlo de arreglar, comían en sus mesas individuales dispuestas de modo que Yakichi ocupaba el lugar central, frente al *tokonoma*, y los otros siete, incluido Saburo, agrupados en torno a él, formando un semicírculo. La deficiente iluminación no permitía distinguir los alimentos más pequeños, por lo que, a sugerencia de Kensuke, la apropiada distribución en forma de U se estrechó para permitir un mejor aprovechamiento de los escasos cuarenta vatios. Esta escena, lejos de parecer una fiesta, hacía pensar que la familia se había trasladado a la sala, al caer la noche, para continuar trabajando.

Brindaron y bebieron a la salud de todos con aquel whisky barato.

Etsuko estaba atormentada por las ansiedades que ella misma gestaba; las gracias de Kensuke, el parloteo de Chieko, incesante como el de una colegiala, la alegre risa aguda de Natsuo. Estaba atraída, tentada, por el dolor y la ansiedad como un escalador estaría tentado por ascensos más altos. Etsuko seguía creando nuevas ansiedades, agonías siempre nuevas.

No obstante, en la actual ansiedad de Etsuko había algo superficial, algo que difería bastante de la ansiedad creativa que había mostrado. Cuando concibió la idea de despedir a Miyo, estaban ya presentes algunas señales de esta nueva ansiedad. Esto podía conducirla a una sucesión de errores de cálculo deliberados, monstruosos, que podían, según cómo, privarle de su lugar en la tierra. Era como si se empeñara en salir por donde la otra gente entraba; por una puerta tan alta como la de una de estas torres vigías instaladas en los bosques para detectar los incendios, una torre a la que

muchos nunca subirían. Sin embargo, Etsuko había residido en una habitación sin ventanas, con una puerta que no osaba abrir como no fuera para arrojarse al vacío de la muerte. La única base, la única explicación racional, gracias a la cual pudiera abandonar esta habitación, quizá fuera la determinación previa de no marcharse nunca de ella.

Estaba sentada junto a Yakichi, en un lugar que le permitía comer sin ver a su anciano compañero de viaje, a menos que se girara con el propósito de hacerlo. Saburo, que se sentaba frente a ella y a quien Kensuke le llenaba el vaso en aquel momento, centraba toda su atención. Aquella mano franca, cuadrada, parecía mecer el vaso rebosante de licor, al que la pálida luz de la sala confería el brillo y la coloración del ámbar.

No debería beber demasiado —pensó Etsuko. Si bebe demasiado, lo echará todo a perder. Se emborrachará, se irá a dormir y ahí acabará todo. Sólo me queda esta noche, mañana ya estaré lejos.

Cuando Kensuke intentó llenar de nuevo el vaso de Saburo, Etsuko interpuso una mano.

—Vamos, no seas quisquillosa. Deja que tu querido muchacho beba.

Ésta era la primera vez que Kensuke mencionaba los sentimientos de Etsuko hacia Saburo ante los demás miembros de la familia.

Saburo agarró el vaso vacío y rió. No había entendido el sentido de las palabras de Kensuke. Etsuko sonrió y respondió calmamente:

—Esto no es bueno para los jóvenes —y rápidamente se hizo con la botella.

—Escuchad a Etsuko —dijo Chieko, poniéndose claramente a favor de su marido con una hostilidad mantenida a raya—, es la directora de la Sociedad Protectora de Jóvenes.

En aquel momento ya no había ninguna razón capaz de asegurar que el tema tabú de la ausencia de Miyo, que cumplía su tercer día, no se abordase abiertamente. Hasta entonces, y de forma harto sorprendente, el justo grado de hostilidad y el justo grado de amabilidad habían conseguido anularse mutuamente y mantener intacto el tabú, lo cual era posible también gracias al tácito acuerdo de Yakichi, que trataba este asunto como si nunca hubiera existido; Kensuke y Chieko, cuya amabilidad había sido rechazada; y Asako, que no hablaba con Saburo. Si, no obstante, se violaba una sola cláusula de este acuerdo, era muy probable que se produjera una crisis. Ahora parecía posible que Chieko sacara a relucir las acciones de Etsuko en su presencia.

¿Qué haré yo si, esta noche en la que pienso explicárselo todo a Saburo y aguantar sus recriminaciones, tengo que quedarme quieta aquí mientras otra persona se lo explica? Él no mostrará su enfado; se callará, ocultando sus sentimientos. O, incluso peor, se mostrará reticente con todos los presentes y sonreirá como si me perdonara. Y ahí habrá acabado todo, ése será el final del dolor que he anticipado, de mis

sueños descabellados, de mi gozosa aniquilación. ¡No debe suceder nada hasta la una de la madrugada! ¡Nada nuevo puede cobrar vida hasta que yo misma se la dé!

Etsuko seguía sentada sin decir una palabra, con la cara pálida.

Fue Yakichi quien salió en su ayuda. Fue él, el involuntario e impotente compañero de su ansiedad, quien habló en su defensa. Yakichi, sin tener más que una pequeña noción, muy vaga, de lo que en aquellos momentos preocupaba a Etsuko, tenía, en cambio, suficiente experiencia para medir la profundidad de su pánico. Y fue él quien, por el bien del viaje que mañana debían emprender, rescató a Etsuko de los ataques de Kensuke y Chieko lanzando una larga perorata profusamente cargada de las dotes de aguafiestas que conservaba el ex presidente de la compañía naviera.

—Sí, Saburo, ya has bebido bastante. Cuando yo tenía tu edad, no fumaba ni, mucho menos, bebía. Tú no fumas y eso es admirable. Cuando se es joven, lo mejor es no tener aficiones de las que más tarde te habrás de arrepentir. Y tratándose de los licores, ni siquiera los cuarenta años pueden considerarse como una edad tardía para aficionarse a ellos. Es incluso demasiado pronto para alguien como Kensuke. Los tiempos y las generaciones han cambiado, por supuesto. Hay diferencias entre unas y otras generaciones, y esto debes tenerlo presente, pero no por eso...

Hubo unos momentos de silencio, interrumpidos por el estallido de la risa histérica de Asako.

—Mirad —dijo—, Natsuo se ha quedado como un tronco. Dejadme que vaya a meterlo en la cama.

Alzó en brazos al niño, que se había quedado dormido en su falda, y se levantó. Nobuko se fue con ella.

—Aprendamos la lección que nos da Natsuo y comportémonos correctamente —dijo Kensuke en un tono de voz deliberadamente infantil, consciente de lo que se proponía Yakichi. Etsuko, ¿harías el favor de devolverme la botella? Sólo voy a llenar mi vaso.

Etsuko había colocado la botella a su lado, casi sin darse cuenta; ahora, no mucho más consciente que antes de lo que hacía, le acercó la botella a Kensuke.

Intentaba mirar a cualquier lado menos a Saburo, pero al final acababa mirándole. Él evitaba la mirada con muestras de incomodidad.

Mientras miraba a Saburo, Etsuko pensaba en el viaje de mañana, que ella misma se había forzado a considerar inevitable. Ahora, no obstante, la inminente salida se le antojó incierta, susceptible de alteración. El destino en el que estaba pensando en aquel momento no era Tokio, ¡no! —y en el supuesto de que se le pueda llamar destino—, sino el viñedo de detrás de la casa.

La zona que los Sugimoto llamaban «el viñedo» era una parte de su propiedad en la que, en otro tiempo, hubo viñas y en la actualidad había un campo de melocotoneros y los tres invernaderos abandonados. Era la zona que atravesaron el día de la excursión a la montaña y, posteriormente, para ir al festival; aparte de estas dos ocasiones, el viñedo era un lugar raramente visitado por los Sugimoto, algo así

como una isla desierta de un cuarto de acre de dimensión.

Etsuko no podía evitar el pensar en los preparativos: cómo se vestiría para ir al encuentro de Saburo, cómo evitaría que Yakichi se diera cuenta, qué calzado usaría, la conveniencia de dejar abierta la puerta trasera antes de acostarse para evitar que luego los chirridos despertasen a alguien.

Etsuko se daba cuenta de que, si lo que deseaba era tener una larga conversación con Saburo, no era necesario rodearla de tanto secreto, a una hora como la convenida y en un lugar como el previsto. Era, realmente, un esfuerzo en balde que resultaba un tanto risible. Si esta conversación se hubiese producido unos cuantos meses atrás, cuando nadie estaba enterado de su amor, todo habría sido diferente. Ahora, por el contrario, su amor era un secreto a voces, y si quería evitar malentendidos innecesarios, hubiese sido mucho mejor que el encuentro se produjese a pleno día y al aire libre. Con todo, su intención no era otra que la de efectuar una confesión sincera, nada más.

¿A qué se debía, pues, su deseo de envolverla en el mayor secreto?

En aquella última noche, Etsuko quería tener su pequeño secreto, aunque no tuviera nada que esconder. Sería el primero y, quizás, el único secreto que compartiría con Saburo. Quería compartirlo con él. Aunque él, al final, no le diese nada, Etsuko deseaba, como mínimo, que Saburo compartiese con ella este secreto insignificante, aunque en absoluto exento de peligro. Se consideraba en el derecho de pedirle esta ofrenda, costase lo que costase.

A partir de mediados de octubre, Yakichi utilizaba para dormir un gorro de punto para resguardarse del frío durante la noche.

Para Etsuko, este gorro de noche tenía un extraño significado. Cuando Yakichi se metía en la cama con el gorro puesto, ella sabía que aquella noche no la necesitaba. Cuando no se lo ponía, era señal de que requería su concurso.

La fiesta de despedida había terminado. Eran las once en punto y Etsuko podía oír la respiración de Yakichi, dormido a su lado. Es aconsejable dormir sobradamente la noche antes de emprender un viaje. El gorro de lana se le había ladeado, dejando al descubierto las puntas de su cabello blanco y graso. Su pelo nunca alcanzaría la blancura de la nieve; sería siempre una cabellera desaliñada, con tonos de sal y pimienta.

Etsuko contempló el gorro negro a la luz de la lámpara de pie que utilizaba para leer en la cama las noches que no podía dormir. Poco después apagó la luz. No quería que Yakichi abriera los ojos y sacase la impresión de que leía hasta más tarde de lo que solía hacerlo.

Se estiró en la oscuridad y esperó; casi dos horas, una espera eterna. Su imaginación, impaciente y febril, galopaba a rienda suelta representando el encuentro con Saburo como un suceso de alegría desbordada. Se había olvidado de la confesión

por la que se haría acreedora al odio de Saburo, igual que una monja zarandeada por las pasiones se olvidaría de rezar sus oraciones.

Etsuko entró en la cocina y sacó las ropas de faena que había escondido allí sobre su batín. Se ató un cinturón bermellón alrededor de la cintura, se enrolló al cuello una vieja bufanda con los colores del arco iris y se puso un abrigo de raso negro estampado. Maggie estaba dormida en su caseta junto a la puerta principal; no había peligro de que ladrarse. Etsuko atravesó la puerta de la cocina y se adentró en la noche, clara y resplandeciente como el día bajo la luna.

No se dirigió directamente al viñedo, sino que dio primero un rodeo hasta la habitación de Saburo. La ventana de su habitación estaba abierta. Las ropas de la cama estaban desordenadas. Había saltado por la ventana y ya estaba en camino hacia el viñedo, no había lugar a dudas. Esta prueba de su cooperación produjo en el pecho de Etsuko un estremecimiento de alegría, inesperado y sensual.

El viñedo, aunque solía describirse generalmente como situado «detrás de la casa», estaba más allá de la depresión, en realidad una hondonada, en la que cultivaban patatas. Una franja de cañas de bambú, de varias yardas de espesor, bordeaba el extremo del viñedo más cercano a la casa, ocultando a la vista los invernaderos.

Etsuko atravesó la hondonada de las patatas por un camino cubierto de hierbas altas. Oyó el canto de un búho. La tierra removida del campo, con las patatas ya extraídas sobre el suelo, parecía, bajo la luz de la luna, un modelo a escala de una cordillera reproducida en *papier-maché*. Las zarzas bloqueaban un trecho del camino y junto a ellas podían verse huellas de alpargatas —de Saburo—, por espacio de dos o tres pasos sobre la tierra blanda del campo.

Atravesó el cañizal de bambú, subió una ligera pendiente y se apartó de la sombra de un árbol de kashi desde la que ojeó la parte del viñedo iluminada por la luna. En la puerta del invernadero, que tenía casi todos los cristales rotos, estaba Saburo, de pie, con los brazos cruzados y absorto en sus pensamientos.

Su pelo, tan negro como corto, relucía bajo la luz de la luna. No parecía sentir el frío; en lugar de chaqueta, llevaba un jersey hecho a mano que le había dado Yakichi.

Cuando vio a Etsuko, bajó los brazos rápidamente, juntó los talones e inclinó el cuerpo hacia delante.

Etsuko se acercó, pero no le salían las palabras. Miró alrededor varias veces y luego dijo:

—¿Hay algún sitio por aquí para sentarnos?

—Sí. En el invernadero.

A Etsuko le causó un cierto desencanto el tono de su voz, en el que no había el menor asomo de duda o timidez.

Saburo inclinó la cabeza y entró en el invernadero; ella le siguió. El armazón del

techo, prácticamente desprovisto de cristales, y las siluetas de los pámpanos secos proyectaban sus sombras sobre el suelo salpicado de paja. Allí, tirado, había un taburete pequeño, redondo y descolorido por la lluvia. Saburo sacó un pañuelo, limpió el taburete cuidadosamente y se lo ofreció a Etsuko. Luego acercó con el pie un tambor de hierro oxidado y se sentó en él. No tardó, sin embargo, en darse cuenta de la irremediable inestabilidad de aquel objeto y se levantó para sentarse en el suelo.

Etsuko estaba callada. Saburo cogió una brizna de paja y se la enrolló en los dedos hasta hacerla rechinar.

De la boca de Etsuko fluyeron estas palabras:

—Yo fui la que despidió a Miyo.

—Ya lo sé —dijo Saburo mirando hacia arriba con perfecta compostura.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La señora Asako.

—¿Asako?

Saburo bajó la vista. Enrolló otra brizna de paja en los dedos. No le parecía correcto mirar a Etsuko cuando su consternación era tan visible. A los ojos de la inflamada imaginación de Etsuko, el comportamiento sumiso de este muchacho, con la vista baja, formaba parte de los esfuerzos que él había realizado durante los últimos días para aparentar felicidad, a pesar de que le habían separado tan injustamente de su amor. Ahora, después de haber soportado durante varios días este dolor, seguía mostrando una completa docilidad, una gentileza sin par, bajo la cual se agazapaba una resistencia indomable, muda, que la hería mucho más de que lo hubiese hecho la más violenta imprecación. Su cuerpo se encogió con fuerza sobre el taburete.

Etsuko se apresaba una mano con la otra a medida que hablaba, confesándole e implorando ante él con un tono de voz bajo y febril. A veces, sus frases quedaban interrumpidas por algo que muy bien podían parecer sollozos y, como confirmando la fuerza de sus emociones, se contenía. A veces, parecía enfadarse.

—Por favor, perdóname. Estaba sufriendo mucho. No podía hacer otra cosa. Además, tú me mentiste. Me dijiste que no la amabas, pero os pasabais el día entero dando muestras de vuestro amor.

»¡Cómo me hizo sufrir esta mentira! Quería hacerte saber el dolor que tú, sin saberlo, me estabas causando y por eso creí que debías experimentar un dolor parecido, que tenía que hacerte pasar una agonía tan insopportable como la mía. ¡No puedes imaginarte lo que he sufrido! Me gustaría poder sacar aquel dolor de mi corazón y ponerlo junto al que tú sientes ahora. Entonces veríamos cuál era peor.

»Llegué incluso a perder el control de mí misma y me quemé deliberadamente la mano en el fuego. ¡Mira! Lo hice por ti. Esta quemadura me la hice por ti.

Etsuko alargó la mano, exponiendo la quemadura a la luz de la luna. Saburo extendió una mano, tocó los dedos de Etsuko como si tocara algo horrible y rápidamente apartó la mano.

«En Tenri vi mendigos así. Mendigos que te enseñaban sus heridas para que te

compadecieras de ellos. Era horrible. La señora es como un mendigo altivo», se dijo para sí.

Éste era el alcance de los pensamientos de Saburo. No sabía que el orgullo de Etsuko se debía a su propio dolor.

Todavía no sabía que Etsuko le amaba.

Saburo consagró su atención a entresacar de las divagaciones de la confesión de Etsuko el meollo de verdad que podía comprender. Esta mujer estaba sufriendo. De esto no había la menor duda. Estaba sufriendo, y aunque no alcanzaba a desentrañar el porqué, sabía que el motivo estaba relacionado con él. Cuando alguien sufre, hay que hacer cuanto esté a nuestro alcance para confortarle. Pero, si al menos supiera cómo...

—Está bien. No tiene que preocuparse por mí, sin Miyo a veces me encuentro un poco solo, pero eso no es ningún problema grave —le dijo.

Etsuko no podía creer que le estuviese diciendo toda la verdad. Estaba pasmada ante la extraordinaria magnanimitud que le demostraba Saburo. Su mirada, notablemente escéptica, se dirigía a descubrir, en el fondo de la simpatía sencilla y amable de Saburo, la mentira humillante, el discreto decoro.

—Todavía no me has dicho la verdad. He alejado a la fuerza a la persona que tú amabas y tú dices que esto no es grave. ¿Cómo es posible? Te estoy explicando todo lo que ha pasado, disculpándome ante ti y tú sigues negándote a hablar y a decir claramente lo que sientes. ¿Es que no puedes perdonarme?

El alma simple y transparente de Saburo no tenía ninguna defensa, ni siquiera la más vana e inútil, contra esta *idée fixe* nebulosa y romántica que esgrimía Etsuko. Ni sabía por dónde empezar. Le parecía, no obstante, que la principal preocupación de Etsuko era su mentira, la gran mentira que acababa de reprocharle: «No amo a Miyo». Si pudiera convencerla de algún modo de que su afirmación era cierta, seguramente ella se sentiría mejor. Pronunció las siguientes palabras con gran cuidado:

—No es una mentira. No tiene que preocuparse por mí, señora, porque yo no amo a Miyo.

Etsuko casi reía; lo cierto es que no lloraba.

—¡Otra vez mientes! ¿Crees realmente que vas a engañarme con un embuste infantil como éste?

Saburo ya no sabía qué decir. Ante esta mujer, a la que sus palabras no le hacían efecto, él estaba totalmente desarmado. No podía hacer otra cosa que guardar silencio.

Etsuko se sintió, por primera vez, tranquila, en presencia de su amable silencio. El sonido del silbato de un lejano tren de mercancías corriendo a través de la noche le pellizcó los oídos.

Saburo, sumido en sus pensamientos, ni siquiera lo oyó... «¿Qué puedo decirle para que me crea? La última vez estuvo hablando de este asunto de “amar o no amar”, como si eso fuera a cambiar el mundo. Ahora parece que no quiere aceptar nada de lo que le digo; me responde que es mentira. Muy bien, parece que necesita pruebas. Le explicaré toda la verdad, a ver si así me cree», pensó. Se sentó más o menos en cucillas y empezó este relato:

—No es mentira. Nunca he estado convencido de querer a Miyo por esposa. Además, hablé con mi madre sobre esto en Tenri. Ella no estaba de acuerdo. «Es demasiado pronto para que te cases», me dijo. Apenas tuve valor para decirle que Miyo estaba esperando un niño. Cuando lo supo, se puso todavía más en contra. «¿Por qué he de querer por nuera a una muchacha estúpida como ésta? —dijo. No quiero ni ver la cara de esta muchacha indecente». Por esto no vino a Maidemmura y se fue directamente a casa desde Tenri.

Este relato llano, referido a coxcojilla, estaba cargado de una honestidad fugaz. Etsuko se abandonó a la intensa alegría, al éxtasis de sueños de este efímero instante. A medida que escuchaba, sus ojos intensificaban el brillo, las ventanas de su nariz también temblaban.

Presa de su arroamiento, exclamó:

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente?

Continuó hablando en el mismo tono de voz:

—Claro..., por eso tu madre no vino contigo.

Continuó hablando sin salir de aquel estado:

—En este caso, cuando regresaste y viste que Miyo no estaba, se te solucionó un problema. ¿No es verdad?

Sus palabras eran mitad habladas y mitad pensadas. No podía distinguir claramente entre el soliloquio que insistentemente se repetía en su cabeza y el soliloquio que lograba articular en palabras.

En los sueños, las semillas se convierten rápidamente en árboles cargados de frutos, y los pajarillos se convierten en caballos alados. Lo mismo sucedía en el éxtasis que atravesaba Etsuko; sus ilusiones insoñables tomaban la forma de las esperanzas capaces de una realización inmediata.

¿Y si fuera yo la mujer que ha amado Saburo? Tendré que ser audaz y descubrirlo. No puedo ni siquiera pensar que lo que preveo no resulte cierto. Si mis esperanzas son ciertas, seré feliz! Es así de sencillo.

Esas eran las reflexiones que se hacía Etsuko. No obstante, las esperanzas por cuya fruición no se teme no son realmente esperanzas, sino, y en último análisis, una de las formas en que se manifiesta la desesperación.

—Bien, pero entonces dime, ¿a quién demonios amas? —le preguntó Etsuko.

Con toda certeza, y a pesar de su sagacidad, la refinada mujer estaba cometiendo un error, pues en aquellas circunstancias no eran palabras lo que podía unirlas. Si, en cambio, hubiese alargado la mano y tocado cariñosamente el hombro de Saburo,

quizás eso habría sido el comienzo. Es posible que sólo la unión de sus manos sirviera para juntar a estos dos espíritus tan dispares.

Pero las palabras se interponían entre ellos como un fantasma intransigente y por eso Saburo no interpretó como debiera la sangre que bullía en las mejillas de Etsuko. Saburo estaba en aquellos momentos como el colegial que se encuentra cara a cara con un difícil problema de álgebra. La única respuesta que le quedaba era la retirada.

«Amar... no amar. ¡No! ¡Otra vez lo mismo! ¡No, no!», se dijo Saburo.

Esta contrapalabra, «amor», tan conveniente a primera vista, había introducido excesivos significados en la vida que con tan poca reflexión había llevado Saburo. Además, amenazaba con imponer una estructuración innecesaria en la vida que pudiera llevar en el futuro. Por mucho que pensase, no podía dejar de creer que esta palabra representaba un concepto completamente innecesario, y nada más que eso.

No encontraba ningún rincón en su vida en el que poder dar cobijo a esta palabra entendida como una necesidad cotidiana, como algo por lo que en algún momento pudiera poner su vida en la balanza. Incluso le era difícil imaginarlo. La estupidez que conduce a algunos poseedores de tal rincón a prender fuego a toda la casa para librarse de ese dichoso refugio le parecía absolutamente ridícula.

Un hombre, joven, estaba frente a una mujer, también joven. Era enteramente natural que Saburo besara a Miyo. Luego se acostaron juntos y dieron vida a un nuevo ser en el vientre de Miyo. Y seguía siendo enteramente natural que luego Saburo se cansara de Miyo. El juego infantil que les unía había alcanzado su punto más alto y él ya no necesitaba a Miyo para este juego; cualquiera haría lo mismo. En realidad, decir que se cansó de Miyo no era del todo correcto. Para Saburo, Miyo ya no tenía por qué ser Miyo; eso era todo.

Saburo no se regía por la proposición de que si alguien no ama a una persona tiene que amar a otra, o que si esta persona amaba a alguien no podía estar enamorada de otra. Por eso volvía a ser incapaz de responderle.

¿Quién intentaba poner a este muchacho inocente entre la espada y la pared? ¿A quién se debía culpar por acorralarlo y forzarlo a dar respuestas falsas?

Saburo decidió que no debía basarse en sus propias inclinaciones, sino adoptar una táctica práctica, adaptada a las circunstancias, una actitud muy generalizada entre los hombres que desde niños se han alimentado con la comida de personas extrañas.

Desde el momento en que tomó esta decisión, no le costó mucho leer en los ojos de Etsuko el deseo de que pronunciara su nombre.

«Sus ojos están mojados por la angustia, ¿no es cierto? La respuesta correcta es su nombre; esto es lo que ella quiere. No me cabe ninguna duda», pensó.

Tomó uno de los pámpanos arrugados que había en el suelo y se lo enrolló en la mano. Luego bajó la vista y dijo suavemente:

—A usted, señora.

El tono en el que pronunció aquellas palabras traicionaba abiertamente su significado. Era obvio que había dicho «no la amo» mucho más inequívocamente que si hubiera pronunciado las palabras «no la amo». No se necesitaba tener la cabeza clara para comprender aquella burda mentira. Incluso Etsuko, que seguía sumida en su arrobamiento, volvió en sí al oír aquellas palabras.

Todo se había acabado.

Se llevó las manos a la cabeza y se arregló el pelo, frío por el contacto del aire de la noche. Luego, con voz serena y algo irónica, dijo:

—Será mejor que regresemos. Nos marchamos mañana temprano y no me irá del todo mal dormir un poco.

Saburo inclinó ligeramente el hombro izquierdo y se levantó, algo desconsolado. Etsuko sintió frío en el cuello y se ciñó la bufanda. Saburo advirtió el brillo oscuro de sus labios a la sombra de los pámpanos secos.

Saburo estaba harto de este tedioso diálogo. Lo que veían sus ojos cada vez que alzaba la vista desde el suelo no era una mujer, sino una especie de monstruo espiritual, una encarnación espiritual indefinible —odiando, sufriendo, sangrando o lanzando un grito de alegría—, nervios desnudos al descubierto.

No obstante, cuando Etsuko se levantó, con la bufanda muy ceñida al cuello, Saburo se dio cuenta por primera vez de que era una mujer. Cuando ella empezó a andar para salir del invernadero, él extendió el brazo y le cerró el paso. Etsuko giró el cuerpo y le clavó la mirada con la intención de obligarla a desistir. Igual que una barca que atraviesa aguas infestadas de vegetación y cuyo remo golpea el casco de otra barca, así la carne firme de su brazo topó abiertamente con la carne suave de sus pechos.

La mirada que le había dirigido no le había hecho ningún efecto. Saburo abrió ligeramente la boca. Luego se rió entre dientes, como inspirando confianza, sin hacer ruido. Después, aparentemente sin darse cuenta, parpadeó rápidamente dos o tres veces.

¿Por qué Etsuko no dijo nada en todo este rato? ¿Acaso había comprendido, finalmente, que las palabras eran inútiles? ¿O era porque, como el hombre que mira al fondo de un precipicio y este fondo le fascina hasta el punto de no poder pensar en nada más, ella había intuido, por fin, el fracaso de sus esperanzas y ahora no podía soltar esas amarras?

Bajo la presión de esta carne joven, alegre e imprudente, empezó a sudar. Se le cayó un *zori* y quedó en el suelo boca arriba.

Se resistía, sin saber por qué. Se resistía como si estuviera inclinada sobre algo.

Él la sujetaba con fuerza, inmovilizándole los brazos, pegados a los costados. Ella movía constantemente la cabeza, de modo que sus labios no pudiesen encontrarse. En

la intensidad de la lucha, Saburo tropezó con el taburete y cayó sobre una rodilla, en la paja. Etsuko se zafó de sus brazos y salió corriendo del invernadero.

¿Por qué gritó? ¿Por qué pidió ayuda? ¿A quién llamó? ¿Había otro nombre que quisiera pronunciar tanto como el de Saburo? ¿Había alguien aparte de Saburo que pudiera rescatarla? Entonces, ¿por qué pidió ayuda? ¿Y qué conseguiría con ello? ¿Dónde estaba... adonde iría... de dónde debía rescatarla y adonde debía llevarla?

Saburo corrió tras ella y la tiró al suelo sobre las cortaderas que crecían lozanamente junto al invernadero. Su cuerpo se hundió entre las plantas. Se cortaron las manos con la maleza y la sangre se mezcló con el sudor sin que ellos se dieran cuenta.

Etsuko vio la cara de Saburo, roja y brillante de sudor, muy cerca de la suya. Entonces pensó: *¿Hay algo en este mundo tan hermoso como el semblante de un joven embellecido por la concupiscencia y radiante de pasión?* Desconectado de estos pensamientos, su cuerpo seguía oponiendo resistencia.

Saburo sujetó a la mujer contra el suelo con la fuerza de su pecho y de sus brazos y, al mismo tiempo, como si estuviera jugando, arrancó con la boca los botones de su abrigo de raso negro. Etsuko apenas se daba cuenta de lo que sucedía. Sentía un incontenible afecto por esta cabeza grande, activa, pesada, revolviéndose sobre su pecho.

Y, sin embargo, en aquel momento chilló.

Antes de que este grito le sorprendiera, el ágil cuerpo de Saburo recuperó sus facultades y se preparó para escapar. No seguía ninguna lógica, ninguna reacción emocional condicionada; el reflejo de la huida surgió en su mente por el mismo proceso de aprensión directa que se produce en los animales que sienten sus vidas en peligro. Retiró su cuerpo, se puso en pie y salió en la dirección opuesta a la casa de los Sugimoto.

Una terrible fuerza brotó en el cuerpo de Etsuko. Saltó como un muelle del estado de estupor en el que se hallaba y agarró a Saburo cuando empezaba a correr.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó. Cuanto más insistía, más fuerza ponía él en su empeño. Intentó librarse de aquellos brazos que le sujetaban. Ella se asió al muslo de Saburo con toda su fuerza, casi sin darse cuenta de que él, al huir, la arrastraba por las zarzas.

Yakichi abrió los ojos y vio que Etsuko no estaba en el camastro situado junto al suyo. Temiendo lo peor, fue a la habitación de Saburo, en la que halló otra cama vacía.

En el suelo, al otro lado de la ventana, había huellas de pisadas.

Volvió hacia la cocina y vio la puerta trasera abierta, dando paso a la luz de la luna. Si habían salido por ahí, como sospechaba, era seguro que se habrían dirigido al

bancal de los perales, o bien hacia el viñedo. No obstante, en los últimos días había estado trabajando en la peraleda y sabía que la tierra, removida recientemente, estaba muy blanda. Salió en dirección al viñedo.

Echó a andar por el sendero pero, de repente, se paró y volvió sobre sus pasos. Junto a la entrada del cobertizo había una azada. La cogió por el mango y se la llevó. No por ninguna razón especial; para defenderse, quizás.

Al llegar a la altura del cañizal de bambú, Yakichi oyó los gritos de Etsuko. Se colocó la azada al hombro y echó a correr.

En sus desesperados intentos por escapar, Saburo se volvió y vio venir a Yakichi corriendo hacia él. Sus piernas se quedaron clavadas. Su cuerpo no se movió; miró a Yakichi que se acercaba jadeando ruidosamente.

Etsuko notó cómo se desvanecía la fuerza en los intentos de Saburo por escapar y se puso en pie, preguntándose qué sucedía. Su cuerpo era, a no dudarlo, la encarnación del dolor, pero ella no lo sentía. Advirtió que había alguien de pie junto a ella. Era Yakichi, con su ropa de cama. Estaba quieto, con una mirada triste, con la azada a su lado. El kimono de noche le dejaba el pecho al descubierto, torturado por una fatigosa respiración.

Etsuko le miró fijamente a los ojos.

El cuerpo de aquel viejo se estremecía de arriba abajo. Yakichi miraba al suelo, sin fuerzas para encontrarse con la mirada de Etsuko.

La indecisión de Yakichi la colmó de ira. Se apoderó de la azada y la blandió, dirigiéndose contra el hombro de Saburo. El seguía a su lado, aturdido, sin esperar nada, sin comprender nada. La hoja de acero blanco, muy afilada, pasó sobre su hombro y se le clavó en la parte posterior del cuello.

Saburo emitió un grito breve, ahogado, desde algún lugar próximo a su garganta, y se tambaleó hacia delante... El segundo golpe le alcanzó de lleno en la cabeza, abriéndole el cráneo. Se llevó las manos a la cabeza y cayó al suelo.

Yakichi y Etsuko se quedaron inmóviles como postes, observando aquel cuerpo que, aunque muy débilmente, todavía se retorcía. No dijeron nada, absolutamente nada.

Tras varios segundos, tan interminables como silenciosos, Yakichi habló:

—¿Por qué le has matado?

—Porque no lo has hecho tú.

—Yo no pensaba matarle.

Etsuko se volvió hacia él con la mirada enfurecida:

—Estás mintiendo. Ibas a matarlo. Yo estaba esperando que lo hicieras. No podías salvarme sin matar a Saburo. Estabas ahí, temblando. Temblabas vergonzosamente. Por eso he tenido que matarlo, porque no lo has hecho tú.

—¡No me eches las culpas a mí!

—¿A quién entonces? Mañana temprano iré a presentarme a la policía. Yo sola.

—Calma, calma. Primero debemos pensar y ver lo que conviene hacer. Pero, ¿por

qué has tenido que matarle?

—Porque me estaba haciendo sufrir.

—Él no tenía la culpa de que tú sufrieras.

—¿Que no tenía la culpa? Esto no es verdad. Ha recibido su merecido por hacerme sufrir. Nadie tiene derecho a causarme daño. Nadie puede hacerlo impunemente.

—¿Y quién eres tú para decir que nadie puede?

—Pues lo digo yo. Y lo que yo digo nadie lo puede cambiar.

—Eres una mujer terrible.

Yakichi exhaló un prolongado suspiro, como si acabara de descubrir que él no era el autor del crimen.

—Escucha, vayamos con calma. Debemos tranquilizarnos y decidir con calma qué hay que hacer. Sin embargo, de momento será mejor que nos aseguremos de que nadie encuentra el cadáver.

Cogió la azada de manos de Etsuko. El mango estaba cubierto de salpicaduras de sangre, todavía fresca.

A continuación Yakichi hizo algo un tanto extraño. Cerca del invernadero había un trozo de terreno preparado para plantar arroz. Como el campesino que trabaja hasta altas horas de la noche, Yakichi se puso a cavar sin descanso. Abrió una fosa.

Durante el tiempo, bastante largo, que Yakichi invirtió en cavar esta tumba no muy profunda, Etsuko se sentó en el suelo sin apartar la mirada del cuerpo de Saburo, que yacía en el suelo boca abajo. Tenía el jersey ligeramente subido y, en la parte en que éste había levantado la camisa, quedaba la espalda al descubierto. La piel tenía el color de la tierra calcinada. Una mejilla estaba hundida en la hierba. La boca, entreabierta por una mueca de dolor, mostraba una fila de dientes muy blancos. Parecía que estuviese sonriendo. Bajo la frente, por la que resbalaba una parte de la masa encefálica, los párpados quedaban casi ocultos por lo hundidos que los tenía, y cerrados con fuerza.

Cuando Yakichi terminó de cavar, fue junto a Etsuko y la golpeó suavemente en el hombro.

La cabeza y el tronco estaban empapados de sangre y resultaba difícil asirlos, por lo que Yakichi tomó el cadáver por los tobillos y lo arrastró. Incluso en la oscuridad podían distinguirse las manchas oscuras que señalaban el lugar donde había muerto. En el trayecto hacia la tumba, la cabeza de Saburo, que ahora estaba de espaldas al suelo, se movía, como si asintiera, cada vez que chocaba contra las piedras o los terrones endurecidos del campo.

Yakichi y Etsuko se apresuraron a echar tierra sobre el cuerpo tendido en la fosa, de poca profundidad. Al final, sólo quedaba al descubierto la cara sonriente, con los ojos muy cerrados y la boca entreabierta. A la luz de la luna, los dientes despedían un brillo blanquísimos. Etsuko soltó la azada, tomó un puñado de tierra y, abriendo un poco la mano, la dejó caer lentamente en la boca. La lluvia de tierra se introdujo en

aquella oscura cavidad. Yakichi desplazó con la azada una parte de la tierra del montón que había junto a la fosa y le tapó la cara.

Cuando acabaron de llenar la fosa, Etsuko, llevando sólo los *tabi*, dio varias vueltas por encima para apisonar la tierra. Aquella tierra blanda tenía un tacto familiar y le daba la sensación de andar descalza.

Mientras tanto, Yakichi inspeccionaba cuidadosamente el suelo y restregaba las manchas de sangre con los pies para hacerlas desaparecer. Luego las tapó con tierra y la restregó de nuevo para esparcirla.

En la cocina se lavaron las manos, sucias de polvo y sangre. Etsuko se quitó los *tabi* y el abrigo, en los que había salpicaduras de sangre. Había encontrado los *zori* y se los puso para volver del viñedo. A Yakichi le temblaban las manos de tal manera que no podía retener en ellas el agua para lavarse. Etsuko, en la que no se apreciaba el menor temblor, le ayudó. Luego limpió cuidadosamente las manchas de sangre que se habían formado en el fregadero.

Etsuko fue la primera en salir de la cocina, con los *tabi* y el abrigo enrollados bajo el brazo sin ningún cuidado. Apenas sentía los cortes y los rasguños que se hizo en las zarzas cuando Saburo la arrastró. En cualquier caso, lo que pudieran producirle aquellas heridas no era verdadero dolor.

Maggie aulló; luego, sin más ni más, se calló.

¿Con qué podría compararse el sueño en el que, como favor divino, se sumió Etsuko tan pronto como se metió en la cama? Yakichi escuchaba asombrado su pacífica respiración. La prolongada fatiga, la interminable fatiga, la tremenda fatiga, mucho más incommensurable que el crimen que Etsuko acababa de cometer, la fatiga, en definitiva, derivada de los incontables dolores acumulados en el proceso de realizar un acto eficaz: ¿acaso alguien podría conciliar un sueño tan inocente como éste sin haber pagado por él con una fatiga tal?

No obstante, este período de descanso fue breve y, al cabo de un rato, Etsuko se despertó. Estaba envuelta en una impenetrable oscuridad. El reloj de pared marcaba, uno a uno, los pesados y melancólicos segundos. A su lado estaba Yakichi, sin poder dormir y temblando. Etsuko no dijo nada. Nadie oiría su voz. Abrió deliberadamente los ojos a la oscuridad de la habitación. No se veía nada.

A lo lejos se oía el canto de un gallo. Todavía faltaba bastante para que despuntara el alba, pero esto no era óbice para que los gallos cantaran insistente. De nuevo oyó a lo lejos —no sabría decir exactamente dónde— el canto de aquel gallo. Luego otro, como si contestara al primero. Luego otro. Y otro. El canto de los gallos en la noche no tiene fin. Se detenía por un instante y luego volvía a empezar de nuevo. Se prolongaba sin fin.



YUKIO MISHIMA (Tokio, Japón, 14 Enero 1925 - 25 Noviembre 1970). Yukio Mishima es el nombre literario de Hiraoka Kimitake, prolífico escritor japonés, autor de más de veinte novelas, decenas de piezas teatrales y numerosos cuentos, poemas, artículos y ensayos.

Nacido en una familia de burguesía media, Mishima se vanagloriaba sin embargo de pertenecer por sus antepasados a la clase de los samuráis. Criado por su abuela, realizó los estudios en Gakushüim, la escuela por tradición reservada a la nobleza. Escribió su primer cuento a los trece años y a los dieciséis su primer libro de relatos, que coincidió con su ingreso en la Facultad de Derecho. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó en una fábrica aeronáutica, tras ser desestimado como piloto suicida.

Tras obtener el doctorado en Derecho en 1947, fue empleado del Ministerio de Finanzas, pero tras un breve tiempo abandonó el empleo para dedicarse por entero a la actividad literaria. En junio de 1949 publicó *Confesiones de una máscara*, obra que cosechó un inmediato éxito y que supuso su definitiva consagración en el mundo literario. Aunque en general se acogió la novela con un juicio favorable, algunos críticos mostraron perplejidad y reservas frente a la particularidad del tema (la confesión por parte del protagonista de su homosexualidad) que ciertamente representaba una novedad en la literatura japonesa.

En los años sesenta la figura de Mishima es vista siguiendo las dos distintas pero inseparables facetas de su personalidad. El Mishima hombre de acción encontró su soporte teórico en la idea de que la verdad puede ser alcanzada sólo a través de un

proceso intuitivo en el que pensamiento y acción no son dos modalidades distintas. Mishima se hace portavoz de la necesidad de restaurar los valores de la cultura prebélica y militarista.

Sin embargo, jamás descuidó su ingente producción literaria. Tras la posguerra publicaría un gran número de novelas, entre las que destacan *Sed de amor* (1950), *El color prohibido* (1951), *La muerte de la mitad del verano* (1953), *La voz de la onda* (1954) y *El sabor de la gloria* (1963), siendo *Después del banquete* (1960) una de sus novelas de más éxito. Poco tiempo después escribió *Patriotismo* (1961). Entre su producción teatral de estos años cabe destacar *Madame de Sade* (1965) y *Mi amigo Hitler* (1968).

Su obra cumbre es, no obstante, la tetralogía *El mar de la fertilidad*, compuesta por las novelas *Nieve de primavera* (1966), *Caballos desbocados* (1968), *El templo de la aurora* (1970) y *La corrupción de un ángel*, completada esta última el mismo día de su muerte. Cada una corresponde a una reencarnación distinta del mismo ser. El tema central en esta singular obra es la crítica a la sociedad nipona por la pérdida de los valores tradicionales; en resumen: una historia épica del «país del sol naciente» moderno. A Yukio Mishima le preocupaba la creciente occidentalización de su país y analizaba la transformación del Japón desde una perspectiva pesimista y crítica.

En 1968 fundó con un grupo de amigos la Sociedad de los Escudos, una organización paramilitar de jóvenes que, desencantados con la debilidad de las instituciones imperiales y la obsecuencia constitucional del ejército, propiciaban un resurgimiento del Bushido, el tradicional código de honor samurai. Dos años más tarde, ocupó con su grupo, aunque sin uso de armas, la sede del estado mayor nipón en un intento de forzar la recuperación de los ideales heroicos de preguerra. El 25 de noviembre de 1970, ante el fracaso de su acción, se suicidó mediante el rito del seppuku al grito de «Larga vida al emperador».

Probablemente el escritor nipón más conocido en el extranjero; de él dijo el galardonado Y. Kawabata: «No comprendo cómo me han dado el premio Nobel a mí existiendo Mishima. Un genio literario como el suyo lo produce la humanidad sólo cada dos o tres siglos».

Notas

[1] estera: Unidad de superficie japonesa que equivale aproximadamente a algo menos de dos metros cuadrados. (N. del E.). [<<](#)